



UNO

ES UN NÚMERO
SOLITARIO

Bruce

Elliott



Lectulandia

Larry Camonille está en fuga. Después de escapar de la cárcel, se detiene, con su pulmón sobreviviente, a tomar aliento y a recuperar el gusto por la vida en una pensión de un pueblo de Ohio. Pero sigue en fuga. Nada lo hará retroceder. Necesita llegar hasta México y sus obstáculos tendrán forma de mujer: Vera, una viuda con cierta debilidad por la bebida, y la irresistible Jan, una ninfa de catorce años. Cada una lo seduce y esconde un plan criminal distinto para él. La intensidad narrativa le da el ritmo cardíaco de la escapatoria. Así como la banda de sonido en sordina — Camonille es trompetista, admira a Dizzy Gillespie—, la novela se las arregla para componer una atmósfera que no da respiro. Dinámica hasta la impaciencia, la trama se come al lector: todos terminarán, tarde o temprano, probablemente a destiempo, en el mismo sitio, el infierno del thriller.

Lectulandia

Bruce Elliott

Uno es un número solitario

ePub r1.0

Titivillus 05-12-2018

Título original: *One is a lonely number*

Bruce Elliott, 1952

Traducción: Carlos Gardini

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Entonces le dije a mi amor:
«Los muertos bailan con los muertos,
el polvo se arremolina con el polvo».

Oscar Wilde, *La casa de la ramera*

HACÍA UN CALOR APESTOSO, UN CALOR TÍPICO DE CHICAGO, un calor de conventillo, un calor de prostíbulo. Viscosas gotas de sudor se mezclaban en sus cuerpos. Él se apartó de la mujer. No porque pensara que estaría más fresco, pues toda la cama estaba humeando, sino porque al terminar siempre se desesperaba por un cigarrillo.

Prendió uno para ella y se lo puso en la boca embadurnada de rouge.

—¡Vaya! —exclamó ella.

—Calor, ¿verdad?

—No me refería a eso. ¿Cuánto hace que no estabas con una mujer, cariño?

Rodando a un costado, él se apoyó en el codo, tratando de despejar el cuerpo del calor de las sábanas húmedas. ¿Cuánto tiempo? Cuatro años, diez meses y once días, y un par de días atrás también habría calculado cuántas horas, pero eso era un par de días atrás.

Mirándola, sin sentir nada, viendo su boca pegajosa, sus ojos con aureolas negras (negras por la vida que llevaba, negras por el rímel que se le había corrido), posó la mirada en el cuerpo desnudo hasta llegar a los pechos rebosantes que caían a ambos lados del torso. Al recogerla en Division Street, tenía que haber recordado que los que se veían tan bien bajo la ropa, los que sobresalían como el cajón de un escritorio, eran los que se desmoronaban cuando la mujer se quitaba el corpiño. Tendría que acordarse de muchas cosas.

—Ha pasado un largo tiempo —dijo al fin.

Ella terminó el cigarrillo, lo aplastó en un cenicero que demostraba que había tenido una noche ajetreada. Había seis marcas de cigarrillos mezcladas con sus colillas manchadas de rouge. Hinchó las mejillas y exhaló.

—Será mejor que mueva el trasero si quiero conseguir más trabajo esta noche —dijo.

Él asintió y se puso la ropa sudada en el cuerpo empapado. ¿Qué demonios había esperado? Cuando querías algo con tanta desesperación, nada te dejaba satisfecho. Se suponía que era algo que aprendías al madurar.

A ella le costó meter sus anchas caderas en la faja. Mientras se agachaba para sujetarse las medias a los portaligas, él se preguntó por qué la había encontrado tan excitante cuando ella lo abordó en ese tugurio. Pero lo supo enseguida. Solo necesitaba una mujer, cualquier mujer. ¿Qué podías esperar de una chica que atendía una docena de clientes por noche?

Se paró frente al espejo turbio y gris y se pasó la chomba sobre la cabeza. Al alzar los brazos, hundió la barriga, sacó el pecho, mostró el hueco del costado izquierdo donde antes había un pulmón, y donde ahora no había nada. Arqueó la boca con amargura. Oyó las palabras del médico: «Ningún esfuerzo, tómelo con calma, nada

de fumar, nada de beber, nada de sexo...». Nada de nada. «Después de todo, le queda un solo pulmón, y está sostenido por adhesiones. Debe tomarlo con calma».

Treinta y dos años y ya estaba muerto.

Un cadáver que buscaba un lugar donde acostarse y cubrirse con tierra.

La mujer estaba lista. Se había retocado la cara, reparando parte del daño. Llevaba su enorme cartera de charol colgada del brazo. Ahora que se había vuelto a poner su equipo, ya no era un misterio que él la hubiera seguido como un perro en celo. Las grandes flores del vestido estampado estaban mustias, pero su cuerpo se movía con frescura, una imitación del amor que era tan vacía como toda lujuria.

Ni siquiera se molestó en echar llave a la puerta cuando salieron. El corredor hedía, los pisos estaban llenos de desechos, y parecía que ningún estropajo podría limpiar esas escaleras.

El enfermizo marmolado del tramo de escalera que bajaba a la calle tenía un fulgor opaco a la luz de la bombilla desnuda de quince watts que colgaba, manchada con excrementos de mosca, sobre el escritorio de la conserjería.

El conserje ni siquiera alzó la vista cuando pasaron. No estaba leyendo, y a juzgar por su cara impávida ni siquiera estaba pensando.

—Te veo en un rato, Jimmy —dijo la muchacha.

—No hay prisa —dijo el conserje, casi sin mover la boca.

Bajaron la escalera, salieron a la calle, se internaron en la oscuridad de la noche, y volvieron a ser extraños.

—No te olvides la dirección, cariño —dijo ella jovialmente—. Si no me encuentras aquí, espera. Regresaré, tarde o temprano.

Agitó la mano con desgano y se alejó, tambaleándose sobre sus tacos demasiado altos. La luz de la calle proyectó cuatro sombras alrededor de ella. Mientras la mujer caminaba, las sombras se alargaban, se enredaban, se retorcían como la ilustración de un libro obscuro, como las complicaciones con que sueñan los hombres cuando andan sin mujer, como esas mujeres de muchas piernas y muchos brazos que se revuelcan contigo cuando estás acostado en la cama de la cárcel noche tras noche. Luego desapareció.

Y en su cartera se iban sus últimos cinco dólares.

Se pasó el dorso de la mano por la frente, frotándose el pelo corto y duro, y se puso a caminar como si tuviera adonde ir.

A la izquierda, palpitantes luces de neón iluminaban los bares, los interminables e idénticos bares que hacen que de noche todas las ciudades se parezcan. No tenía sentido regresar por allá. Los bares (un bar, el primero en que había entrado) ya le habían dado lo que necesitaba. Se internó en la oscuridad, dejando atrás los conventillos y los hoteles por hora, el bullicio de las fonolas, el agobio de la pobreza. Si caminaba hacia el lago, alejándose del barrio bajo y del Loop, quizá encontrara un poco de aire, una brisa, una bocanada de oxígeno para su pulmón dolorido.

Una bocanada de aire fresco, y quizá pudiera pensar.

La noche estaba oscura pero viva. Hacía demasiado calor para dormir en cuartuchos malolientes, cuartuchos que eran más grandes que un ataúd, de modo que había que sacar los cuerpos cuando se morían, pero que no tenían el tamaño suficiente para que un humano soportara vivir en ellos. Las radios aullaban en las ventanas abiertas. Se asomaban mujeres maduras y desaliñadas, mirando, buscando, como si pudieran ver algo que sería diferente de lo que habían visto la noche anterior, para que luego pudieran hablar de la noche en que despanzurraron a Charley o la aporrearon a Betty o lo que fuera.

Un ruido súbito hendió la noche calurosa. Fue tan agudo y fuerte que un patrullero frenó de golpe. Un policía bajó del coche. El conductor se quedó sentado, leyendo el diario.

El hombre que no tenía dinero ni lugar adonde ir se detuvo al oír el grito.

No había ningún sitio adonde ir, adonde correr. En cambio, retrocedió despacio hacia la profunda oscuridad de un pasillo. Miró tensamente mientras el policía cruzaba la acera y entraba en la casa vecina. ¿Podía tratar de escabullirse? ¿Había alguna probabilidad de que el policía que estaba sentado al volante del coche lo viera si se iba calle abajo?

Un sudor frío le caía de los sobacos, frío como la enfermedad, frío como la muerte. Apretando la espalda contra el cemento del pasillo, oyó la voz chillona y artificial de un noticiero, que decía:

—¡Más novedades sobre los prófugos! De los diez convictos que escaparon de Joliet, en una de las mayores evasiones colectivas en la historia de esa prisión, dos hombres han sido capturados nuevamente.

El calor era excesivo aun para el entusiasmo mecánico de un anunciador de radio. Abandonó su tableteo de ametralladora.

—Joey Mao fue apresado sin resistencia después de su intento de asaltar una estación de servicio —continuó más pausadamente. El hombre del pasillo se mordió el labio mientras escuchaba. Joey, el cuchillero que había jurado morir antes de volver a la cárcel—. El otro convicto, Benjamin Brinkerhoff, fue arrestado en Cicero ayer por la tarde por una acusación relacionada con un adolescente en un cine. — Ben. Esa bazofia. Se lo tenía merecido. Y aun así, quizá Ben solo había querido escapar por ese motivo, quizá el muchacho tenía las mismas intenciones que esa muchacha de cinco dólares... El anunciador continuó—: Quedan ocho convictos sueltos. Larry Camonille, el ex músico que cambió su trompeta por un revólver...

Ahora el sudor brotaba a chorros. Nunca había oído su propio nombre por radio.

—Han dicho que es el cerebro que planeó la evasión. Según Joey Mao, la idea de la fuga surgió del fértil cerebro de Camonille, que...

Entonces el policía bajó la escalera, salió a la calle y caminó hacia el coche.

—¿Hay algo? —preguntó el conductor, sin curiosidad.

—Un rufián vapuleando a su chica. ¿Por qué diablos siempre les pegan en el vientre cuando se enojan? Cielo santo, no tienen cabeza. Dejan a su hembra fuera de

circulación por un tiempo.

El coche se alejó.

Los diez convictos se habían fugado cinco días antes. Cinco días y ya habían capturado a dos. Ahora quedaban ocho. Maldijo para sus adentros. Quedaban siete, porque él no pensaba volver, ni por asomo. Que esos imbéciles corrieran y se dejaran atrapar. Él no, se había dirigido directamente a Chicago. Habían pasado cinco días, y en esos cinco días había esperado en una pensión. Solo el deseo lo había sacado de su refugio. El deseo y la sensación de encierro, de que solo había cambiado una celda por otra.

Ni un alma se había fijado en él. No tenía una cara que llamara la atención. Y no tenía aspecto de prófugo.

El corte al rape había sido buena idea. Le daba pinta de joven, de chico universitario. Y con el campus de la Universidad de Chicago cerca de su escondrijo, parecía otro estudiante enclenque. Más grande que la mayoría, quizá, pero muchos tipos mayores regresaban a la universidad con la beca del Ejército. Había sido una idea realmente brillante. Lo de esta noche era otra prueba. Ni siquiera lo habían mirado. Lo único que tenía que hacer era seguir caminando, ocupándose de sus asuntos, y estaba a salvo.

Las calles parecían ensancharse mientras seguía andando. No había más aire cerca del lago, pero aquí no parecía tan usado, no olía como si hubiera pasado por un millón de pulmones antes de llegar a él. Además esos edificios eran oscuros y silenciosos. Esa gente podía dormir en sus habitaciones. Quizá sudaran tanto como los ocupantes de los conventillos, pero tenían sábanas limpias, camas anchas y duchas para refrescarse.

No había mucho tráfico en Michigan Boulevard. Todos los trabajadores que habían salido a dar una vuelta para airearse ya tendrían que estar de vuelta en la cama si querían levantarse por la mañana.

La orilla del lago y el parque eran tal como los recordaba. Sonrió amargamente al evocar la última vez que se había sentado a mirar el agua.

Su chica lo acompañaba. Estaba sentada junto a él en el banco. Entreabría los labios húmedos para decirle que lo amaba y que lo esperaría. ¿Él ya había sabido que ella mentía? No lo recordaba, pero sí había sabido que no la amaba. En todo caso, se había engañado pensando que ella lo amaba a él.

Cuando su plan dio resultado, cuando pudo escapar de la cárcel, cuando regresó (no por ella, sino por el dinero que ella debía guardarle), no se sorprendió al descubrir que se había ido.

Había querido matarla, claro, pero se le había pasado. Ahora podía recordarlo con más calma. Ella lo había arruinado al no esperar, pero él entendía que cuatro años, diez meses y once días era mucho tiempo para una chica de veintiuno. Qué diablos, ahora había pasado los veinticinco y siempre había tenido miedo de envejecer.

Así que no había chica ni había plata. Había confiado en que el dinero le permitiera llegar al sur, a México, donde su único pulmón funcionaría más tiempo, lo mantendría con vida unos años, en vez de...

Lanzó el cigarrillo en un alto arco que cortó la negrura de la noche como un pequeño cohete. Su ánimo cambió. ¿Qué diablos le pasaba? Había escapado de un presidio del que presuntamente no salía nadie. Estaba libre. Y mientras estuviera libre, viviría. Lo único que el médico de la prisión no había tenido que explicarle era que su plazo de ocho a diez años equivalía a una sentencia de muerte, tal como si el juez lo hubiera mandado a la horca.

No hacía falta explicarlo porque él sabía tan bien como el médico que una celda pegajosa no era buen lugar para un pulmón putrefacto.

Pero en México, pensaba, en esa tierra de sol seco y caliente, podía vivir y morir como cualquier otro.

Solo tenía que llegar allá.

El dinero podía lograrlo. Pero tenía que ser dinero limpio. No asaltaría ninguna estación de servicio. ¡Ese idiota de Joey Mao! Solo sabía usar el cuchillo y la pistola. No tenía cerebro. Pero él sí lo tenía, y le funcionaba bien. Sabía adónde ir para conseguir recursos, y nadie lo arrestaría porque nadie tendría por qué.

Apresuró el paso. Se dirigió a su pensión. Al diablo con el calor pegajoso de la noche. Necesitaba dinero e iba a conseguirlo. Su olfato lo conduciría hasta un buen fajo de billetes.

No se molestó en ir a su cuarto. Pero fue al tercer piso, donde estaba su cuarto. Esperaba que no hubiera nadie en el baño, el único de todo el piso. Estaba vacío. Ya era tarde, las tres y media. La pensión estaba tranquila.

Cerró la puerta de ese cuartucho hediondo y se subió al asiento del inodoro. Alzó la mano al tanque. Curvando la muñeca, metió los dedos en el agua. Estaba tibia. Casi se le paró el corazón cuando no palpó nada con los dedos. No era posible, nadie pensaría en mirar allí. Recobró el pulso cuando las puntas de sus dedos sintieron el revólver envuelto en hule que había arrojado allí la noche en que llegó a la ciudad. Todo estaba bien. Tenía lo que necesitaba.

Bajó al piso y clavó las uñas en el hule. Lo arrancó del arma. Lustroso de grasa, el 38 titiló en su mano.

Estiró los pantalones y se calzó el revólver en la cintura. Luego envolvió la culata del arma con los faldones de la camisa. Se veía bien. Su vientre chato se encargaba de eso. Ningún bulto delataba el escondrijo de su pasaporte hacia el dinero... y hacia México.

Bajó la escalera y salió a la calle. Pero el calor volvió a afectarlo y tuvo que aminorar la marcha. Lamentó no tener dinero para tomar un taxi y terminar de una vez con ese asunto. ¿Por qué diablos no había regateado con esa prostituta? ¡Cinco dólares! Había sido todo un Papá Noel. Quizá tres dólares más de lo que esa ramera había ganado en años.

Pero la caminata no era eterna y olvidó su resentimiento cuando entró en esas calles hostiles, esa zona insomne donde Chicago tiene encerrada a su población negra. Este gueto era su objetivo.

Con mirada alerta, olfateando el aire, avanzó por la concurrida acera sintiendo la presencia tranquilizadora del revólver en la cintura.

—¿Quieres divertirte, amigo? —le preguntó un hombre. Él negó con la cabeza y siguió de largo, y oyó que el hombre lo maldecía en voz baja, mascullando que era un blanquito raro.

Un gigante de ojos soñolientos, oscuro como la noche, estaba apoyado contra una tienda como si nunca se hubiera movido de allí. Los pesados ojos se volvieron despacio cuando el hombre blanco le preguntó:

—¿Dónde puedo endulzarme?

Los ojos amarillos fueron lo único que se movió.

—Cuánto dulce quieres. —Era una afirmación, no una pregunta. Un gato callejero se frotó contra la pierna del grandote como si fuera el poste de un farol.

Un ruido leve rodeaba a los dos hombres. Ningún grito, ninguna voz fuerte, solo un sonido de terciopelo, suave, reprimido, reprimido durante siglos. Era el murmullo incesante de una vida nocturna que era más importante que la vida diurna en que uno se ganaba el sustento, fingiendo que era obediente con los blancos para los que trabajaba.

El trasfondo era un blues gemebundo, el gemido de una mujer que se ríe de sí misma mientras canta sobre sus problemas. «Soy una gorda de carne fofa...». La canción se repetía una y otra vez.

De una ventana abierta llegó una risa suave, un retintín de copas. Allí había gente, comprendió Camonille, aunque no se veía luz.

—Cuánto dulce quieres —repitió lentamente el grandote.

Recobrando la compostura, el hombre blanco dijo:

—No quiero nada pesado. Con té está bien.

—¿Lo quieres solo?

Camonille negó con la cabeza.

—Me gusta estar acompañado cuando me endulzo —dijo.

—Un salón de té —declaró el hombre.

—Sí. Eso es lo que busco.

El grandote asintió, y de pronto, como por arte de magia, otro negro apareció en las cercanías, como si hubiera estado allí todo el tiempo.

—Timmy's —dijo el grandote.

El otro cabeceó y se alejó. Camonille dio las gracias al hombre al que le había preguntado. El otro no dijo nada. Solo se quedó donde estaba.

Timmy's, pensó Camonille. Era una lástima que no tuviera la oportunidad de estudiar ese tugurio, porque cuando saliera tendría que hacerlo rápido. Encorvando los hombros altos y flacos, siguió a su guía por una escalera que conducía a un

sótano. Era un tramo largo, y el sótano estaba lleno de puertas, cuartuchos donde almacenaban muebles viejos; al fin llegaron a un pasadizo.

A la izquierda había una puerta. Al lado había una ventana. Quedaba un solo vidrio, pintado de negro. El resto de la ventana estaba tapiado con madera de una caja de naranjas. Flotaba un olor en el aire. El olor que él buscaba, dulce y penetrante como un pollo jugoso, sostenían los fumadores.

El guía abrió la puerta y se quedó esperando. Camonille pasó junto a él, ahuecando el vientre para que el otro no sintiera el bulto del arma.

La puerta se cerró a sus espaldas. El hombre que lo había guiado no lo siguió. Estaba solo en un pasillo angosto. Ahora el olor era más fuerte, y se oía más ruido. Un fonógrafo tocaba *Congo Blues*, una vieja canción bop. Una de las primeras que había grabado Dizzy Gillespie, recordó. Relajó los músculos esperando que la trompeta llegara a la increíble quinta disminuida con que terminaba el disco. La música cesó, interrumpida adrede, dejando que uno esperase la nota siguiente. Al final del pasillo había una entrada. No tenía puerta. Una tela colgaba sobre el espacio abierto. Notó que había gente detrás de la tela, lo notó por la respiración, por los pequeños movimientos que indican si hay alguien en una habitación. Apartó la cortina. Las dos bombillas de la pared, una rojo sangre, la otra verde bilis, no intentaban ahuyentar la oscuridad. Iluminación para el vicio. Ningún fulgor blanco que pudiera deprimirte. Solo el anonimato de las luces de color que protegían los ojos enturbiados por la marihuana. Las bombillas cumplían otra función. Bajo sus rayos de color todos los hombres tenían la misma piel. Camonille esperó a que sus ojos se adaptaran a la penumbra. Al principio no veía nada, luego empezó a distinguir formas. Eran ocho, no, nueve. Nueve fumadores. Quizá pudiera embolsar unos dólares. Si tenía suerte, aquí conseguiría dinero para largarse.

2

EL SILENCIO QUE HABÍA PROVOCADO AL ENTRAR SE DISOLVIÓ en pequeños remolinos de sonido. Había focos de luz, como luciérnagas gordas; todos los fumadores sorbían el aire con una especie de gorgoteo, arqueando los dedos sobre la boca, para que el humo de la marihuana se mezclara con oxígeno. Los ruidos de succión, el extraño silbido de la gente mientras inhalaba el denso humo de esos cigarrillos delgados y enrollados a mano, siguieron un rato sin interrupción.

Luego oyó y vio una silueta femenina que se dirigía hacia él. Le entregó un cigarrillo que estaba fumando.

—¿Cuál es tu medida, cariño? —Sus ojos duros se suavizaron mientras le estudiaba la cara consumida, el cuerpo enclenque.

Él lo agarró con la punta de los dedos, se metió las yemas en la boca, sorbió aire y humo. Lo sostuvo todo el tiempo que pudo y luego lo soltó despacio.

—Consumo dos —dijo, y luego mintió—: Ahora tengo que ir al baño. ¿Dónde está, belleza?

Llevándolo de la mano como un niño, ella lo precedió con su cuerpo de matrona. Él mantuvo los ojos abiertos mientras seguía sus gruesas caderas.

Una, dos puertas, una especie de vestíbulo, y luego el baño. Una luz blancuzca se colaba entre los listones de madera que hacían las veces de ventana. Él pudo ver la tez color café de la mujer, brillante de sudor, como terciopelo mojado.

—Tienes mala cara —dijo ella.

—Es solo el calor. —Cerró la puerta del baño al entrar. Muchas noches, después de terminar un trabajo, los muchachos de la banda y él iban a antros como ese y pasaban un buen rato.

Se demoró en el baño, esperando que ella regresara a la sala grande, para echar un vistazo cuando volviera. Pero no oyó ningún ruido de movimiento. Ella debía de estar esperando para llevarlo de vuelta.

Al abrir la puerta, oyó el gemido de un niño inquieto. La mujer se llevó el dedo a sus carnosos labios.

—Shh. No queremos despertar a mi bebé.

Se quedaron allí, el hombre blanco y flaco y la mujer morena y gorda. Esperando, en ese tugurio, que un niño se relajara y volviera a dormirse. Casi lo hizo desistir del asalto. Pero su necesidad era demasiado grande. Superaba sus escrúpulos. No pensaba lastimar a nadie, salvo en la billetera.

Ella le tomó el brazo, atrayéndolo hacia sí.

—Eres tierno. —Acercando sus cuerpos, se contonearon de modo que con los brazos enlazados ahora estaban apretados uno contra el otro. Le gustaba ese cuerpo relleno y blando. Le gustaba el modo en que ella le metía la lengua en la boca.

Pero nada más. Ella lo soltó al rato, decepcionada.

—¿Tal vez después? —dijo.

Él asintió.

Volvieron a entrar en la sala grande. La mujer bajó el brazo y fue hacia una especie de escritorio que había contra la pared. Abrió un cajón y regresó con la mano tendida, con dos cigarrillos en la palma.

—Dos —dijo.

Dos por un dólar. Y él no tenía un centavo. No podía postergarlo más. Se pasó la mano por el vientre, sintió la grasa que se había colado por la delgada chomba. A su pesar, pues no quería lastimar a esa mujer, pasó la mano bajo la tela hasta cerrar los dedos sobre la culata del revólver.

En un rincón lejano dos siluetas entrelazadas se movieron pesadamente. Al principio había pensado que eran hombre y mujer. Se había equivocado, pues ahora veía que ambas tenían pechos. Apenas oía sus voces susurrantes.

—Me voy a morir, eso es lo que haré, morirme, y no te daré nada. Nada de nada —ronroneó una. Era la voz de una mujer blanca y educada. No hubo respuesta, pues justo en ese momento él le mostró el revólver a la mujer que aún le ofrecía la marihuana.

—Lo lamento, primor, pero necesito la plata —le dijo.

Retrocediendo un poco, ella habló en voz baja, dirigiéndose a los demás.

—Silencio, todos. Aquí tenemos un hombre con un arma.

—En fila contra la pared, de espaldas a mí —dijo él, y su voz fuerte lo sorprendió aun a él. Empezaron a obedecerle, y él rugió—: Inclínense, apoyen las manos en la pared y quédense así. Hagan lo que digo y nadie saldrá lastimado.

La mujer aún estaba frente a él. Lo miraba, pero sin reprocharle nada.

—¿Yo también? —preguntó.

Él movió el arma en un arco que abarcaba a la gente que estaba agachada e inerme, con los brazos estirados y las palmas contra la pared.

—Revísalos por mí, cariño.

Sin moverse, echó una ojeada a la habitación. Las luces, ¿dónde diablos estaban las luces? Y aunque las encontrara, ¿se atrevería a prender una luz blanca? Podría llamar la atención. Nada sería más extraño que una luz penetrante en semejante lugar a esa hora de la mañana. No, mejor olvidarse de las luces.

La mujer lo obedecía impasiblemente. Hurgó y vació los bolsillos de los hombres, arrojando billeteras, monedas, billetes, al diván que estaba cerca de él.

Las mujeres fueron más fáciles. Solo les quitó la cartera. Las vació en el diván. Se pasó el revólver a la mano izquierda, se encorvó sobre el diván y usó la mano derecha para abrir las billeteras. Cayeron billetes. Comenzó a guardárselos en el bolsillo.

—Abre las carteras de las mujeres —dijo.

La gente que estaba contra la pared se estaba sintiendo incómoda. Un hombre empezó a quejarse.

—¿Cuánto tiempo tengo que...? —preguntó.

—Cierra el pico, amigo, si sabes lo que te conviene —dijo Camonille.

Ya había terminado. Con los bolsillos llenos, retrocedió hacia la puerta. Con el cañón del revólver, le indicó a la mujer negra que lo acompañara.

—Diez minutos —dijo, deteniéndose en la puerta—. Si uno de ustedes grita o sale de aquí antes de diez minutos, los muchachos que me esperan afuera desparramarán sus tripas por el piso.

Puso a la mujer delante de él y la siguió hacia la puerta. Le apretó el revólver contra la espalda.

—No me hagas hacer nada que deba lamentar —rogó.

—No te preocupes, todavía tengo cerebro —respondió ella, y abrió la puerta. Una luz blanca entró desde el exterior.

Salió y bajó el arma al verle la cara. Se metió la otra mano en el bolsillo y sacó un poco de dinero.

Ella se inclinó hacia él para besarlo mientras él metía el dinero entre sus pechos rebosantes.

—Gracias, belleza —dijo él mientras apartaba la boca.

—Por nada. ¿Crees que me gusta tener a esa bazofia blanca amontonada en mi casa? —Cerró la puerta, alta, erguida como una reina oscura, con porte orgulloso mientras regresaba a los clientes que odiaba.

Apoyándose en la puerta cerrada, esperó para comprobar si lo seguían. No oyó nada. Se guardó el arma en la cintura. Ella los debe de haber intimidado, pensó mientras giraba y atravesaba el pasillo que llevaba al exterior.

En la calle, echó una ojeada. Pasaba un taxi. Le hizo señas, vigiló mientras giraba abruptamente y se dirigía hacia él. Ningún indicio sospechoso. Los hombres que estaban a la espera seguían a la espera, inclinados, mirándolo con ojos velados, solo porque su piel era blanca, no porque sospecharan nada. El grandote que lo había enviado era el único que debía preocuparle...

Una vez en el taxi, miró por la ventanilla trasera. Todo bien, el grandote aún era como una estatua de ébano frente a la pared de piedra.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista.

Le dio una dirección a diez cuerdas de su pensión y se apoyó en el tapizado. El bolsillo abultado prometía un buen botín. No tenía sentido contarlo ahora, ni correr el riesgo de llamar la atención del taxista. Esperaría. Pensó qué estúpido había sido Joey Mao al asaltar una estación de servicio, o cualquier lugar legítimo que pudiera darse el lujo de llamar a la policía. ¡Pedazo de imbécil! Había que asaltar esos tugurios. Ellos no hacían denuncias, y no había que preocuparse por la ley.

Le costó un poco separar un billete de la masa arrugada del bolsillo. Al fin sacó uno, esperando que fuera pequeño. La luz de la calle mostró un cinco en una esquina del billete.

Se lo dio al taxista y extendió la mano para recibir el vuelto. El chofer gruñó, como suelen hacer los taxistas cuando tienen que dar vuelto, pero se lo dio.

Le dejó una propina de medio dólar y se alejó.

En su cuarto encendió la luz y vació el bolsillo. Los billetes estaban húmedos y pegajosos de sudor, pero aun así formaban una pila respetable. Incluso había un cigarrillo de marihuana en medio del dinero. Noventa y pico de dólares en papel, un par de dólares de plata. Nada mal. Con ese monto podía iniciar su viaje al sur.

Plegó el dinero pulcramente, se descalzó un pie, guardó los billetes en el fondo del zapato. Era agradable caminar sobre dinero, pensó, paseándose por el cuarto. Formaba una cómoda suela. Encendió el cigarrillo.

Luego se acostó en la cama y miró el techo. El amanecer se colaba en el cuarto. El blanco grisáceo del tórrido día que empezaba no lo deprimió. Inhaló profundamente y mantuvo el humo en el pulmón todo el tiempo que pudo. Tres, cuatro chupadas, y echaría a volar. Ahí empezaba. Sentía las yemas de los dedos como cubiertas de lana de algodón. Luego esa sensación lanosa le recorrió todo el cuerpo. Relajó los nervios, aflojó los músculos. Dio una última chupada fuerte y terminó el cigarrillo. Dejó que el humo denso y dulzón brotara de la nariz, y pensó qué haría a continuación. Trataría de que alguien lo llevara al oeste. Mejor aún, iría a un campamento de vagabundos y abordaría un tren.

Por primera vez en días, el calor no lo molestó; cerró los ojos y se durmió, recordando la ubicación de un campamento de vagabundos en las afueras de Cicero.

Cuando se despertó, había vuelto a oscurecer, tal como esperaba. Salió de la casa por última vez y tomó un autobús hacia el sur. Se dirigía al matadero, donde el hedor de la sangre y las reses muertas impregnaba el aire como gelatina. El ruido de los trenes que se acoplaban era estruendoso. Sonrió.

Trasbordó, tomó un autobús a Chicago Heights, luego abordó uno que lo llevó a Cicero. Los campamentos rara vez se mudaban, y si no recordaba mal, había uno en las afueras del pueblo. Tuvo que caminar mucho después de bajarse del autobús, pero al fin lo encontró. Casi todos los vagabundos dormían. Un aspirante a seductor discutía con un joven, pero el chico al fin hizo lo que pedía el hombre mayor y hubo silencio. Camonille miró en torno. No se veía mucho en la oscuridad, pero el olor de los cuerpos sucios lo rodeaba. Ahora el único sonido era una respiración profunda, ebria, aturdida.

Solo tenía que esperar. Por la mañana obtendría la información que buscaba. Ya había superado el primer obstáculo. Si hubiera cometido la estupidez de comprar un boleto de tren, o de subirse a un tren de carga en Chicago, ya lo habrían apresado. Pero así, habiendo dejado atrás la gran ciudad, la presión se aliviaba.

Fue una noche larga. El olor, el conocimiento de que volvía a estar rodeado por hombres, le hizo pensar en la cárcel. Recordó las sofocantes paredes, las rejas contra

la cara, la prepotencia de los guardias; se obligó a pensar en la mañana, y en México, y en la radiante luz del sol, y en la vida en vez de la muerte. Tuvo un acceso de tos, y jadeó y regurgitó hasta que los hombres que lo rodeaban se despertaron y amenazaron con estrangularlo si no se callaba. Al fin escupió y logró calmarse. Sin duda alguna, tenía que irse muy lejos.

Por la noche, el ruido más solitario del mundo, un silbato de tren, lo estremeció y lo deprimió aún más. ¿Se estaba engañando? ¿Tenía alguna posibilidad de escapar? ¿O debía ir hacia el oeste y reunirse con la gente de allá? Sería mucho más fácil. San Francisco estaba mucho más cerca que México. Pero si lograba llegar al Pacífico, se juntaba con los «muchachos» y se embarcaba como marino mercante, no sería una auténtica escapatoria. Lo tendrían vigilado, lo obligarían a volver a las andadas, y a la clase de vida que terminaba en una muerte rápida.

No, pensó, ya había tomado una decisión. Iría al sur, y nada lo desviaría. Lo tentador del ofrecimiento que le habían hecho los «muchachos» era que solo tenía que llegar a Mineápolis y luego lo recogerían y lo llevarían en camión todo el trayecto, sin peligro. El mandamás de Joliet le había explicado todo antes de la fuga, le había dicho que era fácil esconder a un tipo en la cabina de un camión grande.

El mandamás poseía muchos de esos camiones. Y muchas otras cosas. Por eso podía darse el lujo de esperar el fin de su condena. Sabía que al salir su imperio lo estaría esperando.

—¡Tres años! —había resoplado—. Puedo hacer eso cabeza abajo.

Empezó a llover, así que cuando amaneció no hubo luz en el campamento.

Los hombres se movieron, gimieron, se levantaron, se masajearon la espalda dolorida, carraspearon y escupieron flemas, así como sus otros compañeros de Joliet lo habían hecho todas las mañanas durante mil setecientos sesenta y nueve días.

Tenía que ponerse en marcha, alejarse de esos recuerdos. Recurrió a un viejo tullido que tenía cerca.

—Oye, viejo —llamó.

El hombre giró sobre la pierna sana, arrastrando la pierna deforme, y lo miró, pero no dijo nada.

—¿Qué tren me conviene para salir de aquí?

El viejo carraspeó, escupió.

—Depende de adónde quieras ir, hijo.

—Al sur.

El viejo miró la terminal de carga. Pareció reflexionar mucho antes de hablar.

—Camina cinco kilómetros calle arriba, hasta la cima de la colina. Los trenes tienen que bajar la velocidad cuando suben esa loma. Allí puedes abordar uno. —Hizo una pausa como si hubiera terminado, luego añadió—: Ahora hay uno que está subiendo y pasará por allá en media hora. Va hacia el sur.

—Gracias, muchas gracias, viejo.

Larry Camonille se puso de pie y, sin mirar a los hombres sucios y acurrucados, caminó en la dirección que le había señalado el viejo. Aún hacía tanto calor que su estómago no protestó cuando se alejó de las fogatas donde los hombres preparaban café. Mejor esperar, pensó. El café lo haría transpirar aún más.

Habían quedado muy atrás, pensó mientras subía la colina, aquellos viejos tiempos en que creía que no podía levantarse de la cama sin haber bebido un litro de jugo de naranja y dos cafeteras.

Un cigarrillo tendría que reemplazar aquellos lujos.

Allá abajo, en Cicero y en Chicago, quedaban todas las cosas que no quería volver a ver, las cosas en las que no quería volver a pensar. Esperaba que ella sintiera remordimientos por haberlo traicionado, pero si podía llegar a México quizá pudiera perdonarla y olvidar esa mala pasada. Mientras llegaba a la cima de la colina, pensó que era una suerte no haberla encontrado en aquellos días frenéticos en que la habría desnucado, estrangulado, baleado, le habría arrancado el corazón, la habría molido a golpes... cualquiera de las muchas muertes que había pensado para ella cuando la buscaba airadamente por todos los lugares que ella solía frecuentar. Una suerte, sí. Estaba mucho mejor sin ella.

Así estaba por su cuenta, y le gustaba.

Abajo, al pie de la colina, vio los vagones refrigeradores, y el tren de carga subía hacia él. Aquí llegaba su coche cama, su viaje de lujo hacia el sur... ¡Esta era la verdadera fuga!

3

AL MIRAR LOS LARGOS VAGONES QUE SUBÍAN POR LA COLINA, Camonille comprendió que no era el único «pasajero» que esperaba. A último momento habían aparecido algunos vagabundos del campamento. Ahora aguardaban, ocultándose de los detectives del ferrocarril y de los guardafrenos mientras el tren se aproximaba. El viejo tullido era el único al que no parecía importarle que lo vieran.

A Camonille le pareció raro y por un momento le llamó la atención, pero se olvidó del asunto cuando pasó la rugiente locomotora. Luego seguía el ténder, y luego quince o veinte vagones refrigeradores. No correría el riesgo de meterse en uno. En la cárcel había oído muchas historias de terror sobre tipos que abordaban un refrigerador vacío y a los pocos días aparecían congelados bajo toneladas de hielo triturado que habían metido en el vagón después de que el hombre se había escondido allí.

Detrás de los refrigeradores venían vagones de ganado. Por un momento Camonille se alarmó. El ganado normalmente iba a Chicago, no era despachado desde los mataderos. Pero cuando miró por las hendijas de los vagones abiertos entendió por qué. Estos eran animales rechazados, reses que no habían engordado lo suficiente cuando llegaron al mercado. Por cada mil vacas bien alimentadas, tenía que haber una o dos que se les pasaban, pensó.

Había lugar de sobra para una res más que necesitaba engorde, pensó, corriendo por las piedras, y esperó, tensando los músculos, temiendo el momento en que debía aferrar el tren. Un resbalón, y podía caer bajo las ruedas. Un mero resbalón. La locomotora estaba encima de la loma y aceleraba. Los vagones empezaban a pasar a peligrosa velocidad. Era ahora o nunca. Patinando en el terreno desparejo, corrió junto a una escalera, tratando de sincronizar con la velocidad del vagón. Cuando lo hubo logrado, dio un salto, se aferró de un peldaño que estaba sobre su cabeza, arqueó las piernas y se quedó colgado un segundo.

Luego su viejo adiestramiento se reafirmó y subió fácilmente la escalera.

Dentro del vagón una vaca mareada mugía plañideramente. El olor de los otros pasajeros era como una cosa viva en sus narices. Soltó la escalerilla de hierro para aferrar los listones de madera que formaban el flanco del vagón. Las reses miraban su cara sudada mientras él usaba el estribo del vagón como pasarela. Ahora no estaba tan mal, pensó. Tres metros más y llegaría a la puerta. Pero aquí había un problema nuevo. ¿Cómo abriría la puerta mientras iba colgado del flanco del vagón en marcha?

Ya lo resolvería en su momento. Tratando de no pensar en nada salvo el lugar donde apoyaría el pie, avanzó lentamente. Ahora tenía la puerta enfrente y de pronto no hubo problema. Dos vagabundos estaban sentados cómodamente en la paja del

piso. Uno corrió la puerta con un gesto displicente y Camonille buscó refugio en el vagón cargado de estiércol.

Las vacas no pusieron reparo, pensó borrosamente mientras se acostaba jadeando. Brotaba vapor del estiércol que lo rodeaba, del cuerpo sudoroso de los animales, de su propio cuerpo.

Le causó gracia que uno de los vagabundos llevara un bulto anudado. Parecía un linyera de caricatura, con todas sus pertenencias envueltas en un pañuelo atado a la punta de un palo. El otro tenía facha de mendigo.

Habían hablado en voz baja desde que él se había tumbado, respirando entrecortadamente, pero solo ahora empezaba a entender lo que decían.

—Qué desgracia que el Rengo haya subido a este tren —decía el mendigo.

—Sí, ese mal nacido siempre trae problemas.

Camonille empezó a sentir sed y hambre al comprender que estaba rodeado de leche. Arrodillándose junto a una res, trató de recordar películas en que un granjero ordeñaba una vaca. Era mucho más difícil de lo que creía. Descubrió que no servía de nada pasar el dedo por la ubre, pero funcionaba si hacía una especie de masaje. Abrió la boca reseca y la llenó de leche caliente mientras el tren se detenía poco a poco.

Los otros dos se levantaron.

—¡Aquí viene! —dijo uno. Hablaba con miedo, con auténtico miedo.

Camonille vio que trataban de escabullirse, hacerse invisibles detrás de los animales; lo único que consiguieron fue ponerse en ridículo.

Volviendo la cabeza intrigado, vio que el viejo al que llamaban el Rengo señalaba el vagón.

—¡Tengo algo jugoso para ti! —le dijo el viejo a alguien que no estaba a la vista. Su risa desagradable era casi un cacareo.

Un hombre corpulento, de hombros gruesos, cintura ancha y cara carnosa, con una cabeza ahusada coronada por mechones de pelo rojo, pasó junto al viejo inclinado y se acercó a la puerta del vagón de ganado.

—¡Fuera!

A pesar del calor, usaba una chaqueta. Su gastado traje azul le sentaba como un uniforme. Contra la cadera se veía el bulto de una pistola, una cachiporra y un par de tensores.

Los dos hombres bajaron del coche y cayeron en las piedras junto al detective del ferrocarril. Camonille los imitó. Estaba detrás de ellos, todavía desconcertado.

—¡Revísalos! —dijo el viejo—. ¡Revísalos!

—¡No me digas qué hacer, piojoso!

—Cielos —gimió uno de los vagabundos—. Solo tengo unas monedas. ¡Unas míseras monedas!

El hombre del traje azul volvió la gruesa cabeza y miró hurañamente al vagabundo. Usó el pulgar para acariciarse el vello rojo de la barbilla.

—¿Te hablé a ti? —preguntó.

El vagabundo sacudió la cabeza.

Con la mano en la barbilla, el detective saltó desde esa posición. Hundió el canto de la mano en la nuez de Adán del vagabundo. El hombre se desplomó, asfixiado, aturdido de dolor, y rodó desmayado.

Camonille se quedó inmóvil. Esto no podía pasarle a él. Si le daban una tunda, moriría. Sabía que sí. No le quedaban muchas fuerzas.

El otro vagabundo comenzó a abrir el pañuelo para mostrarle el contenido al pelirrojo. Pero le temblaban tanto los dedos que no podía desatar el nudo.

El detective sacó una navaja del bolsillo. Apretó el botón del costado y apareció una filosa hoja de cinco pulgadas. Con la punta abrió el pañuelo de un tajo. El vago jadeó cuando todo lo que poseía en el mundo cayó en la tierra. Un par de paquetes de tabaco Bull Durham, algunas medias, unos pañuelos sucios y una billetera. La billetera había conocido tiempos mejores. Las costuras estaban rasgadas, y sobresalían papeles en el costado.

—Recógela —dijo el detective mientras se erguía y pasaba el pulgar por el borde de la hoja.

El vago abrió la billetera. Reveló dos billetes de un dólar, ajados e increíblemente viejos. El detective se los arrebató y se los guardó en el bolsillo mientras pateaba el resto de las pertenencias del hombre bajo las ruedas del tren.

Las reses estaban inquietas. Sus mugidos se estaban volviendo insoportables. Camonille se mordió el labio mientras esperaba su turno. El detective cerró la navaja, se la guardó en el bolsillo, y mientras el vago se agachaba para tratar de sacar sus cosas de abajo del vagón, el detective le lanzó una patada. La punta del pie le acertó en la espalda. Hubo un crujido agudo, como si se rompiera un trozo de madera, y el hombre se desplomó junto a las ruedas del vagón.

El viejo rio.

Camonille sacó toda la plata que tenía, unos pocos dólares, y extendió las manos ahuecadas ante el detective. Quería conservar el dinero en papel, los billetes del zapato derecho.

El pelirrojo, con cara inexpresiva, se aclaró la garganta y escupió una flema en las manos de Camonille. El asco hizo que Camonille retirase las manos. El detective cacheteó a Camonille. Aturdido, con la cara roja, Camonille apretó los dientes y aguantó. ¡No debía responder los golpes! Ni siquiera debía pensar en el arma que tenía en la cintura. Un paso en falso y moriría.

El detective dejó de abofetearlo.

—Levántalo —dijo.

—Yo... yo... —tartamudeó Camonille, pues le costaba mover la boca. Al fin atinó a decir—: Es todo lo que tengo. Lo juro. —Se alegraba de haber dejado el arma donde estaba. Pero de pronto lo lamentó.

—¿Cómo es posible —dijo el viejo, riendo mientras señalaba el zapato derecho de Camonille— que el nudo del cordón de ese zapato sea más corto que el del zapato

izquierdo? ¡No puedes engañar al viejo Rengo! ¡Tienes un fajo! —El viejo se apoyó en la pierna sana, arqueando la pierna deforme mientras brincaba con senil emoción.

—Quítatelo —ordenó el detective, señalando el zapato—. Y Dios te ayude si me ocultas algo.

Agachándose, Camonille desató el cordón. Se quitó el zapato, lo dio vuelta y dejó caer el dinero. Mientras lo recogía, con la intención de entregárselo al hombre que le robaba, oyó el zumbido de una cachiporra, vio un borrón de movimiento por el rabillo del ojo mientras un dolor le estallaba en el cerebro. Ya no pudo sacar el arma. Se le aflojaron los músculos.

Se desplomó, casi desmayado.

—¡Patéale la pierna, rómpela la rótula, destróvalo! —gruñía el Rengo, con una risa histérica y aguda. Camonille sintió otro dolor fulminante en la cabeza. Estaba a punto de perder la conciencia.

El detective se agachó, recogió el dinero.

—Cállate, Rengo —dijo.

El tullido trató de dominar las oleadas de alegría que lo sacudían, pero no había caso. Se masticó los dedos para sofocar la felicidad que amenazaba con dominarlo.

Se calmó cuando su mente vieja y enferma se acordó de algo.

—No pensarás dejar a un viejo sin su propina, ¿verdad? —jadeó.

El detective reflexionó, metió la mano en el bolsillo, sonrió por primera vez. Sacó una moneda de veinticinco y se la arrojó al viejo mientras el tren volvía a ponerse en marcha. Murmurando las gracias, el tullido se subió dolorosamente al vagón que era su recompensa por haber expulsado a los demás. Nadie lo molestaría mientras ese detective estuviera de guardia.

El hombre del traje azul miró en torno, y ni parecía ver a los tres hombres que yacían despatarrados en el suelo; luego, al aproximarse la cola del tren, saltó a la escalerilla del furgón con la facilidad de una larga práctica.

Con ojos turbios, Camonille vio que el viejo tullido mordía la moneda con los dientes podridos para probarla. Luego aulló de rabia. Lo último que Camonille oyó al desmayarse fue que el viejo maldecía al detective, que le había dado una moneda de plomo.

El tren se fue.

Camonille se obligó a abrir los párpados. Al instante el mundo entero giró en un remolino vertiginoso. Cuando se le pasó la náusea, logró entornar los ojos y echar un vistazo. No había rastros de los otros hombres.

Giró de costado, apoyó los nudillos ahora tostados por el sol en las ásperas piedras hasta que sangraron, se puso de rodillas. Pasaron minutos mientras esperaba, meciéndose y preguntándose si podría volver a moverse.

Lo consiguió. De pie, temblando bajo la abrasadora luz del sol, trató de no recordar que estaba de nuevo en la ruina. Desesperadamente en la ruina. Se mareó aún más al recordar que el detective lo había mirado atentamente y podía haberlo capturado. Por unos minutos creyó que lo había reconocido. Pero ese hombre no era un policía común. A la gente como él no le enviaban volantes. Ninguna de esas hojas impresas con una foto frontal y lateral de Lawrence Camonille, alias Larry Cannon, buscado por escapar de Joliet. Buscado... buscado...

Camonille caminó tambaleando hacia el riacho fangoso que corría en el fondo de una alcantarilla: agua de lluvia, cargada de desechos, que seguía su camino hasta evaporarse bajo el sol del verano.

Cayendo hacia delante, Camonille hundió la cabeza y los hombros en ese hilillo de agua caliente y fétida. Por largo rato solo pudo hundir la cara en el agua, una y otra vez.

Mientras recobraba lentamente las fuerzas, solo podía pensar en una cosa. «Mi arma. Seis balas y un arma para llevarme a México. Ahora es todo lo que tengo. Y es un largo camino...».

LOS VAGABUNDOS LE HABÍAN DICHO que se encontraban entre Chillicothe y Lawrence, Ohio. Ir a un pueblo pequeño era una idea atractiva. Los muchachos de azul estaban menos alerta cuando uno se alejaba de las ciudades grandes. Quizá pudiera remendarse, ingeniárselas para conseguir un poco de dinero.

Además, ahora que se le estaba calmando el lacerante dolor de la cabeza golpeada, podía sentir la diferencia en el calor que lo rodeaba. Este era calor de campo, más limpio y más soportable que el aire pegajoso de Chicago. Se paró en una roca cerca de un letrero que proclamaba la honradez e integridad de un candidato para un puesto político local y miró en torno.

La escena tenía toda la irrealidad de un anuncio en una revista en papel ilustración. El verdor de las ondulantes colinas era increíble. Parecía el color que sale de un tubo de pintura antes de mezclarlo en la paleta. La paz, la quietud y la satisfacción eran palpables. Quiso creer que aquí, en el cinturón bíblico, podría esconderse, empezar de nuevo.

Regresó hacia una carretera que era paralela al ferrocarril. No había bocinazos ni embotellamientos. No había coches.

Se acostó a la sombra de un árbol y esperó. Estaba más tranquilo. Su cuerpo absorbía el calor y mejoraba. Al fin se adormiló.

El día se adormiló con él.

Cuando despertó, su estómago le recordó que había pasado demasiado tiempo. Su cabeza estaba un poco mejor. Pasaron tres coches en los siguientes diez minutos. Ninguno aminoró la velocidad cuando intentó detenerlos.

El ruido de otro coche que se aproximaba le llamó la atención. Se levantó y se dispuso a correr para hacerle señas. Pero cuando vio que era un Cadillac brillante y lustroso, se calmó y lo dejó pasar. La gente que poseía coches nuevos y elegantes no recogía autoestopistas. Con la capota baja, el convertible formaba un marco para la rubia madura que lo conducía. Muy pocas mujeres recogían autoestopistas. Luego vio que el coche se detenía.

Se dirigió despacio hacia el coche. Que ella le echara un buen vistazo, viera el desastre que era, se tomara tiempo para apretar el pedal. Así no estaría tan furioso cuando ella se fuera sin él.

Pero ella esperó.

—¿Seguro que quiere llevarme? —preguntó él, con la mano en la puerta.

—Suba. Parece que necesita que lo lleven. —Su voz era sorprendente. El meticuloso maquillaje, el pelo oxigenado, las arrugas que le aureolaban los ojos, el cuidado con que erguía la barbilla para ocultar las arrugas del cuello, la costosa ropa interior que le ceñía el cuerpo dándole una semblanza de juventud no lo habían

preparado para la voz que salía de esa boca voluptuosa. Era una voz grave, cálida, excitante.

Echó una ojeada a la suave curva del estómago, prensado contra la blusa bajo la ceñida ropa interior. La blusa no tenía mucho escote, pero aun así los montes gemelos de blandura (tan apretados que se redondeaban como caderas) le llamaron la atención.

Ella esperó pacientemente, concentrándose en conducir el coche, hasta que él terminó de inspeccionarla. Luego habló como si le hubiera leído la mente:

—Hace diez o quince años debió de ser una belleza.

—Lo lamento. No me di cuenta de que lo que pensaba era tan obvio.

—Tranquilo, estoy acostumbrada. —Ella se volvió y su sonrisa ocultó todas las cosas que no ocultaba el maquillaje. Era encantadora—. ¿Dónde puedo dejarlo? ¿Quiere hablar de lo que le pasó?

—En cualquier parte donde pueda conseguir trabajo. Lo otro no tendría mucho sentido. Me dieron una paliza, eso es todo.

—¿Qué sabe hacer? ¿En qué clase de trabajo es bueno?

Esa voz. Trató de no oírla. ¿Qué clase de trabajo sabía hacer? Buena pregunta. Pero la respuesta era que no sabía hacer mucho. Las únicas cosas que hacía bien no tenían mucha demanda en un pueblo chico. Sabía tocar la trompeta, y no era nada malo con un arma.

—Cualquier cosa me viene bien —dijo—. Pescador de perlas, cualquier cosa.

A ella le causó gracia.

—¿Pescador de perlas? —preguntó.

—Ya sabe, lavar platos, limpiar una cantina barata, cualquier cosa para juntar un poco de plata.

—Por aquí lo más parecido a una cantina es una hamburguesería. No sé si necesitarán empleados, pero iremos a ver.

Prendió la radio del coche, y siguieron la marcha, y al bajar el sol el aire se puso más fresco. El perfume que ella emanaba era suave y limpio, pero no del todo dulce. Él se recostó, disfrutando del cuero blando, la presión de los resortes, y escuchó la música baja de la radio.

—Hay cigarrillos en la guantera —dijo ella—. Préndame uno, por favor.

Se sintió aún mejor al aspirar el humo. Se preguntó por qué ella lo ayudaba.

—¿Por qué me ayuda? —le preguntó al darle el cigarrillo.

—Perros cojos, gatos perdidos... ya sabe, las mujeres maduras se interesan por esas cosas, cuando no se les da por las religiones orientales.

Se burlaba de sí misma, pero también había algo más. Quería que él lo negara, que dijera que no era madura, o que en todo caso todavía era atractiva, sexy. En cambio, Camonille dijo:

—Me alegra que me tocara a mí y no a un gato sarnoso.

La penumbra era piadosa. Con el sol bajo, en el crepúsculo morado y gris, ella perdía años. Él no podía verle la mano izquierda.

—¿Casada? —preguntó.

Ella alzó la mano para mostrarle el anular. Tenía una sortija.

—Podría decir que sí, pero no sería verdad. No. Soy viuda.

—Una desgracia —dijo él, preguntándose si ella buscaba consuelo.

—No es para tanto, no era ninguna joya. Eso sí, era rico.

Ella ponía las cartas sobre la mesa. Luego unas luces de neón parpadearon adelante. *Welcome Inn*, decía un letrero.

—Tendrá que perdonar a Max por el letrero. No tiene mucha imaginación.

—Si me da un empleo, le perdono todo, hasta el mal aliento.

—Eso no le falta.

Ella estacionó cerca de lo que había llamado una «hamburguesería». Era mucho más que eso. Tal vez vendieran hamburguesas, pero era un restaurante bien puesto.

—Nadie presta mucha atención a la hora del cóctel por estos lares —dijo ella, sacando la llave de encendido—. Venga, veamos qué dice Max.

Era un establecimiento grande y limpio, y poco concurrido. Había hombres y mujeres sentados en la barra con forma de herradura, pero se conocían entre sí, y ya se habían dicho todo lo que tenían para decirse. Alzaron la vista con interés cuando la rubia entró con Camonille.

—Oye, Vera —dijo un hombre—, ven aquí y nos besuqueamos un poco.

—Más tarde, Carl, estoy ocupada. ¿Dónde está Max?

—En el fondo —dijo el hombre, señalando una puerta a la izquierda de la barra.

Sabiendo que tenía mala facha, y que a los hombres de la barra les divertía que apareciera como escolta de la rubia, Camonille se puso de mal humor.

Le habló a la rubia en voz alta, para que todos le oyeran.

—¿Estos patanes son lo mejor que puede ofrecer esta sección?

—¿Te refieres a los caballeros de la barra? Sí, son la flor y nata de la clientela.

Así que la consideraban una mujer fácil, y los «muchachos» no tenían empacho en decirlo. Por un momento tuvo la sensación de no haberse ido de Chicago. Hizo un esfuerzo para recobrar la sensación que había experimentado esa tarde.

Abriéndole la puerta con exagerada cortesía, sintió que ella lo rozaba.

—No te ensucies la falda —dijo.

Ella le miró los pantalones embadurnados de mugre.

—Hace tiempo que nadie se preocupa por eso —dijo.

En la otra habitación, un hombre corpulento, gordo sin ser fofo, estaba sentado leyendo un diario. Apoyaba los pies en un escritorio lleno de raspaduras, tenía la corbata floja, y le salía vello por el cuello de la camisa.

—Hola, Vera —dijo, dejando el diario. Frunció el ceño al ver a Camonille—. ¿Este vago te está molestando, cariño?

—No seas ridículo, Max. ¿Qué hombre me molesta?

El otro frunció aún más el ceño.

—No tendrías que decir esas cosas, cariño —dijo Max—. Hacen hablar a la gente.

Ella hizo un ruido expresivo con los labios fruncidos.

—Este hombre dice que es un pescador de perlas con experiencia. ¿Eso significa algo para ti?

Max asintió y cuando bajó la cabeza Camonille pudo ver un retazo de tez blanca que parecía una tonsura de monje.

—Sí, sé lo que es un pescador de perlas, pero no necesito ninguno.

Ella se sentó en el borde del escritorio.

—Claro que sí, Max —dijo—, sabes que lo necesitas. Todos se quejan de lo sucios que están tus platos.

—Nadie ha encontrado una mancha en mis... —Comprendió que ella bromeaba y no siguió—. De acuerdo, pasa a la cocina, amigo, y pide algo de comer. Parece que lo necesitas.

Al salir de la habitación, Camonille oyó que Max se quejaba con su voz gruesa.

—Mira, Vera —rezongó—, tienes que dejar de recoger vagos. ¡Cualquier día uno de estos sujetos te romperá la cabeza a golpes!

—¿Y qué? ¿Quién va a lamentarlo?

Camonille cerró la puerta mientras Max decía con preocupación:

—Yo, cariño. Yo voy a lamentarlo, y lo sabes.

Siguiendo su olfato, llegó a la cocina. Era grande, imaculada y muy ruidosa. El chef era un hombre diminuto, con la contextura y los movimientos de un gorrión, y era el origen de todos los ruidos. El cocinero regañaba a un joven de diecinueve o veinte años.

El muchacho era una cabeza más alto que el hombre que lo reprendía.

—¿Qué me importa lo que quieren esos cerdos? Comerán lo que yo les dé y va a gustarles. ¡No me fastidies diciendo que alguien quiere un bife bien cocido! Nunca salió un bife bien cocido de mi cocina, y no saldrá mientras yo sea el cocinero. Ahora ve allá y dile a ese pedazo de idiota que cualquiera que coma un bife bien cocido comería basura, y dile que yo lo dije.

El muchacho tragó saliva.

—¡Pero, señor Warren —graznó—, usted sabe que no puede hacer eso! Sabe que los clientes...

—¡No sé nada de nada! —El hombrecito aferró una olla de agua hirviendo y la chocó contra una hornalla de la cocina. El agua se derramó, siseando al caer sobre el gas, y el cocinero se enfureció aún más. Estaba por gritarle de nuevo al muchacho cuando vio a Camonille en la puerta—. ¿Y ahora qué? No me digas que los clientes tienen el descaro de entrar en mi cocina para decirme qué debo hacer... —Bajó la voz al ver la ropa de Camonille—. Tú no eres ningún cliente. ¿De qué se trata?

—Max me dijo que viniera aquí para comer. Y después de comer, debo ponerme a trabajar.

—¿Trabajar? ¿En qué? ¡Yo hago todo el trabajo en este condenado lugar! ¡Sin mí, Max estaría en bancarrota! Y no lo olvides. Pregúntale a él si no me crees. ¡Pregúntale!

El chico agradeció la interrupción.

—Yo... debo volver a mi trabajo —dijo, y salió corriendo de la cocina.

El cocinero sonrió.

—De acuerdo, amigo —dijo—, siéntate. Veamos si puedo quitarte esa cara de hambre. No te veas tan sorprendido. Yo también estaba en la vía cuando vine aquí. Max es buen tipo.

Llenó un plato. En el centro del plato había un bife jugoso de tres centímetros de grosor. Al lado había papas a la irlandesa, pequeñas y redondas, blancas como el vientre de una mujer, coronadas por fragante perejil verde. Había espárragos frescos, pero no demasiado gruesos, sepultados bajo una amarilla capa de salsa holandesa. El aroma mareó a Camonille.

El cocinero lo miró un segundo.

—Ese bife sale sin salsa bearnesa. Te puede caer mal si no has comido por tanto tiempo como parece que no has comido.

Luego el hombrecillo lo dejó tranquilo. Camonille lo agradeció.

Solo cuando el plato estuvo vacío y el trozo de pan con que lo frotaba dejó de cambiar de color, Camonille se reclinó y murmuró:

—Nunca he comido mejor.

El joven mozo había entrado y salido muchas veces mientras Camonille comía, pero solo cuando el plato estuvo vacío le preguntó:

—Caramba, usted tenía hambre de veras, ¿eh?

Camonille asintió y encendió un cigarrillo.

—¿Dónde puedo higienizarme antes de ponerme a trabajar? —preguntó.

El cocinero señaló con una mano que empuñaba una espátula.

—Ahí dentro.

Camonille se desnudó hasta la cintura, hizo espuma y se enjabonó bien. Con el estómago lleno, ya no le dolía la cabeza; aún le zumbaba un poco, pero nada más. Tenía una magulladura en el lugar donde le habían pegado, pero la hinchazón estaba bajando.

Se estaba secando con toallas de papel cuando comprendió que el baño de los empleados estaba separado del de los clientes solo por un tabique. Por encima del gorgoteo del agua, oyó el murmullo de una voz de hombre:

—Vaya, he visto a Vera beber muchas veces, pero esta es espectacular.

—Cuanto más ebria esté, mejor para mí —dijo otra voz de hombre, más aguda—. No me deja ponerle la mano encima cuando está sobria.

—¡Esta noche podrás meterle más que la mano!

Los dos hombres rieron.

Cuando regresó a la cocina, el cocinero le dijo:

—Ahí tienes un delantal.

Camonille se lo puso y atacó los platos que estaban en la pileta. Estaban apilados casi hasta el techo, pero no importaba. Era una labor interminable. Cuanto más lavaba, más había que lavar. Pero no era mal trabajo. No le cansaba la mente, aunque le afectara los pies y las manos.

La noche avanzó, y cada vez llegaba más ruido de la barra, y menos platos. Ahora el cocinero estaba preparando sándwiches y quejándose de esa tarea indigna.

—Yo, preparando un piojoso sándwich de queso. Si tan solo tuvieran el paladar... pero no lo tienen y de nada sirve rezongar. —Aun así, siguió rezongando.

El dueño, Max, asomó la cabeza en la cocina, miró aprobatoriamente los platos que Camonille había lavado y apilado.

—¿Cómo anduvo él, Warren? —preguntó.

—Bien, Max, perfecto. Necesitábamos a alguien más, hemos explotado demasiado a Benny. Para un chico como él no es fácil atender las mesas y también lavar los platos.

—Si tú lo dices. —Max volvió la cabezota hacia Camonille—. Puedes dormir aquí. Hay un catre en el garage.

—Muchas gracias.

—Te pagaría ahora, pero creo que deberías quedarte por un tiempo.

—Si puedo dormir aquí, no necesito el dinero.

—Hay cigarrillos detrás de la barra —dijo Max, y cerró la puerta.

—No toques la botella y podrás quedarte aquí el tiempo que quieras —dijo el cocinero.

—No soy borracho.

—Max es un tipo raro; parece que, como gana plata con la bebida, se siente culpable cada vez que llega un alcohólico aquí.

La puerta se abrió de nuevo.

—¿Puedo irme, señor Warren, por favor? —dijo el joven Benny—. Tengo una cita.

—Nada que yo diga logrará alejarte de esa hembra apetitosa. Claro, lárgate.

El chico se ofendió y trató de replicar.

—Preferiría que no hablara así de Jan.

El cocinero alzó la mano con desgano.

—Lárgate, Benny. Todos nos iremos al infierno de todos modos. ¿Qué diferencia hay?

Se preparó una ensalada, metió finas fetas de jamón italiano en la lechuga, le echó trozos de queso roquefort y la roció con aceite y vinagre.

—Pobre muchacho.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Camonille, no porque le interesara sino porque vio que el cocinero tenía ganas de hablar.

—Anda con una fulana que le va a causar problemas. ¡Esa zorrilla!

Camonille sonrió.

—¿Usted probó suerte y ella le paró el carro?

—Maldición, sí. —El hombrecito trató de encolerizarse, pero terminó por sonreír débilmente—. Sí, me gustan jóvenes.

La puerta se abrió.

—¡Tú, ven aquí! —Max señaló a Camonille. Apretaba las mandíbulas. Pequeños músculos se le movían en las mejillas mientras trataba de dominarse.

—Sí, patrón.

—Saca a Vera de aquí. Eres el único al que quiere llevar a casa. Yo no estoy a su altura. ¡Vamos, sácala de aquí, pronto!

La mayoría de los hombres y mujeres de la barra estaban bastante achispados, aunque no ebrios del todo.

Pero la rubia estaba totalmente borracha.

Con el pelo revuelto y los ojos entornados, estaba sentada en el taburete, y su culo desbordaba del asiento. Movía la cabeza y ronroneaba.

—Quiero al joven. Quiero al joven de los ojos malignos. Ese es el que quiero.

Tenía el frente de la blusa abierto, se veían los breteles del sostén y de la enagua, y un hilillo de alcohol trazaba una línea errática entre sus senos.

Al principio no lo reconoció. Cuando lo hizo, frunció los labios. El rouge corrido se los deformaba. Era peor cuando sonreía, y él le vio los dientes manchados de rojo.

Ella le tendió las manos con gesto posesivo.

—Llévame a casa, tesoro, sé buenito, lleva a la pequeña Vera a casa y acuéstala.

Él le puso las manos bajo las axilas, y la carne blanda le formó bultos alrededor de los dedos al alzarla. Ambos se tambalearon cuando él trató de guiarla hacia la puerta.

—Apártate —dijo Max. Rodeó la cintura de Vera con el brazo y se encargó de llevarla. Afuera, una vez que la acomodó en el asiento delantero, preguntó—: ¿Sabes conducir?

Camonille asintió, se metió en el coche, se puso al volante y se preguntó qué demonios haría si un policía lo detenía y le pedía la licencia.

—¿Dónde vive? —preguntó.

—Sigue tres kilómetros por esta carretera, verás un desvío a la derecha. No puedes pasarlo por alto. La única casa al final de un camino de tierra. Una casa grande. Blanca. Techo verde.

—Allí la llevaré.

—Hazlo. —Max giró pesadamente y se internó en la sombra. Luego dio media vuelta y gritó de golpe, como si perdiera el control de sí mismo—. Y no la lastimes... o...

Camonille se perdió en la oscuridad. Al principio se concentró en el acto de conducir, pues era algo que no había hecho en casi cinco años, pero su mente fue quedando en libertad a medida que su cuerpo recordaba la secuencia de movimientos.

Se estaba empantanando, pensó. El establecimiento de Max sería más un obstáculo que una ayuda. Un fugitivo no tenía tiempo para andar jugando con una fulana, y menos con una fulana madura y borracha. Él no tenía por qué andar conduciendo un coche. Pero luego apretó la cintura contra el volante, notó la solidez del arma y se sintió mejor. No se dejaría arrestar por ningún policía.

La mujer cayó contra su costado. Él quedó medio complacido y medio asqueado por esa cercanía. Había pasado tiempo desde que se había acostado con esa prostituta de Chicago. Cuando llegaran a la casa, cuando la metiera en la cama, lejos de la amenaza de la policía, quizá la manoseara un poco.

Se concentró en llegar a la casa. Habría tiempo de sobra para lo demás. Pero luego la mujer gimió y de pronto se descompuso.

Conduciendo con una mano, él trató de mantenerle la cabeza sobre la puerta para que no se manchara demasiado. Adelante el ojo único de una motocicleta parpadeó en la oscuridad. Las luces del coche alumbraron los botones y la insignia de un policía cuando la motocicleta se acercó.

El policía giró en redondo y se arrimó al coche.

—Deténgase.

Camonille obedeció.

El revólver, pensó aturdido. ¿Por qué no había ocultado el revólver en el baño del restaurante de Max? Si el policía lo cacheaba, estaba listo.

Un pensamiento oscuro abandonó su escondite: a menos... a menos que estuviera dispuesto a tirar a matar...

CAMONILLE aspiró profundamente.

—¿Qué pasa?

El policía, a horcajadas sobre la motocicleta, mirando el coche, hizo una mueca al ver el enchastre que había hecho la mujer.

—Ah, es ella de nuevo —dijo.

Esto era lo que Camonille esperaba, que ella fuera un personaje conocido que le sirviera de pasaporte. El policía lo miró sin curiosidad.

—¿Quién es usted? —preguntó—. No es uno de los tipos de costumbre.

—Hombre nuevo, trabajando en el Welcome Inn para Max.

—¿Sabe dónde vive ella?

—No estoy muy seguro. Pero es cerca de aquí, ¿verdad?

—Sígame. —El policía arrancó.

Soltando el aire con alivio, Camonille siguió a la motocicleta. Hasta ahora, todo bien.

Cinco minutos después el policía se detuvo.

—Tome este camino de tierra —le dijo—. No puede pasar por alto la casa.

—Gracias.

La casa se perfilaba contra la oscuridad. Con razón le había dicho que no podía pasarla por alto. ¡Y con razón Vera había dicho que su difunto esposo era rico! Era un lugar magnífico, con paredes muy blancas, una arquitectura gratamente informal. La única contra, pensó, mirando a la mujer casi desmayada, era la ocupante de la casa.

Le costó sacarla del coche. Ahora tenía las piernas flojas. Pulsó el botón de la campanilla y esperó. Semejante casona debía tener sirvientes. Se la entregaría a uno de ellos, regresaría al restaurante y trataría de obtener el descanso que necesitaba.

No hubo respuesta.

Maldiciendo, hurgó en vano en medio del rejunte de chucherías que todas las mujeres llevan en la cartera, y al fin comprendió que las llaves debían de estar con el llavero que estaba en el arranque del coche. La acostó en una reposera de metal del porche de la casa y volvió al auto.

A seis metros de la casa, miró la planta alta. Ahora había una luz encendida. Entonces alguien había oído tocar el timbre. Furiosamente regresó a la puerta y trató de deducir cuál era la llave que correspondía. Apoyó la mano en el picaporte y la puerta se abrió sola. No estaba cerrada con llave.

La empujó con el pie y fue a buscar a la mujer, que ahora estaba roncando. Le alegró que estuviera oscuro porque odiaba mirar la cara de la gente dormida.

Le tomó un brazo y se lo calzó en el cuello. Medio cargándola, medio arrastrándola como un peso muerto, logró trasponer la puerta. Una vez dentro de la

casa, gritó:

—¡Oigan! ¡Bajen a ayudarme!

Ninguna respuesta.

Estaba tentado de dejarla en la puerta, pero decidió no hacerlo cuando recordó que le debía un favor. Encendió una luz y miró en torno. Las habitaciones que veía desde el vestíbulo eran agradables, decoradas sin opulencia, pero era evidente que había dinero y buen gusto en su diseño.

La escalera fue un gran problema. Cuando logró llevarla hasta arriba, tuvo que detenerse para recobrar el aliento. Era como si zarpas furiosas le desgarraran el único pulmón. Sentó a la mujer en una silla, se apoyó en la pared y esperó hasta recuperar las fuerzas. A lo largo del pasillo había tantas puertas que era imposible saber cuál correspondía a la habitación en la que había visto luz.

Abrió la puerta más próxima. Oscuridad. Prendió las luces y supo que esta era la habitación de la mujer. Había pruebas de su alcoholismo por todas partes. Originalmente ese dormitorio debía de haber sido encantador, pero un sinfín de cigarrillos olvidados y consumidos habían dejado sus cicatrices en los muebles, en la alfombra, recordatorios de la autodestructiva negligencia del borracho.

No fue demasiado difícil meter a Vera en la habitación. La arrojó sobre la cama, donde aterrizó blandamente, despatarrada, la falda sobre las rodillas. Encima de las medias ceñidas, sus redondos y blancos muslos aún eran atractivos y estimulantes. La bombacha era de satén negro. Con los brazos extendidos, parecía crucificada.

De pie ante la cama, Camonille fue presa de la indecisión. Al fin suspiró y decidió no dejarla tumbada con el vómito que le había manchado la ropa. Fue difícil quitarle la blusa. La falda salió fácilmente, pues no tuvo problemas para mover el cuerpo de un lado al otro.

Había empezado a quitarle la bombacha cuando notó que lo observaban.

Con un sobresalto, dio media vuelta. Enmarcada contra la puerta, la mano temblando de perlesía, una anciana se sostenía sobre dos piernas débiles y un bastón delgado. El bastón bailaba en su mano trémula.

Con una bata color lavanda ceñida sobre su delgadez esquelética, la mujer lo miraba fríamente por bifocales que se apoyaban en la nariz. Por efecto de la edad, tenía cara de indio viejo: tez cobriza, cara enjuta, pómulos altos, pelo ralo y blanco. Los ojos, lo único joven que había en ella, se posaron en la mujer acostada.

La sorpresa lo hizo sentir joven y culpable.

—Se ha descompuesto —dijo, avergonzado.

—¡Descompuesto! ¡Esa cerda inmundada está borracha!

No pudo responderle nada, pues la anciana solo había dicho la verdad.

—¿Quiere encargarse y tratar de ponerla cómoda?

—¿Mi hijo se pudre en la tumba y ella todavía está viva, respirando, bebiendo, fornicando? ¡Que se revuelque en su porquería!

Con paso vacilante, la anciana dio media vuelta y regresó al pasillo.

—¡Noche tras noche, me siento en mi silla, esperando, rogando a Dios que fulmine a esa puta pintarrajeada! Alguna noche Dios será bueno y responderá mis plegarias...

La puerta se cerró.

Un poco conmocionado, Camonille sintió súbitamente pena por la mujer inconsciente que estaba atendiendo. Se sentó en el borde de la cama y le apoyó la mano en la frente. Si ella se hubiera despertado, le habría hecho el amor, le habría dado lo que ella quería y necesitaba desesperadamente.

Ahora su respiración era convulsiva. Sus pechos eran tibios y suaves. Al desatarle la faja, vio una cicatriz que bajaba desde el ombligo.

Esa mujer tenía mala estrella. La cicatriz de una cesárea. Camonille apagó las luces y se marchó. Abajo cerró dando un portazo. Que la vieja lo maldijera a él, para variar.

No tenía sentido, pensó, llevar el coche al restaurante de Max. No estaba demasiado lejos y quizá la caminata le sentara bien.

No fue así.

Tendido en el viejo catre del ejército, en el garage que estaba detrás del restaurante, sintió pena por sí mismo, por Vera, por todo el jodido mundo. Se tapó la cara con la almohada y trató de dormir. Había sido un largo día. Ahora le dolía la cabeza, como si le hubieran pegado de nuevo. De nada le sirvió tratar de visualizar una imagen de México.

Al fin desistió, se puso los pantalones y los zapatos y atravesó la vereda de piedras irregulares que unía el garage con el restaurante. Al encender la luz de la cocina, recordó que Max estaba leyendo un diario cuando Vera lo llevó para su «entrevista laboral».

Era un bollo arrugado en el cesto que había junto al escritorio de Max. Lo alisó y regresó a la cocina. Sintiéndose como un ciudadano respetable, se sirvió un buen vaso de leche y alisó el diario sobre la mesa.

La fuga ya no figuraba en primera plana. Había llegado a los anuncios de muebles cuando encontró un titular que decía: «Apresan a otros dos convictos». Leyó: «Max Baronov, durante largo tiempo príncipe de los estafadores de mujeres, fue identificado y arrestado hoy cuando...».

Bebiendo la leche, Camonille se alegró de que hubieran atrapado a Max. Abusar de mujeres solitarias era una ocupación despreciable.

La policía era optimista en lo concerniente a la captura de los diez prófugos. Otra vez Larry Camonille era identificado como el cerebro que había planeado la evasión. No había información nueva. A medida que se alejaba de la escena de la fuga, las notas periodísticas eran más breves.

Si contaba con una semana más de libertad, pensó Camonille, las probabilidades se volcarían a su favor. Bebió más leche, leyó la página de deportes y regresó a su angosto catre.

El día siguiente fue lento. No había mucho trabajo para hacer en el restaurante hasta el atardecer. Nadie iba a almorzar. Warren, el cocinero, no apareció hasta las tres y media, y puso a Camonille a pelar papas y lavar lechuga. Llegó Benny, el camarero, y parecía tener más años que el día anterior.

—Parece que necesitas unas ostras crudas, hijo —se burló el cocinero.

—¿Por qué no deja de provocarme, señor Warren? —dijo el chico—. Anoche Jan me contó por qué la odia tanto.

El cocinero, abochornado, se dedicó a acomodar ollas y sartenes.

Max entró en la cocina.

—Vera me telefoneó —dijo—. Gracias por ser amable con ella.

—Era lo mínimo que podía hacer. Yo necesitaba ayuda y ella me dio una mano.

Cuando Max se fue de la cocina, Camonille le preguntó al cocinero:

—¿Qué lugar es este? ¿Dónde estamos? No he tenido la oportunidad de echar una ojeada para orientarme.

Warren pinchó tentativamente un lomo de cerdo que estaba asando y cerró la puerta del horno.

—Mmm, veamos. Estamos a tres kilómetros de cuatro ciudades grandes. La clientela de Max viene de las afueras de las ciudades. Si trazaras una cruz, las ciudades estarían en las puntas de las líneas rectas y este lugar estaría en el centro. Chillicothe está al norte, Lawrence al sur, North Perham al oeste, y Ableton, una localidad más pequeña, hacia el este. ¿Por qué?

—Por nada. Desde que vine aquí pensé que era como estar trabajando en algún establecimiento de Nueva York o de Chicago. La misma clase de gente viene a emborracharse.

—El principal motivo por el que la mayoría de los clientes viene a emborracharse aquí es porque quiere estar en Nueva York o en Europa y no puede ir. Empresarios exitosos, aburridos, y sus esposas aún más aburridas... —Warren mascó un tallo de apio reflexivamente—. Por aquí hay muchos herederos. Gente de clase media alta, esperando que mamá, papá o la abuela pasen a mejor vida para poder hacer lo que quieren... ya entiendes...

—Sí —dijo Camonille—. Entiendo.

—Ese es el problema de Vera. Estaba embarazada cuando murió el marido y él dejó un testamento donde designaba albacea a la madre, hasta que el niño fuera mayor de edad...

—¿Qué pasó?

—El bebé nació muerto, el dinero está trabado y Vera no puede tocarlo hasta que la vieja estire la pata.

—Una desgracia.

—Hay un embrollo parecido con Jan, la muchacha con la que sale Benny, solo que ella es huérfana. Supongo que eso explica por qué la mayoría de la gente está jodida.

—Supongo —dijo Camonille, y fue a hablar con Max. Por algún motivo la tensión que lo crispaba desde que había escapado de la cárcel se había disipado. Este trabajo era un amortiguador que lo protegía con una sensación de falsa seguridad. Había tomado una decisión. Sería una mala pasada robarle a Max, pero pronto tendría que hacerlo.

Ese hombre corpulento y maduro alzó la vista cuando Camonille abrió la puerta de la oficina.

—Ah, tú. ¿En qué puedo servirte?

—No quiero ser una molestia, pero me preguntaba si podría adelantarme algún dinero para comprar ropa.

—Claro, claro. —Max le dio un billete de diez dólares—. ¿Eso es suficiente para una camisa y un par de pantalones?

—¿Cuál es el mejor lugar para ir a comprarlos?

—Benny tiene que ir a Ableton a recoger unas cosas que necesito. Ve con él en la camioneta. Procura que el chico esté de vuelta a las cinco y media. Tiene la costumbre de demorarse cuando le encargo un recado.

Camonille asintió y salió.

El joven estaba subiendo al coche.

—Espera —dijo Camonille—. Iré contigo.

Benny sonrió.

—Bien, súbase.

Camonille pudo evaluar la región durante el viaje. Pudo ver el dinero que ataba a los clientes de Max a esa zona. Casas grandes y pequeñas, todas en buen estado, bien mantenidas.

Granjas con graneros recién pintados; no había indicios visibles de pobreza. Era una zona rica. Las afueras de Ableton podrían haber sido Westchester en Nueva York, o el distrito Gold Coast en Chicago.

Benny interrumpió sus cavilaciones.

—¿Cómo se llama? —preguntó Benny, casi con timidez.

—John Chavez —dijo Larry Camonille.

—Un gusto. Yo soy Ben Able.

—Able, Ableton. ¿Alguna relación?

—Sí, seguro, la ciudad fue llamada así por un tatarabuelo mío. Teníamos mucho dinero. Pero eso fue hace mucho tiempo. —Luego añadió—: ¿A qué parte de la ciudad quiere ir?

—A cualquier parte donde pueda conseguir un par de pantalones baratos y una camisa.

Benny señaló una tienda.

—¿Por qué no prueba allí? Tengo que recoger unos cigarros especiales para Max. Se los manda preparar.

Camonille vio una tienda de golosinas y diarios junto al local de ropa.

—¿Vas allí?

—Así es.

—Nos encontramos ahí, entonces.

Se separaron. Camonille pronto terminó sus compras. La tienda de golosinas funcionaba como lugar de reunión para adolescentes. Chicos desgarbados, chicas bonitas, chicos con la voz cambiada que apenas empezaban a afeitarse, chicas cuyo cutis empezaba a despejarse después del embate de la pubertad, reían y peleaban, hacían planes en voz baja, abarrotaban la tienda, estorbaban el paso, miraban boquiabiertos las gaseosas, comían sándwiches y leían las revistas de los exhibidores.

Camonille pidió una Coca y buscó a Benny. Al principio no vio rastros de él. Al mirar con más atención, vio a Benny con lo que parecía un chico de pelo rojo y desaliñado en el último reservado.

Un muchacho de diecisiete o dieciocho años tomó la moneda de Camonille, le dio el vuelto.

—¿Algo más, caballero? —preguntó.

—Sí, llama a Benny y dile que estoy listo cuando él lo esté, por favor.

El camarero se dirigió al final del mostrador y gritó:

—Suelta lo que tengas, Benny, te buscan aquí adelante.

Avergonzado, Benny se levantó, derramando un plato de helado en la mesa. Camonille sintió que le palpitaban las sienas cuando vio que el chico pelirrojo que estaba con Benny era una chica de pelo corto.

Estimando que ella tenía la misma edad del novio, Camonille miró hambrientamente cuando la pareja caminó hacia él. La cara de la chica, con forma de corazón, ojos oblicuos y boca carnosa, se erguía orgullosamente sobre un cuello esbelto que coronaba un cuerpo hermoso. Sus pechos, juveniles y firmes, abultaban el suéter verde esmeralda. Su falda plisada marrón de nylon se mecía mientras ella caminaba hacia él. Si usara tacos altos, sus pantorrillas quedarían más delgadas, pensó él, levemente sorprendido por el efecto que la apariencia de esa muchacha surtía en él. Comprendió que aquello que lo excitaba era una expresión seductora que le daba un aire adulto.

—Señor Chavez —dijo Benny, sin aliento—, esta es mi chica, Jan Bolling. Jan, te presento al señor Chavez.

Ella no habló, sino que lo miró entornando los párpados. La franqueza de su apetito sexual era casi cómica, pero ella era demasiado excitante, y eso no tenía nada de cómico. Al fin ella arqueó la comisura de sus labios carnosos y demasiado pintados.

—Hola. —Extendió una mano menuda y rechoncha.

Él la estrechó y sintió que ella lo acariciaba con los dedos. De pronto entendió mejor por qué Warren estaba tan amargado por el rechazo de esa chica.

—¿Te dejo en algún lado? —le preguntó Benny tímidamente.

—Seguro —respondió ella, sin dejar de mirar a Camonille.

Camonille maniobró para que ella y el chico lo precedieran al salir de la tienda. Poniendo un pie delante del otro, como una modelo, ella mecía las caderas. Era una provocación deliberada.

Benny le apoyó el brazo en la cintura, protectoramente, como para declarar que era suya, pero ella se zafó con un gesto impaciente. Se detuvo ante los exhibidores de revistas del frente de la tienda, y tras mucha reflexión recogió un fajo de números de *True Confessions* y *True Detective*.

Fue Benny quien los pagó. Camonille reparó en el silencio que descendía sobre los adolescentes cuando Jan y Benny se les acercaron. Los muchachos miraban a Jan solapadamente. Las chicas le daban la espalda.

Una vez en el asiento delantero de la camioneta, Camonille sintió que la chica apretaba el muslo contra el suyo. Benny condujo en huraño silencio.

—¿Quieres dejarme en alguna parte y llevar a Jan adonde quiera ir? —preguntó Camonille.

—Gracias, pero su casa está en el camino de regreso.

Ella se retorció un poco y se volvió hacia Camonille.

—Hace rato que trato de que Benny se corte el pelo al rape, como usted. Creo que es muy sexy...

—¡Prometiste llamarme Ben! —protestó el chico, puerilmente.

Ella le palmeó la mejilla.

—¡Calma, nene, calma!

Con el sol que entraba por la ventanilla, Camonille vio el lugar del cuello donde terminaba ese maquillaje que imitaba un bronceado. La piel de Jan era casi tan oscura como el líquido que se había aplicado.

Las revistas que llevaba en el regazo le presionaban los pechos, abultándolos aún más.

El coche se detuvo. Camonille se bajó para dejarla salir. La casa no estaba a la altura de la casa de Vera, pero no era ninguna choza. Había malezas en el jardín, y se necesitaba una semana de trabajo para dejar el césped bien, pero el edificio se hallaba en buen estado.

Benny y Camonille guardaron silencio mientras la muchacha iba a la casa.

—¿Con quién vive? —preguntó Camonille.

—Una mujer que ella llama su tía, aunque en realidad es un ama de llaves. Jan es huérfana.

A diez metros de distancia, la muchacha dijo:

—La próxima vez ya conoce el camino. —Saludó a Camonille con la mano y entró en la casa.

Haciendo rechinar el cambio, el joven puso la camioneta en marcha.

—¡Al diablo con ella! —rezongó.

—Le gusta coquetear, ¿eh?

—Con cualquier cosa que tenga pantalones. —El muchacho puso cara larga y durante el viaje no dijo nada más.

Estacionando la camioneta en el garage, cerca del catre de Camonille, Benny dijo:

—Disculpe, señor Chavez, no es culpa de usted... pero hace tanto tiempo que estoy enamorado de ella que...

Camonille le palmeó el hombro sin decir nada. Mirando el catre deshecho, las sábanas arrugadas, supo que se acostaría con Jan aunque fuera lo último que hiciera.

6

DESDE LA COCINA CAMONILLE oyó el alboroto de una discusión. Warren y él se detuvieron para escuchar.

—De nuevo los Baxter —dijo el cocinero—. Deben de ser ellos. Ven conmigo.

Siguiendo la angosta espalda del hombrecito, Camonille pudo ver la barra desde la puerta que conducía a la sección de servicio.

El barman, maduro y entrecano, de cara agria, estaba diciendo:

—Por favor, señora Baxter, no lo haga.

No servía de mucho. Había solo un puñado de clientes bebiendo, acodados en la barra. El marido y la mujer que discutían habían girado en sus taburetes hasta enfrentarse. Ella le pegaba en la cara con una pesada cartera.

Una, dos, tres veces le lastimó las mejillas antes de que el hombre se tapara con las manos. Con voz estridente, ella le gritaba todas las obscenidades que Camonille conocía.

La vergüenza era la emoción que predominaba en esa cara curtida y apuesta, de mandíbula cuadrada, nariz fuerte y ojos profundos. Desviando esos ojos, el hombre apretó los puños y bajó las manos, dejando de protegerse.

A pesar de la furia que distorsionaba la cara de la mujer, ella también era bien parecida, más elegante que bonita, con un pelo negro azulado estirado desde una frente ancha, y ojos azules de gruesos párpados que contrastaban con el resto de sus colores.

La mujer estaba diciendo que su marido era un tacaño cuando Max cruzó la puerta de su oficina.

Camonille notó que Max estaba rojo de furia.

—Lo lamento —le dijo el barman a su jefe—, traté de no servirles... pero estaban sobrios cuando llegaron y ella armó un escándalo...

—Está bien, está bien. —Max alzó la mano para pedir silencio—. La ley dice que debemos servirles si tienen dinero y no están borrachos. Además, él es abogado y conoce sus derechos. Pero... —Max encaró al hombre que el cocinero había llamado Baxter—. Mira, Nicky, sabes que te aprecio. ¿Por qué nos pones en esta situación... con ella?

La mujer se encolerizó aún más. Abofeteó al marido, abriéndole un tajo en la mejilla con una de las grandes gemas de su anillo, escupió.

—Fantoche cobarde, ¿vas a permitir que tu legítima esposa sea insultada por este gordinflón, un ex contrabandista?

Pequeñas gotas de sangre gotearon hacia la barbilla del hombre.

—Bien, ¿eso harás? —gritó la mujer—. Claro que sí. ¿Qué diablos te importa lo que los demás digan o piensen de mí? ¡No te importa un bledo! No entiendo cómo

pude haber pensado que te amaba. Debía de estar loca.

El hombre se encogió de hombros, se bajó del taburete y arrojó unos billetes arrugados en la barra. Aferró a la mujer del brazo, bajándola del asiento.

—Lo lamento, Max —dijo—. Pensé que sería distinto. Ella lo prometió. Supongo que el que está loco soy yo.

—Qué valiente eres —dijo la mujer—, muy valiente cuando se trata de empujarme a mí. Ya puedes quitarme la mano de encima, me has hecho un moretón. Supongo que eso querías, lastimarme, lastimarme como siempre.

Benny mantuvo la bandeja sobre su cabeza mientras pasaba frente al furioso matrimonio. Camonille se preguntó por qué el joven estaba tan preocupado.

—Es temprano para que estén tan borrachos —observó Warren.

—¿Esto sucede con frecuencia?

—Todo el tiempo.

Camonille y Warren volvieron a trabajar a la cocina. El camarero los siguió, murmurando para sus adentros.

—¿Qué pasa, chico? —preguntó Warren.

—Vaya abogado que el padre de Jan designó para cuidarla... vaya abogado.

—Tranquilo, muchacho. Baxter era buen hombre cuando el señor Bolling vivía. Solo se ha desmoronado desde que se casó con esa arpía.

La cara débil y apuesta del muchacho estaba ojerosa de preocupación.

—Si Baxter fuera decente, quizá Jan no sería como es. —Luego salió de la cocina, avergonzado de lo que había dicho.

—¿A qué venía todo eso? —preguntó Camonille.

Warren hizo una mueca.

—La verdad, no lo sé. Supongo que el padre de la muchacha pensaba que Baxter sería una especie de tutor, además de albacea. Pero desde que Baxter se casó, el que necesita un tutor es él. No entiendo por qué los hombres aguantan esos desplantes de las mujeres.

—A algunos les gusta —dijo Camonille lentamente—. A la mayoría. O no lo soportarían.

—Quizá tengas razón. Será mejor que dejemos de cacarear como gallinas y nos pongamos a trabajar. Pronto será la hora de la cena.

Ayudando en todo hasta que hubo suficientes platos sucios como para empezar a lavarlos, Camonille comprendió que un bar era un bar. Estuvieran en un vecindario hacinado o aquí en medio del campo, los bares eran sitios donde la gente conocía otra gente, se escondían de otros, donde iban a olvidar, a pelear, quizá incluso a reírse...

Benny entró en la cocina, depositó ruidosamente una bandeja.

—Max está enojado, señor Chavez. Creo que con usted.

—¿Conmigo? ¿Por qué? —preguntó Camonille.

—Esa señora que a él le gusta tanto está aquí y quiere que usted vaya al salón a cenar con ella, y él está loco de furia.

¡Vera!

Camonille se secó las manos y salió. Ella parecía sufrir una resaca, aunque no tan fuerte como él habría esperado. El chico tenía razón. El jefe estaba furioso.

—¿Quieres acompañar a la señora? Siéntate. Come un bocado con ella. Yo no estoy a su altura.

Dio media vuelta y se alejó, taconeando con fuerza mientras expresaba su disgusto hasta con la espalda.

La rubia encendió un cigarrillo.

—Vamos, hombre, siéntate. Max ladra pero no muerde.

Camonille se sentó. Miró a la mujer a la que había acostado la noche anterior. Eso ayudó a aliviar su timidez. El conocimiento de que su cuerpo tenía pocos secretos para él, a pesar del aplomo con que ella le clavaba los ojos, lo hizo sentir un poco mejor.

—Quiero darte las gracias. Y ahora caigo en la cuenta de que ni siquiera conozco tu nombre —dijo ella.

—Chavez, Johnny Chavez.

Se inclinó hacia él. El aroma de su perfume era agradable.

—Te estoy doblemente agradecida. Primero, por llevarme a casa, y, segundo, por lo que le hiciste a la santurrón de mi suegra. No sé qué fue, pero estuvo furiosa todo el día.

Le restó importancia a su agradecimiento. Benny estaba a su lado, esperando el pedido con actitud rígida y formal.

—Vera —dijo Camonille—, ¿qué te parece si nos ponemos en manos del cocinero y dejamos que él prepare lo que quiera?

—Ningún problema. Pero primero tráenos un par de bourbons con agua.

El comedor se estaba llenando. Camonille sabía que la gente los miraba, pero ahora no le parecía tan importante. Ella tenía algo en mente, y se estaba preparando para decirlo.

Una vez que Benny sirvió los tragos, la mujer contempló el suyo largo rato. Camonille vertió el bourbon en el vaso de agua y bebió. Vera recogió el vaso, lo vació de un trago, hizo una mueca.

—Hablemos de una vez, Johnny.

—¿Sí?

—¿Cuán grave es el problema en que estás metido?

—Bastante grave.

—Haré un trato contigo.

Eso parecía interesante. Camonille bebió la mitad del trago y esperó de nuevo. Benny los interrumpió y les sirvió dos tazones de *vichyssoise*.

El gusto picante, acre y refinado de esa sopa helada y cremosa era agradable, decidió Camonille. Warren era un cocinero realmente bueno.

Antes de que Vera pudiera continuar, Max se acercó a la mesa. Con obvio esfuerzo, había adoptado una actitud sumisa.

—Lo lamento, Vera —dijo—. Lo que haces no es cosa mía.

Camonille esperó, preguntándose qué tendría en mente esa mujer. Max buscaba torpemente una reconciliación. Su modo de hacerlo consistió en ser expansivo. Acercó una silla, compartió la cena con ellos, bebió con ellos y pidió que les sirvieran brandy en el café.

Habían terminado cuando Benny se acercó a Max y le dijo en un susurro escénico:

—Oiga, jefe, los Baxter han regresado. Parece que tendremos más problemas.

Mascullando una maldición, Max se levantó de la mesa, se disculpó y fue a la barra.

Vera esperó a que él se fuera antes de hurgar en la cartera y sacar una billetera.

—Ahora hay demasiada gente cerca —dijo en voz baja—. ¿Puedo recogerte más tarde para hablar contigo?

Ocultaba las manos bajo el borde de la mesa. Camonille oyó un chasquido de papel rasgado.

—Claro —dijo—. Si quieres quedarte levantada hasta que termine de trabajar.

Ella le apoyó la mano en las piernas. Él bajó la vista y vio que le ponía un papel en la mano. Era tan pequeño que podía sostenerlo en la palma sin que nadie más lo viera.

Le había dado la mitad de un billete de cien.

Mirándola a ella, se guardó el inservible medio billete en el bolsillo y esperó.

—Daré dos bocinazos —dijo ella.

—Ven alrededor de la una y media. A esa hora ya habré terminado. —Camonille volvió a la cocina.

Si podía conseguir la otra mitad del billete de cien, pensó Camonille, se iría de inmediato. Preguntándose qué se proponía ella, seguro de que era algo ilegal, no notó que Warren estaba escondido en el pasillo, entre el bar y la cocina, hasta que casi tropezó con el hombrecito.

El cocinero miraba atentamente el bar. Camonille giró y vio que la pareja que había reñido antes volvía a ocupar los mismos lugares.

Esta vez no peleaban. Se mimaban. En el bar todos les clavaban la mirada. Baxter besuqueaba a su esposa como si estuviera por llevársela a la cama. Tenían las bocas pegadas y la mujer le aferraba la nuca con las manos, apretándolo contra ella.

—¡Caramba! —dijo Camonille.

—Creo que tenías razón. A él le gusta que ella lo maltrate.

Solo cuando las dos cabezas se separaron Camonille pudo ver la sangre seca, como un mapa en relieve, destacándose como un recordatorio de los tajos que la cartera le había abierto en la cara.

Mientras Warren seguía en su puesto de mirón, Camonille abordó la montaña de platos que lo esperaba. Más tarde Max entró en la cocina.

—Creo que me gusta más cuando los Baxter se están peleando —dijo.

—Son una gran pareja para eso.

—Mira, Chavez, sé que no es culpa tuya. Lamento lo de antes.

—No tiene importancia. —Era un momento en que Camonille podía tomarse un descanso. Prendió un cigarrillo y preguntó—: ¿Cuál es el apellido de Vera?

—Pool —dijo Max—. Es su apellido de casada.

—¿Puedo prepararle un refrigerio, jefe? —preguntó Warren.

—Tú y tus refrigerios —dijo Max, fingiendo enojo, y se palmeó la barriga—. Mira lo que me han hecho.

—Uno más no cambiará las cosas.

—Seguro, prepara algo.

—¿Se liberó de los Baxter? —preguntó el cocinero.

—Por suerte, sí. —Max meneó la cabeza—. Un día de estos van a estallar, y espero no estar allí cuando suceda.

Era una atmósfera tranquila, de hombres solos, y hablaban de bueyes perdidos. Camonille miró el reloj de la pared, vio que eran la una y veinte.

—¿Puedo irme, jefe? —dijo—. Estoy bastante agotado.

Max se estaba dando un atracón.

—Seguro, anda —dijo, y siguió hablando de béisbol con Warren, que comía ensalada sentado a la mesa. Benny se estaba lavando para irse. Los dos se lavaron en la misma pileta del baño.

—Buenas noches —dijo Camonille al irse, mientras el chico se peinaba el pelo largo.

—Buenas noches, señor Chavez —sonrió Benny.

Camonille se detuvo en la puerta y preguntó:

—¿Tienes una cita esta noche?

—Sí —dijo el joven—, por eso me apresuro. Tengo que recogerla en la ciudad. Ella está en un baile, pero plantará al tipo que fue con ella y me esperará.

—Buenas noches, de nuevo —dijo Camonille. Y caminó hacia el garage. No había indicios del coche de Vera, pero aún faltaban un par de minutos. De pronto comprendió que estaba realmente cansado y entró en su «dormitorio». Podría tumbarse un rato hasta que llegara Vera.

Ni siquiera se molestó en prender la luz. Anduvo a tientas y se sentó en el borde del catre. Estaba tan oscuro en ese estrecho espacio que al principio no se dio cuenta de que había alguien allí.

Extendió las palmas. Sus manos encontraron algo, y se sobresaltaron al tocar dos pechos.

Encendió un fósforo y vio la cara de Jan. Ella tenía los ojos entornados, los labios entreabiertos.

—¿Sorprendido? —dijo. Estaba desnuda.

Fuera del garage, sonaron dos bocinazos. Camonille no largó el fósforo hasta que la llama le quemó los dedos. Lo soltó y se quitó la ropa.

Se oyeron otros dos bocinazos.

TODO TERMINÓ EN POCOS MINUTOS. Cuando se recostaba para descansar, Camonille oyó que el coche de Vera se alejaba. Con ella se iba la otra mitad del billete de cien, pero entonces no parecía muy importante.

Rodó a un costado, aún apretado contra Jan por la estrechez del catre, y tanteó el piso buscando los cigarrillos. Su mano ciega tocó el revólver envuelto en la tela de los pantalones.

—¿Un cigarrillo? —preguntó, olvidando el arma y lo que ella significaba.

—Seguro —ronroneó la chica.

Encendiendo uno para ella y para él, usó el fósforo para buscar el interruptor. Mirándola bajo la luz repentina, decidió olvidarse de Vera. Volvió a hundir la cara en los pechos de Jan. Al diablo con Vera y su trato, fuera lo que fuese, al diablo con la muerte, al diablo con todo salvo el presente.

Solo apagó la luz cuando todo terminó de nuevo. Se quedaron abrazados, disfrutando de la fatiga. Él estaba complacido consigo mismo y con lo que había hecho, pero no podía dejar de pensar que mientras la prostituta de Chicago era todo técnica y nada de corazón, esta muchacha era todo corazón y nada de técnica. Pero el tiempo y la práctica remediarían eso.

Intrigado por ella, deseando saber qué la impulsaba, trató de juntar fuerzas para interrogarla, pero estaba demasiado cansado. Esperaba que pudieran volver a dormir, pero ella dijo:

—Es hora de que vaya a casa o mi tía me volverá loca. Estará enojada de todos modos, a menos que pueda entrar sin que me oiga.

Encendió la luz.

Camonille salió de la cama y se puso la ropa. Ocultarle el arma a la chica fue una de las cosas más difíciles que había hecho. Estaba agotado; le dolía cada parte del cuerpo.

Al abrir la puerta, reparó en un leve sonido. Esperó, tenso. Jan se le acercó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No sé. Creí oír algo.

—Ardillas. Están por todas partes.

La tomó de la mano como un adolescente y la llevó afuera del Welcome Inn. El ruido había cesado. En absoluto silencio, caminaron lentamente carretera abajo. No había tráfico. Era un mundo muerto, y ellos eran los únicos habitantes. La delgada luna menguante era el único vestigio de luz.

—Eres agradable —dijo ella, estrujándole la mano.

—Gracias. Tú también eres agradable. —Le costaba un gran esfuerzo obligar a su mente cansada a entablar una conversación. Por suerte ella no exigió una respuesta.

Habían caminado un kilómetro cuando ella se detuvo de golpe.

—¡Benny! —exclamó.

—¿Qué?

—Me olvidé de él. Debía esperarlo en Ableton. —Rio entre dientes—. ¡Se pondrá loco de furia!

Pobre chico, pensó Larry Camonille. Esta muchacha era toda una dínamo.

—¿Es celoso? —preguntó.

—Ya lo creo que es celoso. —Meneando la cabeza como un potrillo, continuó—: No tiene derecho a serlo. Le he prometido que si hace lo que yo quiero, seré buena con él, realmente buena.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Camonille, aunque la respuesta no le interesaba.

Ella dejó de mecer el brazo; dejó de moverse por completo. Alzó la cara para mirarlo a los ojos.

—Yo... necesito ayuda —dijo.

Primero Vera y ahora Jan.

—¿Legal o ilegal? —preguntó.

Ella no rehuyó la pregunta.

—Ilegal.

Aunque su cerebro agotado se preguntaba por qué lo habían escogido las dos mujeres, conocía la respuesta, o parte de ella. Él era un elemento nuevo. Vera tenía suficientes años e inteligencia para saber que él era un forajido, aunque no le importara el motivo. ¿Pero cómo lo había calado Jan?

Estas situaciones debían de haber estado fermentando largo tiempo, esperando que llegara alguien como él para hacerlas estallar.

Miró esos extraños ojos, jóvenes y viejos al mismo tiempo, preguntándose qué pasaba detrás de ellos. La fatiga lo venció y no pudo contenerse. Se llevó el dorso de la mano a la boca y dejó que su agotamiento se resumiera en un bostezo que casi le partió la mandíbula.

Delante de ellos, la casa de Jan esperaba en la oscuridad. De pronto furiosa, ella se apartó de él, corrió hacia la casa.

—Buenas noches, Larry —susurró antes de cerrar la puerta—. Te veo mañana.

Él estaba tan cansado que ella echó llave a la puerta antes de que su mente exhausta comprendiera lo que ella había dicho.

Benny lo había presentado como Johnny Chavez. Pero Jan lo había llamado Larry. ¡Sabía quién era!

La fatiga se había ido. Se metió la mano en la cintura y se pasó el arma al bolsillo. Caminando airadamente hacia la casa, discutió consigo mismo. La tensión le trituraba

la cabeza. Era como si alguien le exprimiera el cerebro. La furia crecía paso a paso. La puerta estaría cerrada con llave.

Arriba, en la planta alta, se encendió una luz. Conque allí estaba ella. Una veranda rodeaba la casa. No fue demasiado difícil trepar. Parte del camino, una especie de enredadera formaba una escalera casi perfecta, y el resto tuvo que trepar extendiendo los brazos.

Encaramándose al borde del techo de la veranda, apoyó allí la mitad del cuerpo. Alguien acechaba frente a la ventana iluminada. Alguien lo había precedido por la escalera.

Al principio estaba demasiado oscuro y solo distinguió un perfil masculino. Jan se acercó a la ventana, sin blusa, con las manos a la espalda, desabrochándose el corpiño.

Fue el momento que el otro hombre eligió para levantarse.

—¡Benny! —jadeó la chica.

El muchacho la empujó con furia para apartarla mientras se metía en la habitación.

—¡Mi tía! —exclamó la chica.

—Al diablo con ella —dijo Benny, con voz baja y torturada—. Al mismísimo diablo con ella... y contigo.

Larry Camonille, a gatas, avanzó hacia la ventana. En la oscuridad era invisible. La única lámpara que había sobre la cama de Jan revelaba que ella no era tan adulta como pretendía. Muñecos de toda clase y tamaño, desde especímenes de *boudoir* francés, con piernas flacas y largas y ropa interior elegante, hasta osos de felpa viejos y harapientos, estaban desperdigados por la habitación, en pugna con los últimos amores de la muchacha. En las paredes había fotos de la última tanda de galanes de cine, recortadas de revistas. En un taburete, cerca de la cama, había una pila de ejemplares de *True Detective*.

Como un gallo de riña, Benny se erguía en el centro de la habitación, rígido e implacable. La muchacha no intentó cubrirse. Sin enagua, con el corpiño desabrochado, de modo que las tazas huecas colgaban frente a sus senos, miraba burlonamente al joven que la enfrentaba. Tenía las medias enrolladas sobre las rodillas, y su única vestimenta era la bombacha rosada.

Sus caderas, observó Camonille fríamente, eran tan jóvenes que todavía eran totalmente redondas.

—Querida Jan, ¿dónde estabas? —dijo Benny, reprimiendo las lágrimas—. ¿Por qué no te encontraste conmigo?

Estaba rogando por una mentira, pensó Camonille, y sin embargo había algo de emoción reprimida en él, como si supiera algo que se moría por decir.

—Jan —insistió Benny—, fui a Ableton, esperé... vi a algunos de los que fueron al baile. Dijeron que te fuiste temprano. Mucho antes de la hora de nuestra cita... ¿Por qué, Jan, por qué? ¿Adónde fuiste?

En la oscuridad, Camonille sacó el arma y la apoyó en el antepecho. Si ella sabía, él estaba liquidado, y ella sabía. Si lo delataba, si llamaba a la policía, podía darse por muerto.

Mientras su mente se revolcaba en la indecisión, Benny preguntó en un susurro:

—¿Dónde estabas, Jan?

Con insolencia, como si él no estuviera allí, la muchacha se quitó las medias y la bombacha y se puso una bata corta que le llegaba a la mitad de los torneados muslos.

—No tengo por qué decirte —dijo ella, con cara totalmente adulta. Arqueaba con desdén las comisuras de la boca—. No tengo motivos para decirle nada a un gallina como tú.

Benny cayó de rodillas, le abrazó los muslos, la miró a la cara.

—Haré lo que quieras que haga, Jan. Haré cualquier cosa que quieras.

Ella curvó las comisuras de la boca hacia arriba.

—Demasiado tarde —dijo—. Llegas demasiado tarde. Tengo un hombre que lo hará. Un hombre de verdad. No un nene de mamá como tú.

El chico contrajo la cara como si le hubiera pegado.

—Sí —dijo ella, con cara maliciosa—, un hombre de verdad, y además tiene que hacer lo que yo quiera. ¡Tiene que hacerlo! —Se rio, y su risa no era agradable.

El dedo de Camonille se tensó sobre el gatillo.

—Jan, querida, cariño, créeme que lo haré.

—Ya tuviste tu oportunidad. —Jan puso cara de chico pícaro—. Tenías miedo... gatito asustadizo —dijo con voz traviesa—. Gatito asustadizo... asustado de su propia sombra.

—¿Por qué él? —preguntó Benny.

La tensión que Camonille sentía en la cabeza era casi insoportable.

—¿Él? ¿A quién te refieres? —preguntó Jan, sorprendida.

—Chavez.

—Las ardillas... ¡Las ardillas que él oyó! ¡Eras tú! —Jan retrocedió, se apoyó las manos en las caderas, echó la cabeza hacia atrás y rio—. ¡Mirón! ¿Viste bien lo que me hizo?

Benny gimoteó. Había inclinado la cabeza hacia delante y estaba de rodillas, con los hombros encorvados, el cuerpo entero en una pose de desesperación. Camonille encontró un pequeño lugar vacío de su interior en el cual sentir pena por el muchacho.

La cara de ella era malvada y vieja cuando se inclinó sobre la espalda arqueada de Benny y susurró, vertiendo las palabras como corrosivas gotas de ácido:

—Todavía está dentro de mí... ahora mismo... él es un hombre... un hombre de verdad.

Benny sacudió el cuerpo como si las palabras le carcomieran los nervios.

No era posible una degradación mayor, pensó Camonille, pero se equivocaba.

Benny meneó la cabeza de un lado al otro.

—No me importa, te amo, te amo a pesar de todo. —Tragando saliva, añadió—: Te necesito.

La chica se tumbó en la cama.

—Yo también te necesitaba, y no me serviste de nada. Lárgate de aquí. Ya tengo al hombre que quiero.

La chica recogió una revista de la pila que tenía junto a la cama y fingió leer. La colorida tapa mostraba una mano con un cuchillo bajando hacia la garganta de una muchacha. Era una de las muchas revistas de detectives que, evidentemente, leía.

De pronto Camonille comprendió cómo había averiguado quién era él. No había habido tiempo para que saliera un número que obsequiara a los lectores la historia de la fuga de Joliet, pero habían tratado el caso en la época del juicio. Ella debía de haber sospechado que su cara le resultaba familiar, habría ido a casa y revisado sus viejos ejemplares. Tenía que ser eso.

Todavía de rodillas, como un tullido, Benny caminó hacia la cama.

—Jan, por favor, dame otra oportunidad.

Ella se tapó la cara con la revista.

—Lárgate o llamaré a mi tía a gritos —dijo.

Era evidente que ella se guardaba lo que sabía, porque Benny lo había llamado Chavez. Entonces no tendría que matar al chico. Era un alivio. Pero lo que planeaba era igualmente malo, porque solo tenía que esperar a que Benny se marchara, dispararle a Jan, limpiar las huellas del arma y dejársela al chico. Todos sabían que los dos salían juntos. Jan tenía reputación de chica fácil y Benny era famoso por sus celos, así que el caso se resolvería en un abrir y cerrar de ojos. La mataría, iría a ver a Vera, conseguiría el resto del billete de cien dólares más otro dinero que ella tuviera, y se largaría. Era el único modo de salir de ese embrollo.

Pero el problema era ocultarse hasta que Benny se fuera.

Miró en torno. Estaba bastante oscuro, y Benny bastante alterado, de modo que si él bajaba tres metros por la veranda el chico no lo vería al salir.

Guardó el arma y se dispuso a bajar de la ventana hacia la oscuridad. Echó una última ojeada adentro y vio que Jan bajaba la revista.

Dilató los ojos al mirar hacia la ventana. Había visto a Camonille, o al menos un borrón que identificaba como humano.

De pronto puso voz más suave.

—Vete a casa —le dijo a Benny—, mañana hablaremos de ello.

Él alzó la vista esperanzadamente al reparar en el cambio de voz.

—Jan... —jadeó—, ¿quieres decir que me darás una oportunidad? Yo puedo...

—Estoy cansada. Vete a casa, por favor —dijo la muchacha, restregándose los ojos con los nudillos.

La cara del muchacho rubio reflejó emociones encontradas. Su boca débil estaba aún más torturada. Cuando él giró hacia la ventana, Jan protestó:

—Por allí no. ¿Quieres desnucarte, tonto? Baja por la escalera. La tía Jane está totalmente dormida, o ya habría venido aquí.

Sintiéndose como el protagonista de una obra picaresca, Camonille atravesó la ventana cuando la puerta se cerró detrás del cuerpo desgarrado de Benny. Ya no tenía sentido acechar en la veranda, pues Jan lo había visto.

Jan se llevó el dedo a los labios y señaló la puerta. El gesto decía: «Dale tiempo para llegar abajo».

Él fue en silencio hasta la pila de revistas. Mirando el colorinche de las tapas, pasó de un número al otro. Estaban ordenadas por mes y por año. Solo un número estaba fuera del orden cronológico. Hojeando las páginas, encontró su propia foto. Ojos hundidos, pómulos altos, nariz fuerte, mejillas redondas, boca arrogante, frente alta y ancha. Así había sido antes de la enfermedad, antes de que la tuberculosis lo consumiera.

El silencio pesaba en la habitación. Aún más pesaba el arma que tenía en el bolsillo.

El silencio se prolongó. Para colmo, sabía que Benny trataría de ser discreto y no despertar a la tía de Jan. Como no había ningún ruido, era imposible saber si había bajado y se había ido de la casa. Tendría la sensatez, pensó Camonille, de alejarse con sigilo.

Jan rompió el silencio.

—No... ¿No estás enojado conmigo por lo que sé, verdad? —Ella hablaba en voz tan baja que él tuvo que acercarse, inclinarse para oírla. El pulso se le aceleró al tenerla tan cerca. La corta bata estaba encima de su cintura cuando ella giró en la cama, le dejó lugar para sentarse junto a ella.

Él nunca había matado a nadie, y mucho menos a una mujer. A sangre fría podría haberlo logrado, pensó turbiamente, pero ahora... ahora que ese cuerpo estaba pegado al suyo, con la boca entreabierta, con esa lengua rosada frotando la suya, jugando con ella, acariciándola...

Más tarde, pensó, solo un poco más tarde, la mataré.

Debo hacerlo, pensó mientras rodaba encima de ella. Debo... debo.

Ella apagó la luz y la oscuridad envolvió sus cuerpos entrelazados.

AL PRINCIPIO FUE MUY EXCITANTE, más que la vez anterior, pero luego algo empezó a andar mal. Ella arqueó el vientre hacia arriba, y sus gemidos animales, que al principio habían estimulado los cansados nervios de Camonille, se volvieron demasiado fuertes, demasiado prolongados. Con la cara contra la de ella, notó que le brotaba saliva de la boca. Preocupado por los ruidos que ella hacía, tratando de contenerla, susurró:

—Tesoro, tienes que callarte. Tu tía vendrá con una escopeta. No hagas tanto alboroto.

Pero ella no le hacía caso.

Se contorsionaba tanto que a él le costaba impedir que se cayera de la cama.

Tapándole la boca con los labios, trató de sofocar los ruidos. Entonces se dio cuenta. Pues sintió que la lengua de ella se curvaba sobre sí misma.

Alarmado, encendió la luz. La cara de ella era como una máscara antigua. Con la boca deformada por una mezcla de dolor y de éxtasis, los ojos opacos, la cabeza echada bruscamente hacia atrás, contorsionaba el cuerpo como si recibiera una descarga eléctrica de alto voltaje, y los brazos y las piernas se retorcían como serpientes enloquecidas.

Entonces abrieron la puerta.

Camonille se quedó petrificado, con la mano pegada al arma. ¿La tía? No, era Benny. Así que el chico no se había ido, había esperado... Pero ahora el chico apretaba los labios con furia, tenía la cara blanca.

—Hágaselo ahora, ¿por qué no prueba? —lo provocó—. ¡Estos son sus mejores momentos!

Pero le costaba pronunciar las palabras y Camonille vio que le temblaba la garganta mientras combatía la náusea.

—¿Ella se olvidó de explicarle cuál es su problema? —Benny apartó los ojos de la cama y de lo que pasaba sobre ella. Acumulando furia, dijo lentamente—: ¡Le haré pagar por esto!

Un bufido estrangulado hizo que ambos se volvieran hacia Jan.

—Su lengua —jadeó Benny—. ¡Agárrela para que no se la trague!

Camonille necesitó todas sus fuerzas para abrir las mandíbulas de la muchacha. Pero el suyo fue el trabajo más fácil. Benny metió la mano en la boca tensa y apresó la lengua que se tragaba a sí misma.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Camonille—. ¿Cuánto duran los ataques?

—Toda una vida.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres o cuatro minutos.

Benny había tenido razón la primera vez, pensó Camonille fatigosamente. El ataque duró toda una vida. Cuando al fin terminó, y los ojos de la muchacha recobraron la inteligencia, ella cerró los párpados y se negó a mirarlo.

Rechazado, se volvió hacia Benny y preguntó:

—¿Hay algo más que podamos hacer?

—No, solo déjela dormir. ¡Ya ha hecho todo lo posible para lastimarla, maldito sea! ¡Ella no tiene que excitarse!

Apagando la luz, los dos unieron fuerzas y, cómplices involuntarios en el silencio, salieron de la habitación por la ventana, hacia la veranda. Cayeron al jardín, uno detrás del otro. Camonille esperaba que el chico pudiera contener su furia. No era el lugar ni el momento para un enfrentamiento.

Vio que Benny estaba emocionalmente tan agotado como él cuando se alejaron de la casa. Ninguno habló entonces, ni cuando se despidieron para seguir cada cual por su propio camino. Camonille observaba cautelosamente los puños apretados de Benny, esperando una explosión, pero al fin el chico se encogió de hombros y se internó en la noche.

Camonille solo podía pensar en su catre en el garage y en dormir un poco. O dormir mucho. Necesitaba de toda su fuerza de voluntad para mover los pies. Al fin se detuvo, apoyó la espalda dolorida contra un árbol, sacó un cigarrillo del paquete aplastado. No sabía si tumbarse donde estaba para descansar o regresar a su «hogar». Inhaló profundamente, y su cerebro fatigado daba vueltas en círculos cada vez más estrechos. Ella sabía su verdadera identidad y era epiléptica. Él no sabía mucho sobre ese tema. ¿Los epilépticos estaban locos? No, en ese caso todos los epilépticos estarían en manicomios, y no era así. ¿La ayuda que ella necesitaba se relacionaba con la enfermedad? En tal caso, ¿por qué había dicho que era algo ilegal, y por qué Benny se había negado a ayudarla?

Ni siquiera podía acusarse de debilidad por no haberla matado. Se habría requerido una crueldad muy especial para dispararle cuando se contorsionaba... trató de no pensar en eso. En todo caso, era evidente que ella se había guardado lo que sabía. Debía de creer que le daba cierto dominio sobre él. Era tranquilizador que no le hubiera dicho nada a Benny. Pero no podía permitir que ella se valiera de ese conocimiento para extorsionarlo.

Arrojó la colilla del cigarrillo y miró el punto rojo que subía, bajaba y estallaba en chispas al chocar contra el follaje cargado de rocío. ¿Rocío?, se preguntó estúpidamente. El rocío no bajaba hasta la mañana, hasta poco antes del amanecer. Sacudió la cabeza, trató de despejarse.

El aire estaba pesado cuando regresó al garage. La atmósfera, gris y húmeda, había cambiado; había lluvia en el aire, y ocultaba parcialmente un sol enfermizo que trataba de brillar a través de las nubes que se acumulaban.

Se detuvo con la mano en la puerta del garage, y notó que no estaba solo. Sintió un cosquilleo en la piel, con esa sensación rara que tienen los hombres cuando

alguien los vigila. Se dio vuelta deprisa, con la mano en la cintura, apretando la palma sudorosa contra el bulto tranquilizador del revólver, y se relajó un poco al ver quién lo observaba.

—¿Saliste a hacer travesuras? —preguntó Vera Pool, en un susurro que apenas se oía a través de los quince metros que lo separaban del coche donde ella esperaba.

—Hace un buen rato que esperas, ¿eh? —dijo él. Caminando hacia ella, estudiándola, bajo la luz suave y gris de la aurora, volvió a preguntarse si lo más conveniente no sería unirse a ella, hacer lo que ella quería y largarse, salir de esa inmunda cloaca de enfermedad y propósitos conflictivos que lo estaba ahogando.

Ella abrió la puerta del coche, palmeó el asiento.

—Entra, siéntate —dijo—, parece que en cualquier momento te caerás redondo.

Le hizo bien sentarse. Ella no lo miraba, sino que mantenía la cabeza hacia el costado, escrutando la cinta húmeda de la carretera que se perdía a lo lejos. No pasaban coches, estaban solos en la mañana, y el único ruido era el de su respiración y algunos pájaros quejumbrosos que parloteaban en las ramas de un árbol cercano.

—Debes de ser más rico de lo que pensé —dijo ella al rato.

Él tardó un momento en comprender a qué se refería. Luego sacó la mitad del billete de cien del bolsillo y lo sostuvo entre los dedos, estudiándolo, alisándolo, arrugándolo, estirándolo. Le tocaba hablar a ella, y mientras pudiera quedarse sentado estaba dispuesto a esperar.

—¿No quieres el resto de ese billete? ¿Y mucho más?

Él asintió.

—Esto es mucho más difícil de lo que creía —dijo ella.

Él se reclinó en el asiento, alargó las piernas y entrecerró los párpados. Dejó de jugar con el billete.

—No sé cómo expresarlo en palabras.

Para él daba lo mismo. En su aturdimiento, pensó que si ella se callaba y lo dejaba dormir, le devolvería el medio billete.

—Para mí valdría mucho dinero que hicieras lo que quiero que hagas —dijo ella, aún sin mirarlo.

Mucho dinero... mucho dinero... eran palabras sin sentido. Él apoyó la cabeza en el asiento del convertible. Sintió unas gotas de agua en la frente.

Estaba lloviendo.

Ella puso el arranque, encendió los motorcitos que alzaban automáticamente la capota del coche y volvió a guardar silencio mientras la capota subía y bajaba, rechinando mientras se acomodaba sobre el parabrisas. Pasando la mano sobre él, hizo girar las manijas que trababan la capota. Sus blandos pechos le rozaron el brazo, pero luego volvió a su lado del asiento, detrás del volante.

El repiqueteo de la lluvia sobre la lona que los cubría era hipnótico en su intensidad. Arrullado por ese sonido, estaba por dormirse cuando ella se mordió el labio inferior, se inclinó sobre él, le sacudió los hombros.

—Maldición-escúchame-quiero-que-mates-a-mi-suegra —dijo tan rápidamente que todas las palabras se unieron en una.

Solo la palabra *mates* se destacaba. Fue suficiente para que él abriera los ojos e irguiera los hombros.

—¿Qué? —preguntó.

Ella apretó los dientes, habló con mayor lentitud.

—Está vieja, vieja y enferma, no puede vivir para siempre, aunque parezca lo contrario. No la estoy privando de mucho. Ahora no obtiene ningún placer de la vida. Ha sido así desde que murió el hijo; solo revive cuando me atormenta. ¿Por qué debe seguir estrangulándome lentamente, impidiéndome hacer lo que quiero? Muchas noches intenté emborracharme para hacerlo... pero no puedo. Se necesitan unas agallas que no tengo. —Le aferró la mano, tiró de ella—. Por favor, máatala. Los años pasan... ya no tengo mucho tiempo para hacer las cosas que quiero. Dame la oportunidad de vivir. Máatala.

Él la miró. Ella estaba sufriendo.

—Si yo la asesinara —dijo—, sería la primera a quien arrestarían. Nunca he ocultado lo que siento por ella. Pero tú eres un forastero, no tendrías ningún motivo que la policía pudiera encontrar. Por favor, máatala, te lo ruego.

Le estaba lastimando la mano. Él se zafó.

—¿Por cuánto? —preguntó.

Este aparente consentimiento la desconcertó. Tardó un rato en hablar.

—¿Lo harás?

—¿Por cuánto?

—Quinientos... mil, cinco mil... ¿Cuánto quieres? No me importa. Seré rica, libre, podré hacer todo lo que quiero... antes... —Alzó la mano, tocó la piel floja bajo la barbilla—. Antes de que sea demasiado tarde.

Seis balas y un arma para llevarlo a México, recordó que había pensado. Quizá ahora solo se necesitara una bala. Una apestosa cápsula de plomo para derribar todos los obstáculos que se interponían.

Pero era demasiado tarde y estaba demasiado cansado.

—Déjame consultarlo con la almohada. Lo pensaré —dijo trabajosamente. Le costaba mover los labios.

Agotó sus últimas fuerzas para salir del auto y caminar hacia el garage. Apenas escuchó que el coche se alejaba, cayó en el catre totalmente vestido, se relajó, aspiró profundamente, y luego empezó a toser.

Convulsionándose de dolor, carraspeó y se sofocó hasta que algo se aflojó y un borbotón de sangre salió de sus labios torturados en una hemorragia.

Solo entonces se durmió.

Pero ella no se moría. Le disparó no una vez, sino seis veces entre los viejos ojos; cada vez la tez cobriza se sacudía, la cara de indio se contorsionaba de dolor, pero el agujero se cerraba y ella se burlaba de él y cloqueaba con su voz vieja.

No solo no se moría, sino que su cara apergaminada estaba encima del cuerpo joven de Jan. El contraste era insoportable. Alzando el revólver vacío, le pegó en el pelo gris amarillento, pero el cráneo no cedía. El cañón del arma se partió y cayó al piso.

Las paredes de la habitación crecían, eran cada vez más altas, y luego empezaron a rodar lentamente; soltó el revólver roto, le aferró el cuello flaco y la sacudió. Ella lo miraba con su cara vieja, pero debajo estaban los pechos jóvenes de Jan. La bata morada había caído y el cuerpo juvenil era un recordatorio que no le decía nada.

Y ahora las paredes, que todavía giraban, despacio, dejaron de crecer y empezaron a encogerse, cada vez más. Avanzaban sobre ellos. Aplastados contra el piso, rodaban una y otra vez mientras él apretaba ese cogote con los dedos.

Pero ella no se moría.

Aunque ya debía estar muerta por estrangulamiento, su cuerpo obscenamente joven y excitante se retorció ante sus ojos desencajados.

Molió a golpes esa nariz ganchuda y sintió el crujido del hueso bajo sus puños. La nariz se acható contra la cara arruinada, luego volvió a crecer.

Apartándose de ella, buscó una mesa a tuestas, arrancó una pata y la usó para destrozarle los sesos.

Pero ella no se moría.

Con el vientre redondo arqueado hacia arriba, tocando el piso tembloroso solo con la punta de la cabeza y los talones, ella seguía viviendo y sufría un espasmo tras otro, mientras la desesperación de él se transformaba en terror. La pateó con el zapato, y tendría que haber puesto fin a esa vida perpetua; la vibración de los golpes subía por su pierna mientras la pateaba una y otra vez, una y otra vez.

Pero ella no se moría.

Fue entonces cuando comprendió que si no podía matarla, él tenía que morir.

Todas las cosas que le había hecho a ella ahora le sucedían a él. Y mientras sus ojos se ponían vidriosos y sufría una muerte lenta, vio que ella se levantaba, se ponía la bata morada, echaba hacia atrás la cabeza de indio, exponía su rostro curtido y seco al techo opresivo y cloqueaba con estridencia.

Ella se disipó a medida que Camonille recobraba la conciencia, y la piel de momia de ese rostro de calavera fue lo último en desaparecer. El cloqueo se transformó en carcajada.

—Despierta —dijo una envidiosa voz de hombre—. ¡Vaya, qué noche habrás tenido!

Él abrió lentamente los ojos legañosos, vio que Warren lo miraba.

—¡Levántate de una vez!

Le costó hablar, pero al fin logró graznar:

—¿Ya debo ir a trabajar?

El hombrecito señaló la ventana.

—La lluvia ya pasó y ha llegado la noche. También la hora de la cena. Vamos.

Arrojarse agua helada en la cara ayudó un poco, pero no mucho. Los dedos oscuros de su pesadilla aún acechaban en su cerebro cansado. Si eso debía esperar en caso de matar a la vieja, quizá fuera mejor averiguar qué quería Jan.

EL TRABAJO Y LA NOCHE PASARON RÁPIDO. Se estaba acostumbrando. Interrumpió apenas para comer un bocado, y solo echó una ojeada al bar cuando el abogado Baxter y su esposa iniciaron su ebria batalla de todas las noches. Fregaba los platos sucios, los lavaba, los apilaba para secarlos, se mantenía ocupado, enmascarando sus pensamientos con el movimiento físico.

La primera pausa en las tareas de esa noche llegó cuando Warren se tomó un rato para beber una taza de café y dar un vistazo al diario. Camonille siguió trabajando mientras el hombrecito sorbía el café, murmuraba para sus adentros y leía varias notas en voz alta.

La noticia que Camonille esperaba llegó al fin.

—No están perdiendo el tiempo con esos convictos fugitivos —dijo Warren, aclarándose la garganta—. Anoche capturaron a otro.

Se preguntó quién sería mientras arrojaba sobras de comida al tacho de basura. ¿A quién habrían atrapado?

—George Beddoes fue arrestado en el hogar de Fran Serley, que convivió con él largo tiempo.

Dejó de escuchar. George. El musculoso. El único tipo agradable del grupo. Una lástima. Pero era previsible que hubiera vuelto a la casa de Fran. Era el único motivo por el que se había unido a la fuga. No le faltaba mucho para salir, pero no podía vivir sin ella.

Camonille comprendió que la mitad de los hombres que habían escapado con él ya estaban de vuelta en la cárcel, otra vez entre rejas y con condenas aún más largas. Quizá la idea había estado condenada al fracaso desde el principio. Quizá habría sido mejor si se hubiera quedado... Pero eso era ridículo, pensó. Eso habría significado la muerte, y él iba a vivir.

Deprimido, llegó a una súbita decisión. Su único error había sido empantanarse en este escondrijo que se estaba volviendo demasiado peligroso para él. Nunca tendría que haber dejado de correr.

Enredarse con Jan y con Vera solo podía crearle más problemas. Era hora de conseguir un poco de efectivo, dinero de Max para ponerse de nuevo en marcha. La atmósfera de ese restaurante, esa gente que decaía allí lentamente, tenía algo que lo había atrapado. Él era un fugitivo, y los problemas de ellos no le concernían. Lo único que le concernía era la fuga.

Sonrió vagamente al imaginar la nota que dejaría en la caja registradora de Max esa noche. Un pagaré, aunque no pensaba pagarlo nunca, pero ese hombre había sido amable con él. Y era solo dinero, no lo lastimaría.

Ahora que había tomado la decisión de irse, el tiempo, que se había acelerado, de pronto se hizo más lento, y la última hora y media tardó en pasar más que todo el resto de la noche.

Pero era como si le hubieran quitado un peso de encima.

—Oye, ¿por qué tanto buen humor? —dijo Warren—. Es la primera vez que te oigo silbar mientras trabajas.

Se encogió de hombros y siguió con su trabajo. Qué tonto había sido al dejarse embrollar por los insensatos planes de Vera; en cuanto a Jan, no podía culparse. Toda vez que un bombón como ella se tumbara en la cama, él haría precisamente lo que había hecho.

Al pensar en Jan, recordó que no había visto a Benny en toda la noche.

—¿Qué le ha pasado a nuestro joven camarero? —le preguntó a Warren.

—Llamó diciendo que estaba enfermo —dijo el cocinero—. Por suerte, teníamos un barman extra al que no le molesta atender las mesas.

Pobre chico, pensó Camonille, ahora que podía darse el lujo de la piedad, ahora que estaba decidido a bajarse de ese carrusel. Que Benny se las arreglara con Jan, que hiciera lo que la muchacha quería que hiciera.

Él y Warren interrumpieron su tarea cuando Max, con cara más agria que de costumbre, entró para decir:

—Vera te está esperando, Chavez.

Su buen humor se disipó. En cierto modo, escapar de la gente era más difícil que fugarse de la cárcel. Él había alentado las esperanzas de esa mujer al fingir que accedería a su pedido.

—Dile que la veré después —respondió.

—Creo que no me oíste, Chavez —rezongó Max—. Dije que ella quiere verte.

Camonille arrojó la toalla a la piletta y caminó hacia la puerta.

—Está bien, no te sulfures.

Primero tendría que esquivar a Vera, luego a Jan, robarle algún dinero a Max y empezar a correr. Le haría bien estar solo de nuevo. La gente empezaba a asfixiarlo.

Los ojos de Vera brillaban cuando él caminó hacia el bar. Él era su gran esperanza, pensó al mirarla. Un asesinato, y su vida quedaría resuelta.

Detrás de ella vio a los Baxter. Habían pasado la etapa de la pelea y ahora se estaban besuqueando, aferrándose a su extraña clase de amor.

La otra gente del bar miraba con ojos entornados.

Al sentarse junto a Vera, vio que sería más difícil de lo que esperaba.

—¿Esta noche? —dijo ella.

Él asintió. Era mejor mentirle. Así la dejaría contenta por un rato.

Ella se inclinó, como para besarle la oreja.

—He extraído el dinero del banco —susurró—. Lo tendré más tarde, cuando lo hayas hecho. Cinco mil dólares en billetes pequeños.

De nuevo sintió la tentación.

Cinco mil por una bala.

Mucho dinero por un acto sencillo. La tensión del dedo en el gatillo, la minúscula presión, el tiempo ínfimo que tomaría, tanto dinero...

—Creo que he sido lista —continuó ella—, he pensado en la coartada perfecta.

Sin escuchar, él pensaba que los cinco mil dólares le facilitarían el viaje.

—Todos estos años he eludido a Max —continuó ella—, lo he demorado, me hice la difícil con él. ¡Bien, esta noche es la noche!

Esperaba que la felicitaran por su picardía. Pero él solo podía pensar en el dinero.

—Aquí tengo la llave de la casa... —Buscó a tientas, encontró la mano de Camonille, le apoyó el metal chato en la palma vacilante—. Ella estará en la tercera habitación a partir de la escalera, a la izquierda cuando llegas a la planta alta.

Él apartó la cabeza, trató de reprimir los pensamientos que lo dominaban. Una vieja solitaria, una noche oscura, un disparo que nadie oiría y luego... la fuga. Nadie sospecharía de él. Era una apuesta segura.

¿Y después? Podía significar mucho más dinero. Siempre podía llamar a Vera para sacarle más. No tendría que trabajar ni robar. Una discreta nota desde México, un pedido insistente, y obtendría una buena tajada de la fortuna que heredaría esa mujer.

Detectó en sus ojos una expresión de astucia animal. Fue fugaz, pero estaba reñida con la imagen que ella le había dado de sí misma. Lo preocupó, lo carcomió mucho después de dejarla en el bar, con la llave en el bolsillo, tras haberle asegurado que mataría por ella.

Hizo frecuentes viajes a la puerta que daba al bar. Observó cómo se portaba con Max. Lo estaba haciendo bien. Era como, si tras prometerle a Max que al fin dormiría con él, ahora quisiera que se enterase todo el mundo.

Cuando llegó la hora de cerrar, Warren se acercó a Camonille y miró por la puerta con él. Max estaba despidiendo a los últimos clientes de la noche, los Baxter. Vera estaba sentada ante la barra, moviendo el pie con impaciencia.

Max regresó a la barra, se puso detrás, recogió el dinero de la caja y dijo en voz más alta de la necesaria:

—Ah, qué diablos, el dinero estará a salvo aquí. Vamos, tesoro.

Warren no dijo nada en el momento. Pero Camonille notó que era raro que Max actuara así. No encajaba. Max no era un adolescente con su primera novia... aunque parecía estar portándose como tal.

—Max está que arde por esa mujer. Y parece que al fin llegará a algo —dijo Warren.

—Así es —dijo Camonille, preguntándose qué significaba todo eso.

Trató de esperar a que Warren se fuera, pero no sirvió de nada. Parecía que el hombre se quedaría toda la noche hablando en la cocina.

—Creo que voy a estirar un poco las piernas, quizá dormir un rato.

—Seguro, te veo mañana. —El cocinero siguió cortando un solomillo que se estaba preparando.

La noche estaba tranquila. Las baldosas de piedra irregular que unían el restaurante con el garage eran tan retorcidas como los planes que Camonille intuía que estaban fraguando.

Ahora sabía, con tanta certeza como si se lo hubieran explicado, por qué Vera estaba dispuesta a pagarle cualquier cosa, cualquier precio; también sabía por qué no temía que él la chantajeara. Y casi lo habían engatusado, pensó, y sintió un escalofrío en la espalda.

Ella quería que mataran a la vieja, pero no era ninguna ingenua. El único hombre en quien confiaría era uno que estaba enamorado de ella, Max. Max tampoco podía matar a la mujer, porque la policía sospecharía de él de inmediato, sabiendo que le arrastraba el ala a Vera. Camonille se preguntó si ella habría llevado la farsa al extremo de realmente tener los cinco mil dólares en la cartera. Los cinco mil que no tenía la menor intención de pagarle. Él le arruinaría los planes si decidía asaltarla para robarle el dinero...

Al principio se enojó con ella, luego se enojó consigo mismo por haberse dejado manipular como un pelele. Eran muy transparentes, pero él había estado a punto de caer. Podía ver el plan que habían trazado. Él mataría a la suegra, luego Max lo mataría a él. Warren era testigo de que Camonille había visto que Max dejaba mucho dinero en la caja registradora. ¡Vaya trampa! Una vez muerto, lo dejarían en el bar, y la caja vacía y sus bolsillos llenos probarían que Max lo había sorprendido con las manos en la masa y lo había baleado, pues era su derecho como ciudadano respetuoso de la ley...

No era de extrañar que Vera lo hubiera recogido en el camino, y que Max, el bondadoso y caritativo Max, hubiera dado un empleo a un forastero andrajoso y vapuleado...

¿Y si él alteraba el plan y robaba primero el dinero del bar? No, probablemente Max estuviera al acecho, esperando para ver si se encaminaba a la casa de Vera. Eso sería lo más sensato.

¡De pronto comprendió que su dinero para la fuga se había ido! La pequeña suma que Max normalmente dejaba en la caja, y que él se proponía robar, ahora estaba fuera de su alcance, ahora formaba parte de la trampa. No podía tocarlo sin activarla.

Las hebras mortíferas que lo rodeaban se tensaban. «Pero si no hago nada», pensó, «si no voy a la casa de Vera para matar a la vieja, tendrán que venir a buscarme... matarme primero, quitarme el revólver y luego armar todo a la inversa».

El tiempo se agotaba. Tenía que ponerse en marcha.

La piel de los hombros se le erizó de miedo. Quizá Max estuviera esperando en la oscuridad. En el garage no había nada que perteneciera a Camonille. Tenía el arma en la cintura. Sin más dinero en el bolsillo que cuando había llegado, salvo por ese

inservible medio billete, salió, se alejó del restaurante, se alejó de la telaraña que casi lo había atrapado.

Le convenía enfilarse hacia la casa de Vera, así Max se tranquilizaría, no actuaría por el momento.

Mientras andaba, se preguntó cuánto hacía que habían trazado el plan, cuánto hacía que esperaban, cuántos vagos ella había recogido y puesto a prueba, cuántos habrían escapado, o si él era el primero.

Sus tensos nervios se tensaron más cuando oyó que abrían la puerta del garage a sus espaldas. Adelante había un arbusto, y oscuridad. Se dirigió hacia allí, aferrando el revólver mientras aterrizaba a gatas en ese refugio provisorio y sombrío.

Con su pelo rojo brillando como una señal, Jan llamó suavemente:

—Soy solo yo... ¿Adónde vas? Hace rato que te espero.

El carrusel se aceleraba. ¿No había salida? Estaba furioso, impaciente, asustado, todo al mismo tiempo.

—Ven aquí —dijo en un susurro.

Ella se le acercó y esperó a que se levantara, mirándolo con ojos grandes e intrigados.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Acaso...? ¡Oh, Larry! ¿Alguien te ha reconocido?

Él le tapó la boca con la mano, miró en torno. No había rastros de Max. Detrás de ellos había árboles. Arrastró a la muchacha consigo mientras se retiraba.

—Cierra el pico —susurró airadamente—. Lo único que falta es que alguien más se entere de quién soy. Sería como meterme una bala en la cabeza.

—Lo lamento. Creí que estábamos solos. ¿Por qué escapamos? ¿Quién te persigue?

—Quizá nadie. —Y quizá alguien... con un arma y el deseo de usarla—. ¿Tienes auto? —preguntó.

Por algún motivo, a ella le causó gracia esa pregunta. Camonille vio que una sonrisa le curvaba las comisuras de la boca carnosa. Pero solo dijo:

—No, no tengo.

—Necesito uno, urgente.

—¿El de Benny, quizá? Es una catramina, pero él siempre deja la llave puesta. A veces lo tomo prestado.

—Tendrá que servir hasta que logre alejarme de aquí.

—Hasta que *logremos* alejarnos de aquí —enfaticó ella.

Él apretó el revólver.

—¿A qué te refieres?

—Larry, tienes que hacer algo por mí.

—¿Tengo? —replicó él con voz huraña. El arma era confortante.

—No quise... no lo dije con esa intención. Pero necesito ayuda, desesperadamente.

Conque ella necesitaba ayuda, pensó él irónicamente. Larry Camonille, benefactor. Se quedaría con ella hasta que consiguieran el auto, y luego...

La oscuridad le impedía ver la expresión de Jan mientras avanzaban a tientas entre los árboles que conducían a la carretera.

—Me viste anoche. —Ella apenas movía los labios al hablar. Él casi podía sentir el bochorno, la vergüenza que ella irradiaba en oleadas—. Sabes que soy... —le costó decir la palabra—: epiléptica.

Él gruñó.

—Puedo curarme —dijo estas palabras como si fueran sagradas, el fundamento en que basaba su vida—. Y no me dejan. Siguen diciendo que el médico de la familia hace todo lo que puede... Bien, quizá sea así, pero sé leer, y sé que en Chicago y en Nueva York hay médicos que pueden ayudarme, en vez de dejarme sufrir ataques, como hace mi doctor. Hay fármacos y tratamientos que pueden administrarme, y pienso conseguirlos, de un modo u otro.

Ahora su voz era más adulta que nunca.

—¿Quiénes son ellos?

—Los Baxter. Yo... —De nuevo le tembló la voz, que pareció más añorada—. Yo no me proponía denunciarte a la policía si no me ayudabas. Pero cuando te reconocí en la tienda de golosinas, y luego fui a casa y confirmé que eras tú, quise amenazarte, obligarte a ayudarme.

Le buscó la mano, le entrelazó los dedos confiadamente. Ella le resultaba extrañamente atractiva. Quizá fuera que eran dos marginales, dos enfermos... tal para cual.

—Mira, Jan —dijo él lentamente—, sabes que soy un fugitivo. ¿Cómo puedo ayudarte? —No pensaba hacerlo, pero sentía curiosidad por lo que ella tenía en mente.

Ella no prestó atención a la pregunta, sino que continuó como si pensara en voz alta.

—No hay ningún riesgo... es muy fácil. Y en realidad no es ilegal. El dinero es mío.

Lo había llevado a una casa. Detrás de la casa, había un coche en una entrada. No le había mentado. Estaba desvencijado y tenía por lo menos quince años. Pero si andaba, cumpliría su función.

La casa estaba a oscuras.

Al entrar en el coche de Benny, descubrió que la llave estaba en el arranque, tal como ella había dicho. Los frenos estaban puestos. El coche estaba en un leve declive. Si él aflojaba los frenos, el auto se desplazaría sin hacer ruido. Apenas notó que ella estaba sentada junto a él. Solo se concentró en robar sigilosamente el coche.

El coche bajó en silencio por el declive. Una vez en la carretera, él puso el arranque y apretó el pedal. El motor tosió y carraspeó, pero al fin se puso en marcha. Una vez lejos de la casa, Camonille prestó atención a la muchacha.

—Te dejaré en tu casa.

Ella negó con la cabeza.

—¿Estás loca? Todo el mundo me persigue. No puedes venir conmigo.

—Tú no sabes orientarte por aquí. Yo sí. Escúchame, y por favor no discutas. Toma el próximo desvío a la derecha. Sé lo que hago.

Apretando el vientre contra la cintura de los pantalones, volvió a preguntarse si debía silenciarla para siempre, garantizar su seguridad.

Si no hubiera sido tan bonita, tan sexy... Y si no hubiera estado tan enferma... como él.

ELLA NO SE ENTROMETIÓ mientras atravesaban la oscuridad. En ocasiones le decía dónde ir, qué encrucijada tomar, pero aparte de eso estaba tan sumida en sus pensamientos como él. El silencio y el acto mecánico de conducir le calmaron los nervios.

—Creo que ya hemos ido bastante lejos —dijo—. Parece que nadie nos sigue.

—Hay un motel a siete kilómetros.

—De acuerdo.

Nítidas líneas de neón anunciaban *Michohio* sobre unas cabañas de aspecto pulcro. Entró en el lugar, pulsó un botón que tenía un letrero que decía «campanilla nocturna». El hombre mayor que abrió la puerta, con los pantalones desabotonados en una mano y un libro de registros en la otra, no podía haber sido más indiferente. Camonille garrapateó algo parecido a «Señor y señora Smathers», aceptó la llave que el hombre le ofrecía. La pareja siguió al viejo hasta una cabaña que tenía la puerta abierta.

El interior estaba impecable. Una cama grande, cortinas estampadas, un cubrecama haciendo juego, una mesita, una lámpara. Todos los muebles eran nuevos y tan bien escogidos como para el escaparate de una gran tienda.

El viejo les mostró las instalaciones del baño, se despidió con voz soñolienta y los dejó.

Camonille se lavó y miró a Jan por el espejo. Ella brincaba en la cama como una nena de ocho años, satisfecha consigo misma por algún motivo que él no podía determinar.

Dejó de saltar y palmeó la cama mientras él caminaba hacia ella.

—Como recién casados, ¿verdad? —dijo.

—Yo no planeaba una luna de miel —respondió él secamente, pero se tendió en el mullido colchón junto a ella.

Besándole suavemente la frente, ella se desabotonó la blusa.

—No te vayas —dijo—, vuelvo enseguida.

Parte de la tensión se disipó. Por el momento estaba dispuesto a vivir el presente sin pensar en lo que deparara el futuro. Al salir del baño, ella dejó caer la falda al piso. Vestida solo con sus medias y su pequeña bombacha, caminó hacia él, con las rodillas rígidas como una modelo o una desnudista. Su modo de andar hacía que sus hombros se movieran bruscamente de un lado al otro, haciendo bambolear los pechos. Ella trataba de excitarlo y a él le causaba fastidio.

Ella le vio la cara larga.

—No estarás enojado conmigo, ¿no? —dijo. Se inclinó sobre él, cubriéndole la vista con el torso. Él cerró los ojos.

—Córtala —rezongó—. No es momento para juegos.

Ella se tendió en la cama en silencio, cabizbaja, manteniendo el cuerpo alejado del suyo para que el contacto físico no volviera a irritarlo.

Él apagó la luz. En la oscuridad, vio el rojo parpadeo del letrero de neón de afuera. Estaban detrás del letrero y el nombre estaba invertido. Mirando por la ventana un rato, trató de entender qué decían las letras. El nombre le había llamado la atención al llegar, y solo tardó un instante en comprender lo que decía. *Michohio*. ¿Michigan-Ohio?

—Estamos en la frontera estatal, ¿verdad? —dijo.

Notó que ella asentía con la cabeza.

—Aquí es donde se encuentran los dos estados. Estamos justo sobre la frontera.

—¿Por qué querías venir aquí, a este motel?

Ella se quedó petrificada.

Apoyándose en un codo, él la miró. Lo rojo del letrero parecía blanquear el pelo de Jan. Estaba asustada.

—¿Por qué?

Ella emitió un sonido leve. Él comprendió que estaba sollozando. La emoción lo enfureció aún más. La sacudió hasta zamarrearle la cabeza.

—Respóndeme, antes de que...

Entre sollozos y jadeos, ella respondió:

—Por favor... por favor, no te enojés. Sé que fue una estupidez... pero todo era parte de mi plan.

Él la soltó, y ella cayó sobre la almohada. Las lágrimas trazaban surcos en su cara maquillada.

—Habla —dijo Camonille con voz amenazadora, y ella respondió a la amenaza desviando la cabeza y apoyándose en el brazo.

—La ley Mann —dijo con voz ahogada—. La ley de trata de blancas. Pensé que podría usarla contra ti como un arma para obligarte a hacer lo que quiero que hagas...

Era tan absurdo que él soltó una carcajada.

—En primer lugar, solo tienes que decirle quién soy a la primera persona que encuentres y estoy listo. No hacen falta más acusaciones. —Pero luego pensó que ella no tenía modo de saber que para él un regreso a la cárcel era una sentencia de muerte, a causa de su enfermedad. Por lo que ella sabía, él temería tener más problemas con la ley, sumar más años a su condena.

Pero la ley Mann... él se echó a reír de nuevo.

Más asustado por esa risa burlona que por su furia anterior, ella preguntó tímidamente:

—¿Por qué te ríes? ¿Qué es tan gracioso?

—No lo entenderías, primor. —Él dejó de reír y se preguntó qué otros planes tendría ella bajo su pelo enrulado—. De acuerdo, dílo de una vez. ¿Qué tienes en mente?

—¿Quieres decir —dijo ella con voz susurrante— que me ayudarás?

—No dije eso. Solo quiero saber qué te propones. —La última mujer que había buscado su ayuda quería que asesinaran a alguien. ¿Qué quería esta?

Con la voz encogida de miedo, ella le contó. Era bastante sencillo y tenía todas las características de otra trampa que lo mataría rápidamente o lo mandaría de vuelta a la cárcel.

—Me dejaron mucho dinero —empezó ella—, pero papá confiaba en el señor Baxter, que era su abogado. Supongo que entonces era un abogado bastante bueno, o mi padre no habría hecho lo que hizo. El señor Baxter es el albacea.

Más testamentos, más muertos tratando de vivir después de la muerte, pensó Camonille.

—Todo el dinero será mío dentro de siete años, pero lo necesito ahora, no la miseria que él le da a mi tía para mantener la casa y mandarme a la escuela, sino mucha plata, suficiente para conseguir un médico capaz y curarme...

—¿Estás segura de que pueden curarte?

—No estoy segura del todo, pero leo mucho y he leído sobre... —Hizo una pausa antes de decir la palabra que la definía—. Sobre la epilepsia... y sobre las cosas que los buenos médicos de los buenos hospitales pueden hacer por la gente como yo.

—¿Y Baxter te demora, te dice que el viejo médico de campo es muy sabio y sabe lo que debe hacerse?

—Así es. Ese médico es un viejo idiota. Lo único que hace es hablar del *petit mal* y de cómo lo trataban cuando él iba a la facultad.

—¿Crees que Baxter está usando el dinero?

—Creo que sí, no veo otro motivo para que no me ayude. Estaba dispuesto a enviarme a Nueva York cuando yo tuviera la edad suficiente, pero se casó con esa... esa... —Se le ahogó la voz—. Esa mujer con la que está casado.

—No entiendo qué puedo hacer por ti —dijo él sin rodeos.

—¡Pero sí puedes hacer algo! —Ella se inclinó sobre él, y sus pechos subieron y bajaron rápidamente con la emoción—. ¡Sí que puedes! Mi herencia está en bonos al portador, y está guardada en una caja de seguridad en Roxbury, aquí en Michigan.

Ella había tenido dos motivos para cruzar la frontera estatal.

—¿Quieres decir que solo tengo que asaltar un banco? —preguntó él, suavemente—. Te has equivocado de chico, tesoro. Nunca en mi vida participé en un asalto de ese tipo. —Con razón Benny no había querido saber nada.

—No, no. Mira, es muy fácil. Solo tienes que lograr que Baxter abra la caja de seguridad. Eso es todo. Los bonos al portador se pueden cobrar en cualquier parte. Son como dinero en efectivo.

—¿Y cómo crees que lograré que Baxter haga eso?

La mano de la muchacha fue a la cintura de sus pantalones. Apoyó la mano en el revólver.

—Con esto —dijo.

—¿Y después?

—Lo repartiré contigo, mitad y mitad. No me interesa tenerlo todo. Solo necesito lo suficiente para curarme.

—Pero no tienes idea de cuánto te ha dejado Baxter.

—No, ni idea. Pero originalmente había mucho, quizá cincuenta o sesenta mil dólares.

Todo dependía de cuánto hubiera sustraído Baxter. Por otra parte, pensó Camonille, no había ninguna prueba de que el abogado hubiera robado nada. Si lo había hecho, tendría que ser mesurado porque sabía que en siete años tendría que reponerlo. A menos... Camonille miró la cara preocupada de la muchacha. A menos que los Baxter pensarán que Jan no viviría tanto tiempo. Se preguntó si los epilépticos tenían una expectativa de vida normal. Quizá por eso el abogado impedía que Jan viera a un médico decente... o quizá había otro motivo para que el abogado se hubiera vuelto alcohólico de golpe. Tal vez trataba de armarse de coraje para matar a la chica.

Se había metido en un interesante embrollo cuando dejó que Vera lo recogiera, pensó agriamente Camonille.

—¿Entonces crees que solo tengo que amenazar a Baxter con un arma, obligarlo a que me lleve al banco, y él me entregará el dinero sin problemas? —preguntó.

—¿No crees que funcione? —preguntó ella con asombro—. Pensé que si le mostrabas el arma, y luego la conservabas en el bolsillo, amenazándolo, él tendría que hacer lo que quisieras.

—Todo depende de que pueda convencerlo de que le dispararé. —Camonille calló. Había hablado como si hubiera accedido a seguir el descabellado plan de la chica.

—Si lo haces, si funciona, yo no seré un estorbo. Me iré y te dejaré en paz. Puedes ir adonde quieras ir...

Aquí había un elemento nuevo; su voz había revelado una emoción distinta.

—¿Cómo que no serás un estorbo? —dijo él.

—Me refiero a que... estoy enamorada de ti... no trataré de retenerte.

Aferrándole el pelo con ambas manos, él le miró los ojos.

—¡Idiota! ¿Qué sabes del amor? ¿Crees que entiendes algo solo porque disfrutaste de un revolcón conmigo?

Ella cerró los ojos, negándose a mirarlo.

—No me importa si crees que soy tonta, pero estoy enamorada de ti... ahí tienes.

Ahí tienes, pensó él. De nuevo hablaba como una niña. Esa desconcertante combinación de madurez y juventud que antes había empezado a intrigarlo.

Sería mejor que se apartara, pensó, pues su cuerpo empezaba a tomar conciencia del cuerpo de ella. Salió de la cama y se apoyó en el antepecho de la ventana, mirando la noche, observando la luz de neón que se prendía y se apagaba, se prendía y se apagaba.

Algo que ella había dicho antes le causó curiosidad.

—Entonces dentro de siete años, cuando tengas veinticinco, deberías recibir tu herencia —dijo.

—Sí. Pero dentro de siete años tendré veintiuno.

Eso fue el colmo. Se apartó de la ventana y la miró estúpidamente.

—Veintiuno —dijo. Y ella había querido tenderle una trampa con la ley Mann. La primera vez que se había acostado con ella se había prestado a una acusación de estupro, que en la mayoría de los estados significaba la friolera de veinte años. Con razón ella había sonreído cuando le preguntó si tenía auto.

¿Qué chica de catorce años tenía auto?

ENCENDIÓ LA LUZ, ENTRÓ EN EL BAÑO, mojó la toalla y fue a la cama. Le limpió el maquillaje de la cara. No cubría ninguna imperfección, ninguna ojera. Lo único que ocultaba era su juventud, el cutis fresco y terso. Ella lo miró con su rostro liso y aniñado. Él arrojó la toalla a un rincón, le aferró la bombacha y se la arrancó.

Se quedó de pie y miró el cuerpo desnudo bajo la cruda luz. La verdad había estado bajo sus narices, el blanco y claro triángulo invertido de vello, los pezones sin aureola, la firmeza de los pechos. En ese momento no le causaban excitación sino que le mostraban lo que tendría que haber visto, que era una niña, no una mujer.

Las muñecas, pensó, las muñecas que llenaban su habitación. Eran un indicio de su verdadera edad. No eran amados resabios de la infancia, sino que aún formaban parte de su mundo.

El disgusto consigo mismo creció cuando vio los muchos modos en que ella le había mostrado su verdadera edad. Él se había conformado con atribuirlo todo a la ignorancia de pueblo chico, pero hasta el modo en que ella hacía el amor tendría que haberle dicho que era una niña.

No supo por qué ocurrió ni en qué momento, pero de pronto volcó su rabia contra sí mismo en el abogado que estaba condenando a esa chica a la enfermedad y quizá a la muerte. Por Dios, pensó, haré que ese canalla las pague... le hundiré el revólver en el vientre, tan hondo que tendrá que hacer cualquier cosa que yo le diga.

Por primera vez ella pareció avergonzarse de su desnudez. Cubriéndose el cuerpo con la colcha, lo miró temerosamente. En los ojos de ella, Camonille vio reflejado lo que debía estar pasando por la cara de él. Su furia contra Baxter debía ser evidente, pensó. Relajando los músculos faciales, dijo lentamente:

—Está bien, cariño. Veremos qué podemos hacer para conseguirte un poco de dinero.

Volvió a la cama con ella, sintiéndose fuerte y protector. Ella se durmió mucho antes que él, acurrucando la cabeza contra la axila de Camonille, rozándole la barbilla con el pelo.

Antes de dormirse, él tuvo un pensamiento raro. Ir a México solo ya no parecía tan perfecto como le había parecido hasta entonces. Después de todo, pensó soñoliento, uno es un número solitario. Pero dos... dos podría ser otra historia.

El sol de la mañana le rozaba los párpados. Descansado, sintiéndose mejor que en mucho tiempo, disfrutaba de la grata presión del cuerpo de la chica contra el suyo. Las sábanas estaban enrolladas al pie de la cama y sus cuerpos desnudos relucían bajo el sol estival. Le pasó la mano por la piel húmeda. Conque es una niña, pensó.

Conque tiene catorce años. Continuamente lees en el diario sobre chicas de catorce años que se casan. A veces son más jóvenes. Claro que es solo en ciertas partes del país... pero qué diablos...

La había excitado antes de que estuviera despierta del todo. Hicieron el amor casi con dulzura, así que fue totalmente distinto de las otras veces.

—Mmm —dijo ella, a medias entre un bostezo y una sonrisa—, eso fue agradable.

—No estuvo nada mal. Ven, vamos a desayunar.

Se demoraron con el café y los huevos en el restaurante del motel. Disfrutando su cigarrillo, Camonille dijo:

—La plata está en un banco de Roxbury. ¿Dónde está la oficina de Baxter?

—En el mismo lugar. Trabaja en Roxbury y vive en Ohio, al otro lado de la frontera estatal. Mucha gente lo hace.

Él se recostó y estudió la luz del cigarrillo. Liberado de la sofocante atmósfera de intenciones conflictivas del restaurante de Max, ahora podía volver a trazar sus propios planes. Claro que llevar a la chica cambiaba las cosas. Ahora no sería México, salvo como parada.

—Si podemos conseguir parte del dinero, y si quieres, puedes ir adonde quieras, recibir la atención médica que necesitas...

—¿Qué harás tú, entretanto? —Ella lo devoraba preocupadamente con sus ojos jóvenes, asimilando sus rasgos. Adorándolo, vio él, sobresaltado.

—¿Yo? Seguiré viaje a México, y si luego dispongo de dinero viajaré a la costa y abordaré un barco a Honduras o a Guyana... Allá no hay extradición, a menos que te busquen por homicidio.

—¿Y luego? —Ella lo miraba como un cachorro, y eso lo afectó, entibió una parte de él que creía fría y congelada desde hacía largos años.

—Y luego quizá puedas reunirte conmigo. Si quieres.

—Quiero.

—Claro que solo podría quedarme allá hasta que las cosas se tranquilicen. Un hombre como yo no puede vivir en un lugar tan húmedo y asfixiante. Pero al cabo de un tiempo yo... nosotros... podríamos ir a uno de esos países sudamericanos con montañas... donde el aire es limpio y seco.

—¿Tú también estás enfermo? —preguntó ella, sorprendida.

Él le habló de las bacterias que le estaban devorando su único pulmón, y luego se quedaron sentados, disfrutando la mutua compañía. El sol de la mañana estaba alto en el cielo cuando él volvió a hablar.

—Pero todo depende de mi visita al señor Baxter, ¿verdad, cariño? —dijo, aunque no quería romper el clima.

Ella tiritó.

—Sí, supongo que sí —dijo al cabo de una larga pausa.

—¿Estás segura de que Benny no denunciará que le robaron el coche? —preguntó él, levantándose.

Ella negó con la cabeza.

—Yo me lo llevo todo el tiempo. Claro que él siempre me reprende y dice que llamará a la policía, pero nunca lo hace.

—En todo caso, no es muy probable que un ladrón de autos se moleste con esa catramina.

Ella le repitió la dirección de la oficina de Baxter mientras él subía al auto.

—Ten cuidado, Larry... por favor —dijo ella.

—Compra unas revistas, enciértrate en nuestra cabaña y estaré de vuelta antes de que te des cuenta, con los bolsillos abultados.

Él se inclinó sobre la puerta del coche, le besó la coronilla, agitó la mano y se alejó. Mirando por el espejo retrovisor, la vio de pie, con las manos entrelazadas sobre los pechos, con cara de preocupación. Luego tomó una curva y ella se perdió de vista. Cuando dejó de verla, parte del optimismo que lo impulsaba se disipó. Una ciudad nueva, el riesgo de que un ojo alerta lo identificara, de que la policía lo apresara, y superar el obstáculo que representaba Baxter...

¿No sería más inteligente seguir conduciendo, cambiar de coche, robar el primero que encontrara y seguir adelante? Claro que sí. Se lo dijo cien veces, pero nunca se desvió de la carretera de Roxbury.

Mientras atravesaba los suburbios, buscando la calle Bainbridge, que era su objetivo, trató de olvidar el aspecto que ella tenía esa mañana, antes de despertarla.

Bainbridge 287.

Aminoró la marcha y echó un vistazo al edificio. Cinco pisos, construcción reciente, con una tienda de ropa femenina en un costado y un pequeño cine en el otro, todo muy respetable. Tan respetable como la pequeña iglesia católica de enfrente, encajonada entre dos edificios grandes.

Tan respetable como la oficina de Baxter cuando abrió la puerta. Una mujer formal y madura que usaba quevedos alzó la cara sorprendida cuando él preguntó por el señor Baxter.

Notó que lo estudiaba, y que sus ojos azules y amargos escrutaban la chomba y los pantalones maltrechos desde atrás de los anteojos.

—¿Tiene una cita con el señor Baxter?

—No.

—Entonces me temo que no podrá verlo. No recibe a nadie sin una cita previa.

Sin discutir, él se sentó en un sillón de tapizado costoso y echó una pierna encima de un apoyabrazos. Encendió un cigarrillo y dijo afablemente, como si estuviera dispuesto a quedarse todo el día:

—¿Ha leído un buen libro últimamente?

Ella no resopló, porque eso no habría sido muy femenino, pero hizo algo muy parecido.

—No puede andar haraganeando por aquí —dijo.

—¿Por qué no? ¿Cómo sabe que Baxter no está sentado allá dentro, desesperado por verme? Yo que usted lo averiguaría. Me envía Max.

Hasta la espalda de la secretaria proclamaba que esto le parecía muy improbable. Abrió la puerta de la oficina solo lo suficiente para pasar y desaparecer.

Entretanto, él se preguntó si la mención de Max bastaría para despertar la curiosidad de Baxter. Un hombre como el abogado, que pasaba tanto tiempo en el restaurante, supondría que Max tenía un buen motivo para mandar a alguien...

La puerta se abrió y él miró inquisitivamente. Pero no fue la recepcionista quien atravesó la puerta. Era la señora Baxter. Viéndola así, con el semblante calmo, sin que el alcohol o la furia le distorsionaran los rasgos, era realmente agraciada. Dejó que sus ojos expresaran su admiración por su pelo negro azulado, que todavía estaba estirado severamente desde su ancha frente, y por su piel marfileña, que ella mostraba generosamente encima del escote de la blusa campesina que usaba, y sus grandes pechos sobre la pequeña cintura. La arrogancia con que ella devolvió esa mirada, sus asombrosos ojos azules —asombrosos por su tez morena—, explicaban muy bien por qué Baxter aguantaba sus desplantes.

Ella lo obligó a desviar la mirada. Él se levantó cuando la mujer formal y madura abrió la puerta y le indicó que se acercara. Mientras él trasponía la puerta, aún sentía la mirada de la señora Baxter.

Era difícil asociar al hombre que estaba sentado detrás del moderno escritorio de madera rubia —camisa limpia, traje de buena confección, cara afeitada, mejillas empolvadas, ojos fríamente curiosos— con el borracho idiota del bar de Max.

—¿Qué pasa? —preguntó Baxter—. ¿Qué desea Max Enders?

«Es la primera vez que oigo el apellido de Max», pensó Camonille. «Enders».

—Espero que no esté muy atareado. Voy a ocupar parte de su tiempo.

Mientras hablaba, rodeó el gran escritorio, echó una ojeada para verificar que el intercomunicador no estuviera encendido.

—Claro que estoy atareado —dijo Baxter, mirando la ropa de Camonille. No parecía gustarle lo que veía—. Hable, hombre, ¿de qué se trata?

Camonille sacó el arma de la cintura de los pantalones.

Dadas las circunstancias, Baxter lo tomó bastante bien. Había un temblor de alarma en su voz, pero nada más.

—Un asalto, ¿eh? —dijo.

—En cierto modo. Agarre el sombrero, nos vamos de visita.

Desconcertado, el hombre obedeció.

Camonille se guardó el revólver en el bolsillo del pantalón.

—Esto va a estar apuntándole a la espalda —dijo—. Piénselo bien antes de tener ideas raras. Dígale a su secretaria que salga a comprarle un frasco de aspirinas.

Un tipo que bebía tanto como Baxter tenía que necesitar medicamentos para la jaqueca.

Se oyó un chasquido y Baxter habló por el intercomunicador.

—¿Señorita Elias? Llame a la policía, por favor. —Su voz era tan confiada que esa maniobra tomó a Camonille por sorpresa—. Así es, me están amenazando con un revólver.

Ese mismo revólver aterrizó en el costado de su cabeza. Se desplomó sobre el escritorio.

Camonille corrió a la puerta, la abrió bruscamente y puso la mano izquierda en la boca de la secretaria justo cuando ella empezaba a hablar por teléfono.

—Deme con la poli... —Le mordió la mano y él tuvo que echarle la cabeza hacia atrás para obligarla a aflojar. Por suerte, pensó Camonille, no había rastros de la señora Baxter. Podría dominar a la mujer y a Baxter sin demasiados problemas. Se enjugó la sangre de la palma en el interior del bolsillo y gesticuló con el revólver.

—Levántese.

La secretaria obedeció.

Entretanto, él echó un vistazo a la oficina. Dos puertas le llamaron la atención. Empujó a la mujer hacia la más cercana, clavándole el cañón del arma en la espalda.

—Facilítese las cosas —le dijo.

Abriendo la puerta del armario, empezó a preguntarse por cuánto tiempo el abogado se quedaría tranquilo. No había sido un golpe fuerte y cierta gente tenía el cráneo bastante duro. En el armario colgaba un impermeable de plástico de mujer. Camonille encañonó a la secretaria con una mano y usó la otra para recoger el impermeable y apretarlo entre los dientes. Tiró del impermeable para arrancar jirones de plástico.

Formó una bola con una tira y la metió en la boca de la mujer, y luego usó otro jirón para sujetar la mordaza. Se guardó el arma en el bolsillo, se valió de ambas manos para arrancar una tira más larga y la usó para sujetarle las manos detrás de la espalda. Solo entonces la empujó hacia el armario y cerró la puerta. No tenía cerradura, así que apoyó una silla contra el picaporte para trabarla.

Corrió a la oficina justo cuando Baxter se incorporaba aturdido, con las manos en la cabeza. El abogado gemía.

—Si ya terminó con sus jueguitos, vámonos —dijo Camonille.

—¿Pero adónde?

—Vamos de visita, amigo, y yo me encargaré de hablar. Mi revólver estará aquí, ¿ve? —Camonille se lo guardó en el bolsillo derecho y dejó que Baxter viera su puño a través de la ropa. La culata del arma era tranquilizadora mientras seguía al abogado por el pasillo.

Bajaron la escalera en silencio. En la puerta de calle, un grupo de gente que pasaba detuvo a Camonille. Apretó el cañón del revólver en la espalda de Baxter.

—Por si se pone travieso —susurró—, quiero que sepa que ya estoy jugado. Téngalo en cuenta antes de hacerse el listo. No tengo nada que perder si le abro un par de agujeros en la espalda. Usted sabrá cuánto tiene que perder usted...

—Entiendo —dijo Baxter. Esperó y dijo—: Pero aún no sé adónde quiere ir.

Para cualquiera que pasara, pensó Camonille, parecían dos tipos despreocupados que se detenían a la sombra antes de salir a la cegadora luz del sol. Desde luego, era una extraña pareja: Baxter, muy bien vestido, y él, con camisa y pantalones; pero era pleno verano y muchos hombres usaban ropa informal como la suya.

—Visitaremos el banco donde el padre de Jan Bolling dejó la plata —dijo Camonille.

Baxter se puso rígido.

—En marcha —dijo Camonille, esperando que nadie entrara en la oficina y encontrara a la secretaria. Era un riesgo calculado, y tenía que correrlo. Pero le destrozaba los nervios, y quería terminar el asunto cuanto antes, ir a buscar a Jan y largarse. Recordó que se había sentido bien cuando decidió ponerse en movimiento, y ahora estaba varado en el mismo lugar, involucrado en cosas que no le concernían.

En la calle los dos hombres caminaron, no lado a lado, sino con Baxter un poco delante de Camonille, y a la derecha. De ese modo su espalda era un blanco constante para el arma que Camonille llevaba en el bolsillo.

—¿A qué distancia estamos? —preguntó Camonille.

—Dos cuadras por aquí y una a la derecha.

—Apresúrese, no tengo todo el día. —Camonille le pisaba los talones a Baxter. Miraba de un lado al otro, estudiando a los peatones. ¿Alguien les prestaba atención? Por lo que él veía, no. El calor del verano volvía a la gente soñolienta y apática. Camonille empezó a sudar por la tensión. Se había metido en un plan descabellado, nunca tendría que haber...

Había un banco a poca distancia. El First National Bank.

Los dos hombres entraron en el edificio fresco y penumbroso. Baxter saludó a un guardia, que le devolvió el saludo.

—Hola, señor Baxter.

—¿Dónde está el señor Prince? —preguntó Baxter—. Tengo que ir a la bóveda.

—Veré si está ocupado. —El guardia se alejó. Camonille trató de aspirar hondamente, liberarse de la tensión que le impedía actuar con naturalidad.

El guardia no había sospechado nada. Pero no tenía por qué sospechar nada, pensó Camonille. Baxter debía ir allí a menudo, con o sin clientes. No había motivos para ninguna sospecha.

El guardia regresó con el hombre llamado Prince. Era mayor, de cara seca, pero de sonrisa agradable.

—¿En qué puedo servirle, señor Baxter? —preguntó.

Alrededor de ellos, las actividades del banco continuaban lentamente. La gente de las ventanillas extraía o depositaba dinero, extendía cheques, charlaba, se ocupaba de sus asuntos.

—Le presento al señor... —Baxter hizo una pausa, luego inventó un nombre—. El señor Moore. Él y yo quisiéramos bajar a la bóveda de las cajas.

—Desde luego, señor Baxter. Por favor, síganme por aquí —dijo Prince. El guardia caminó hacia la puerta, pero aún podía oír lo que decían.

—Ya que estamos aquí —dijo Baxter—, también me gustaría tener acceso a la caja de seguridad de los Bolling.

¿El banquero, Prince, se detuvo un instante al dirigirse a la escalera que conducía a la bóveda? Camonille se preguntó si había sido su imaginación, pero al ver que el hombre bajaba decidió que eran solo sus nervios.

—Ciertamente, señor Baxter —dijo—. ¿En qué otra cosa puedo servirle?

—Creo que eso será todo. —Aparentemente, Baxter se prestaba al juego. Su voz tenía un tono normal, su conducta parecía natural. Nadie habría dicho que un revólver le apuntaba a los riñones.

Prince encabezó la marcha. Detrás iba Baxter, luego Camonille. Pronto Camonille pudo ver el acero gris de la puerta de la bóveda, pesada e imponente, el complejo mecanismo de relojería, un diseño de bronce brillante y perillas complejas.

En ambos lados de la bóveda, en su interior, estaban los pequeños cajones donde la gente guardaba sus bienes más preciados. A unos seis metros, calculó Camonille, estaba el cajón que contenía el patrimonio de Jan. Mientras Prince tocaba una de las perillas, se preguntó cuánto habría robado Baxter, luego todo pensamiento desapareció en una oleada de miedo que lo dejó alelado y petrificado, totalmente incapaz de lidiar con la situación.

Una estridente campana de alarma estaba sonando en todo el banco y, Camonille sabía, resonando en la comisaría más próxima, pidiendo ayuda...

¿Qué había pasado por alto? ¿No había tiempo para eso, tenía que actuar!

Sacó el revólver y le pegó a Baxter con todas sus fuerzas. El hombre cayó sin un sonido. Pero entretanto Prince había saltado y se había perdido de vista detrás de la puerta de la bóveda. Imposible atraparlo, y además no había tiempo.

Camonille dio media vuelta, subió la escalera dos peldaños por vez.

El guardia parecía tan sorprendido por la alarma como él. El hombre estaba a diez metros, desconcertado, cerca de la puerta que conducía a una relativa libertad. Solo al ver a Camonille con su revólver atinó a mover la mano floja hacia su arma. Pero estaba en la funda, que tenía la solapa abotonada. Mientras él intentaba abrirla, Camonille tuvo tiempo de acercarse tres, cuatro metros. Alrededor, la gente que había ido al banco siguiendo su rutina cotidiana estaba conmocionada, con ridículas expresiones de asombro y temor.

El guardia había desenfundado el arma, pero Camonille, patinando como un beisbolista que llega a la base, pateó al hombre en las canillas. El guardia cayó hacia atrás, e involuntariamente apretó el gatillo. El estampido y la ensordecedora vibración de la alarma se combinaron en un ruido de pesadilla que puso frenético a Camonille. Camonille abrió un tajo en la cara del guardia con la mirilla del revólver, se puso de pie, y mientras el guardia se movía y gemía, le asestó un golpe en la sien. No volvió a moverse.

Deteniéndose para echar una ojeada, Camonille vio que los aturridos espectadores estaban paralizados. No representaban ninguna amenaza.

Se guardó el arma en el bolsillo y traspuso la puerta del banco. Obligándose a andar más lento, sabiendo que la campana se oía en la calle, giró al salir y mirando hacia el banco le gritó a la gente que se detenía en la calle:

—Socorro... policía... ¡Una pandilla está asaltando el banco...! Armas... balas...

La pequeña multitud retrocedió ante la advertencia. Mirando calle abajo, Camonille vio un patrullero que aceleraba de golpe. O bien habían oído la alarma o bien su radio de onda corta los había alertado.

Cuando la policía paró frente al banco, Camonille estaba a una cuadra de distancia. El alboroto del banco acaparaba la atención. La gente se dirigía hacia allí, estacionando el coche apresuradamente, corriendo para ver qué ocurría.

Camonille vio que uno de los coches estacionados tenía la llave puesta. Ahora era el momento de robar uno. Pensar fue actuar. Era un coche nuevo y ronroneaba con potencia reprimida. Camonille condujo a la mayor velocidad posible, alejándose del centro de la ciudad, pero intentando no llamar la atención. Mientras regresaba al motel y a Jan, su mente confundida trataba de deducir qué había alertado al banquero. Ahora era obvio que el hombre había tocado un aparato que disparaba la alarma con el solo acto de abrir la puerta de la bóveda. En alguna parte de la perilla, o bajo la manija de la puerta, debía de haber un botón que el hombre había pulsado.

¿Cómo... cómo...?

Aún en medio de la tensión de la fuga, creyó reparar en un coche que lo seguía, pero cuando disminuyó la velocidad el coche aceleró, y luego siguió de largo cuando él dobló hacia la entrada del motel. El coche siguió su marcha y Camonille no le dio más importancia. Si hubiera sido un policía, habría ido tras él. Había reparado en ese coche todo el camino desde la ciudad, pero dejó de pensar en él al ver que Jan salía de la cabaña con cara de ansiedad.

—¡Te encuentras bien! —exclamó ella, y era una afirmación y una pregunta al mismo tiempo. Se acercó al coche—. Yo debía de estar loca. ¡Pudieron haberte matado! El dinero no valía la pena.

—Ya lo creo que no, cariño. No lo conseguí. Todo me estalló en la cara.

La chica contuvo el aliento.

—No me importa —dijo—. Estás a salvo, y eso es lo único que cuenta. —Le echó los brazos cuando él salió del coche, y casi sollozó—. Mientras no estabas, solo podía pensar que habías muerto.

—Entra en el coche —dijo Camonille, viendo que el dueño del motel examinaba el auto nuevo. Los ojos del viejo fueron de la catramina en que habían llegado al vehículo nuevo que ahora tenía Camonille. Antes de que pudiera expresar su sospecha en palabras, Camonille arrastró a la chica al auto—. Ahora necesitamos un escondite de veras. ¡Todo el mundo me vio en la ciudad! No tardarán mucho en asociar al tipo del banco con Larry Camonille... eso es seguro.

Ella se sentó junto a él, y arrancaron.

—Mi dinero... —gritó el viejo—, el alquiler... —En su furia, hablaba con incoherencia—. La policía... los llamaré... no pueden...

Luego el rugido del motor ahogó su voz y Camonille y la chica se perdieron en la distancia.

CUANDO PERDIERON DE VISTA EL MOTEL, Camonille detuvo el auto.

—Será mejor que conduzcas tú por un rato, cariño. Necesito relajarme.

Ella pasó por encima de él, se puso al volante y tuvo la inteligencia de no decir nada hasta que él se reclinó, encendió un cigarrillo y sus manos dejaron de temblar.

—Larry, ¿qué pasó? —preguntó luego.

Él describió lo que había hecho, cómo había encerrado a la secretaria en el armario y había obligado a Baxter a ir al banco.

—Eso es todo —concluyó—. No sé cómo ni por qué todo se echó a perder, pero cometí algún error.

Las vaharadas de calor reverberaban sobre la carretera desierta, se quebraron cuando un coche apareció frente a ellos.

—Larry, ¿a qué banco fueron? —preguntó ella.

Él apretó los puños. ¿Había sido tan fácil, tan estúpido? Se había criado en una ciudad grande, y eso le había jugado en contra. Ni siquiera había pensado que una localidad del tamaño de Roxbury pudiera tener más de un banco. Y Jan, dándolo por hecho, no había pensado en aclararlo.

—El First National —dijo él.

El coche que los precedía aún estaba delante de ellos. Los seguían varios autos y en ocasiones alguno los pasaba. Pero había poco tráfico.

—Ni siquiera lo pensé —dijo ella—. Los bonos de papá están en el Federal Reserve.

Así que se había delatado del modo más sencillo. Había sido cuando Baxter dijo que quería acceso a la caja de seguridad de los Bolling. El banquero había sabido que Baxter no podía cometer ese error.

Camonille trató de reírse, pero le costaba.

—Gracioso, ¿verdad?

—Sí —convino ella—. Realmente gracioso. Pero Larry, ¿qué hacemos ahora?

—Ocultarnos, tranquilizarnos, intentarlo de nuevo —dijo Camonille, solo por decir algo. No creía tener las agallas para intentarlo de nuevo. No en Roxbury, donde cualquier peatón podía identificarlo. No contra Baxter, que ahora estaba prevenido y permanecería alerta—. ¿Conoces algún lugar seguro?

—Solo uno... —dijo ella—, el lugar que los adultos no encontraron nunca.

Empezaba a preocuparse. Estaban acercándose al restaurante de Max, y el coche que los precedía aún seguía allí, siempre a la vista...

—¿Que los adultos no encontraron nunca? —repitió estúpidamente. La miró y vio que ella se sonrojaba.

—Cuando era chica —empezó ella, y él se preguntó cómo una chica de catorce años podía tener tanto aplomo— yo pertenecía a... un club del sexo.

Él no dijo nada.

Mirando adelante, los nudillos blancos sobre el volante, ella continuó:

—Verás, cuando yo era chica, me llevaba bien con los chicos y las chicas... hasta que un día... en la escuela... tuve un ataque. —Apretando los dientes, continuó—: Luego nadie quiso jugar conmigo, ni hablar conmigo.

Él comprendió la situación. Cuando las niñas no encuentran a nadie con quien jugar, siempre pueden encontrar niños que juegan al sexo...

—Pero —dijo ella con amargura— los chicos solo venían conmigo si nadie los veía. No les molestaba tocarme, y besarme... y ya sabes... mientras nadie los viera conmigo. Cuando crecimos, había una chica, Rose, que era tan gorda que los chicos tampoco querían que los vieran con ella, y Diane tartamudeaba, y también quería chicos... Había otras... y leímos en el diario sobre un club del sexo, así que inauguramos uno. Teníamos reglas, y tarifas, había que pagar un dólar si pasaba una semana y no tenías un chico... y fue divertido por un tiempo... y así pude tener algunos amigos.

Continuaron el viaje en silencio. No había nada que él pudiera decir. Todo eso había terminado.

—Entonces Rose quedó embarazada —dijo Jan—, y nos asustamos. Creo que nadie ha estado en la casa del club desde entonces.

Mientras hablaba, ella se mantenía alerta. Él ni siquiera vio el pequeño sendero a un lado de la carretera, pero ella lo vio y se internó en él. Al fin el otro coche desapareció, pensó Camonille. Se estaba distraendo. No había nada de qué preocuparse. Nada salvo permanecer con vida y fuera de la cárcel. Era mera coincidencia que el otro coche hubiera permanecido delante de ellos. Nada más.

El tortuoso sendero giró y al fin desapareció.

—Podemos dejar el coche aquí y caminar el resto del tramo —dijo ella.

Él miró en torno. Había pasado el mediodía, y el verdor del follaje era casi cegador. Algunos árboles deshilachados, con musgo húmedo debajo, cajas de madera vacías, cajas de embalaje desechadas, alambre de púa oxidado, prueba de que el terreno había pertenecido a alguien en un tiempo; como un barrio bajo, pero en el campo, pensó.

Dejaron el coche bajo los árboles, donde nadie podía verlo desde la carretera. Él la siguió y trató de no pensar en las noches espantosas y solitarias en que ella venía por aquí con algún chico jadeante.

La casa estaba construida con viejas cajas de embalaje. Decrépita, con una comba en el techo de papel alquitranado y las ventanas de celofán rasgadas por la intemperie, era patética. Se parecía a esas chozas que construían los varones cuando jugaban a los piratas o los indios. Pero los juegos que habían practicado allí eran enfermizas imitaciones de la lujuria adulta.

Ella empujó la puerta caída a un costado y él pudo echar un vistazo. Una oxidada lámpara de querosén, una mesa, un catre mohoso y algunas revistas de historietas formaban masas húmedas en el piso de tierra. Eso era todo lo que contenía la choza.

Sabiendo la clase de recuerdos que ese lugar debía de tener para ella, trató de bromear.

—No es gran cosa, pero es nuestro hogar —dijo.

Ella se arrojó en sus brazos y sollozó como la niña que aún era.

—Lo siento —dijo a través de las lágrimas que le quemaban las mejillas—, pero creí que nunca tendría que volver aquí.

Él le palmeó el hombro, pero no fue gran consuelo.

—Calma, nena, es solo hasta el anochecer. Luego pondremos cierta distancia entre nosotros y este maldito embrollo. —Al diablo con el dinero. Lo conseguiría en alguna parte, la llevaría a un médico decente, la haría curar.

La fatiga lo cubrió como un manto. Se acostó y el catre casi se derrumbó bajo su peso adulto, y de pronto supo que no podía seguir esforzándose tanto. La última semana había estado muy lejos de la paz, la tranquilidad, el reposo y la buena comida que un médico exigiría para un hombre en su estado, pensó. Al pensar en comida, recordó que no habían comido nada desde el desayuno.

Ella le daba la espalda, mirando el celofán rasgado que los chicos habrían considerado una terminación elegante para las ventanas.

—Escucha, Jan —dijo—, si podemos aguantar hasta tarde en la noche, robaré el dinero de la caja registradora de Max. Luego buscaremos otro auto y nos iremos en serio. Pero tendrás que pasar otras doce horas sin comida ni bebida.

—Ningún problema. La comida es lo que menos me interesa ahora. Y no tengo nada de sed.

Pero era joven y aún estaba creciendo. Al anochecer estaba descompuesta de hambre y de sed. El día había sido lento, se había prolongado una eternidad. Y cuando al fin llegó la oscuridad, no tenían modo de saber qué hora era. Ninguno de los dos tenía reloj, y él quería estar seguro de que el restaurante estaba cerrado antes de entrar a robar. Tendría que ser a las dos o tres de la mañana; quedaban unas cuatro horas.

Ella aún trataba de fingir que se sentía bien. Habían dejado la choza en cuanto atardeció. Su única función había sido protegerlos del sol abrasador. Ahora estaban sentados en el coche robado y esperaban. Él había encendido y apagado la radio cien veces. Al principio ayudaba a matar el tiempo, pero luego los eternos comerciales lo sacaron de quicio y la apagó coléricamente. Un flash informativo había anunciado que habían capturado a cuatro fugitivos más en grupo. Habían unido sus fuerzas, aunque él les había aconsejado que se separasen. El único que quedaba era Vince Tornado. Vince y Larry Camonille, caviló hurañamente, sabiendo que cada minuto que pasaba hacía que su libertad fuera más precaria en vez de ser más segura.

Con Roxbury en alerta, se debía de haber difundido la noticia de que era él quien había entrado en el banco. Estaba sumando toda una lista de nuevas acusaciones, pensó. Violación y asalto a un banco, amén de la fuga... Si le echaban el guante, lo encerrarían y tirarían la llave. Era cómico, porque él no duraría el tiempo suficiente para cumplir una condena por escupir en la acera.

Pero no era tan cómico como para hacerlo reír.

Ella permanecía sentada en silencio, apoyando la mano en la suya. En el silencio de la noche él oía que el estómago de Jan gruñía, pidiendo comida.

Cuando hablaron, ambos lo hicieron al mismo tiempo, después de un rato de silencio.

—Dime de nuevo cómo será cuando nos larguemos —dijo ella.

—Querida, ¿estás segura de que no quieres que trate de robar un poco de comida? —dijo él.

Se rieron.

—No tengo hambre, de veras que no. Larry, por favor, háblame de eso, de cómo será el sur...

Y él le dijo, como lo había hecho muchas veces en esa tarde interminable, que se casarían y vivirían en un pueblito mexicano donde el tiempo siempre era agradable, y nadie tenía que trabajar tanto porque la comida era barata y la vida era fácil; nadie necesitaba estufa porque nunca hacía tanto frío, y la ropa no tenía importancia, y todas las mentiras que se le ocurrieron para tranquilizarla y hacerle olvidar el hambre y la sed.

Cuando se le secó la boca, dejó de hablar. Salió del coche, recogió unos guijarros y se los frotó en los pantalones.

—Abre la boca y cierra los ojos.

Ella hizo caso, y él le metió un guijarro en la boca. Él también sorbió uno, tratando de generar un poco de saliva. Dio cierto resultado.

Volvió a encender la radio y esta vez la policía anunció que toda la zona de los alrededores de Roxbury estaba vigilada, que no había la menor chance de que Larry Camonille (¡lo habían reconocido!) pudiera huir de los puestos de control que bloqueaban toda posible ruta de escape.

Ella jadeó cuando el locutor pronunció el nombre de él.

—Parece que dejaremos el coche aquí, cariño —dijo él, pensando en voz alta—. Ahora solo podemos escapar a pie. —La miró. Ella estaba recostada, la cabeza contra el respaldo del asiento—. Será mejor que vayas a casa. Nadie te busca a ti, nadie te persigue. Puedes volver sin que nadie se entere de que has estado conmigo. Ahora es tu única oportunidad.

—¿Volver a esa casa? ¿Volver a un ama de llaves a sueldo que me desprecia... volver a Benny? ¿Cómo podría hacerlo, Larry? Tú eres lo único que quiero.

La discusión hizo que el tiempo pasara más rápido. Cuando la luna bajó tanto que él estuvo seguro de que eran más de las dos, salió del coche y la besó.

—Digas lo que digas, cariño, mañana nos separamos y te vas a casa.

Siempre que él regresara de esta aventura. Si se tropezaba con Max, podía pasar cualquier cosa. Era muy posible que Max tratara de volver a tenderle la trampa que había fallado la noche anterior.

La sacó del coche, la abrazó y la apretó con tal fuerza que la dejó sin aliento. Le hundió las manos en la espalda como tratando de lograr que sus dos cuerpos fueran uno.

—¿Me amas aunque sea un poco? —preguntó ella tímidamente.

Él trató de bromear, la soltó, le puso el índice y el pulgar bajo la nariz, los separó un poco.

—Solo esto —dijo.

Eso la hizo sonreír, que era lo único que él quería. Se alejó mientras ella se metía en el coche. Agitó la mano felizmente cuando él miró hacia atrás, justo antes de rodear la arboleda que tapaba el auto. Al devolver el saludo, pensó que esto era lo último que esperaba, enamorarse tan luego ahora... y de una chiquilina de catorce...

La carretera no estaba bloqueada entre el escondrijo y el restaurante de Max Enders. El lugar estaba oscuro y tranquilo. Cuando estuvo a treinta metros, Camonille se tendió de bruces y esperó.

Dejó pasar quince minutos antes de volver a moverse. Una vez seguro de que no había nadie, se levantó en silencio y fue hacia el fondo, a la puerta de la cocina, sabiendo que Warren rara vez se molestaba en echarle llave. De nuevo esperó. El silencio aún era absoluto.

Como había esperado, la puerta no estaba cerrada con llave. Entró en la cocina y caminó de puntillas hasta la puerta que conducía al bar.

No había nadie a la vista. Ningún sonido rompía el silencio. Fue atrás de la barra, preguntándose cuánto ruido haría la caja registradora cuando la tocara. Lo averiguó al pulsar la tecla NS para abrirla. Era casi tan estridente como la alarma del banco. Se agachó detrás de la barra y esperó para ver si el ruido había llamado la atención de alguien.

De nuevo se hizo silencio y él hurgó en el cajón. Mucho metálico, tal vez por valor de diez o quince dólares, un par de billetes de cinco, uno de diez y un puñado de billetes de uno. Sacó todo y se lo guardó en el bolsillo. Al menos podría comprar un poco de nafta, no tendría que asaltar una estación de servicio la primera vez que el tanque quedara vacío.

Se fue tan silenciosamente como había entrado. La caminata desde el coche hasta el restaurante le había resultado muy larga, pero en el regreso esa distancia pareció encogerse. Era asombroso cómo un poco de dinero le cambiaba el ánimo. Se dirigió al coche por el sendero.

—¡Oye, Jan! —llamó—. ¡Soy yo, con un poco de botín, para variar!

No hubo respuesta.

Preocupado, sabiendo que el coche estaba a poca distancia, echó a correr.

—¡Jan, respóndeme! —insistió, en voz más alta.

Tampoco hubo respuesta.

El coche estaba adelante, y su contorno se perfilaba contra el claro de luna. Pero no había ninguna silueta femenina, ningún indicio de Jan. Decidió ser cauto; aminoró el paso y, apoyando la mano en el arma, se acercó más al coche. ¿Qué demonios había pasado? ¿Adónde habría ido ella? ¿Había recobrado la sensatez y se había vuelto a casa, como debía, lejos del peligro constante que él representaba?

Ahora estaba junto al coche. Al mirar el asiento delantero, vio que Jan ya no necesitaba protección. Nadie volvería a lastimarla.

Pero la habían lastimado mucho antes de que la muerte la liberase. La barra de hierro que alguien había usado para destrozarle los sesos yacía en el asiento donde ella estaba tumbada. El rojo de su pelo y el rojo de su sangre estaban tan mezclados que ya no pudo mirar más. Algo filoso le había rasgado las mejillas, dejando una huella.

Abrió la puerta del coche, recogió el cuerpo flácido, lo depositó bajo un árbol cercano.

No había otra cosa que hacer.

Se sentó en el musgo, junto al cadáver, y tomó esa mano que se enfriaba. Ahora estaba liquidado. Le habían tendido una buena trampa. Larry Camonille sería buscado por un homicidio que no había cometido.

Se quedó así sentado por largo, largo tiempo.

CUANDO SE LEVANTÓ, ROMPIA EL ALBA y su cuerpo estaba casi tan rígido como el de ella. Casi, pero no tanto. Caminó hacia el coche y miró el manchado asiento delantero. Abrió la puerta, sacó el asiento, lo reemplazó por el trasero. Alzó el asiento ensangrentado, lo llevó adonde estaba ella y lo usó para apoyar la cabeza destrozada.

Luego se metió en el coche y se marchó sin mirar atrás.

Una furia negra había desplazado la pena. Ahora era lo que Vera y Max habían querido que fuera. Un hombre con un revólver y un incontenible deseo de usarlo.

Jan había dicho que ningún adulto sabía nada sobre ese lugar.

Era todo lo que necesitaba. Eso y la furia demencial con que la habían golpeado. Solo se le ocurría una emoción que podía incitar a matar así. Los celos. Y Benny era uno de los chicos, uno de los que habían ido al escondrijo. Al no ver el coche, habría pensado que Jan se lo había llevado. Como ella no regresó en un tiempo razonable, había ido a buscarla. La había encontrado, pensó Camonille consternadamente, la había encontrado mientras él estaba robando un par de piojosos dólares. Se preguntó cuánto tiempo habría esperado Benny, observándolos, aguardando el momento en que Jan estuviera sola. Alimentando su rabia con un combustible que había encontrado una salida en esos golpes incesantes, el cruel ataque que había puesto fin a la corta y fútil vida de Jan.

No había policía ni puestos de control entre el escondrijo y la casa donde había robado el coche de Benny la noche anterior. No había motivo para que los hubiera, pues era un área circunscrita de la que no se podía escapar. Sabiendo que el primer ojo que lo viera podría ser el que provocara su captura, avanzó despacio, conduciendo por los caminos desiertos a solo cincuenta por hora, para no despertar sospechas. Pero se cruzó con poca gente y todos estaban recién levantados, iniciando sus tareas cotidianas. No se molestaron en mirar un coche que pasaba apaciblemente.

Nubes oscuras cubrieron el rostro del sol naciente. Comenzó a llover cuando estacionó el coche a treinta metros de la casa de Benny Able.

Al caminar hacia el fondo de la casa, con la mano en el revólver, estaba casi desprovisto de emociones o planes. Mataría a Benny. Su mente fatigada no podía ver más allá de ese simple objetivo.

Miró en torno al acercarse a la puerta de la cocina. No había nadie a la vista. Agachándose bajo una ventana, se aproximó a la puerta.

Una chirriante voz de mujer atacó sus nervios exhaustos.

—En buena hora —graznaba—. En buena hora, digo. Me alegra que se haya ido. Ojalá no vuelva nunca. La idea de que perdieras el tiempo con esa... bien, no me mancharé los labios con la palabra, pero ya sabes lo que opino de ella, Benny. No, no me interrumpas. Si te robó el coche, es una pérdida menor. Ojalá siga su camino. Pero

eso es esperar demasiado. Las monedas falsas como ella siempre vuelven. Deja de lloriquear, muchacho, y trata de portarte como un hombre. Ah, si tu padre estuviera vivo, no aguantaría que actuaras así. Ya lo creo que no. Un buen rebencazo, decía siempre, eso siempre cura al hombre o a la bestia. Pero no, desde que quedé como una pobre viuda desvalida, que trata de mantener una casa y cuidar de un hijo ingrato, he tenido más problemas de los que una mujer debería soportar. Esa Jane...

»Jane Bolling es su nombre, y la llamaré Jane. No me hagas muecas cuando la llamo por el nombre con que la bautizaron. Quitarse una *e* del nombre y hacerse llamar Jan... Bien, es el nombre típico de una cualquiera, y le sienta bien.

»Sí, es una cualquiera y pienso decirlo. Ha perseguido a los hombres desde que la destetaron. Nunca vi nada semejante.

»Así que en buena hora nos hemos librado de esa basura, y espero que nunca más volvamos a verla. Me deslomo trabajando, ¿y para qué? ¿Qué tengo en la vida? A ti, un hijo ingrato. Bonita recompensa por ser una buena mujer. Y me enorgullezco de decir que soy una buena mujer. A mí nadie me señaló nunca con el dedo. Tu padre, Dios lo bendiga, fue el único hombre con quien estuve, el único hombre que amé, y cuando él murió parte de mí murió con él. No me ves pintándome la cara y correteando por ahí como algunas viudas de este vecindario a las que podría nombrar.

»¿Qué dirías si me vistiera como una mujercuela y me pintara la cara y me degradara...?

—Basta, mamá —dijo Benny con voz tensa y aguda—. Córdala de una vez. Estoy loco de preocupación por Jan, sin saber dónde está ni qué está haciendo, y tú sigues con tu cantinela... Basta, mamá, por favor. ¡Déjame en paz!

Se oyó un portazo y Camonille se agachó detrás de un tacho de basura que le permitió ocultarse por el momento. Pero no tenía por qué preocuparse. Benny, mirando hacia adelante, con su cara juvenil y ojerosa de preocupación, bajó la escalera y se alejó de la casa.

Desde el interior, la voz de la madre de Ben siguió y siguió. Camonille hizo oídos sordos mientras seguía a la sombra que se alejaba cada vez más de la casa...

Cuando se le acercó tanto que podía oír la respiración de Benny, el joven notó con un sobresalto que lo seguían. Dio media vuelta.

—¡Usted! —jadeó.

Sacando el revólver del bolsillo, sin importarle si la mujer lo veía desde la cocina, Camonille replicó:

—Sí, yo.

—¿Dónde está ella? ¿Qué le ha hecho? —El arma amedrentaba a Benny, pero su principal emoción parecía ser su preocupación por Jan.

—¿Yo? ¿Hacerle algo? No.

—¿Y tampoco sabe dónde está? Casi esperaba que ella se escapara con usted, al menos así estaría a salvo. ¿Dónde puede estar?

—En el mismo lugar donde la dejaste.

Benny no pareció asimilar las palabras.

—Pero si no está con usted, ¿por dónde anda? —dijo—. Nunca se ha ido tanto tiempo.

Con el dedo en el gatillo, Camonille pensó dónde pondría la primera bala.

—¿El lugar donde la dejé? —preguntó Benny, con demorada sorpresa—. ¿A qué se refiere?

—En el escondrijo donde ibas a jugar al doctor con ella cuando eran chicos. Con los sesos desparramados.

—¿Qué está diciendo?

Con palabras tan duras como las balas con que se proponía rematarlas, Camonille describió la cabeza de Jan...

Benny palideció y se apretó la cabeza con las manos, como temiendo un desmayo.

—No... no es posible —dijo—. Nadie la mataría... nadie querría hacerlo... no...

—Nadie salvo tú.

—No sea ridículo. —De pronto Benny pareció más aplomado, más adulto—. ¿Está loco? ¿Cómo podría matarla? Cielo santo, si hubiera querido hacerlo, lo habría hecho tiempo atrás. ¿No entiende, hombre? La amo... la amaba... no podría lastimarla. No podría.

Si Benny hubiera suplicado, si hubiera demostrado temor, Camonille le habría disparado en las tripas. Pero la indiferencia que demostraba por el arma, el modo en que desechaba la idea de haberla matado, lograron convencerlo. Camonille bajó el revólver.

—Casi te creo —dijo.

—Claro que me cree —dijo Benny con voz terminante.

La fatiga, el hambre, la sed, el conflicto emocional que había sufrido, afectaron de pronto a Camonille. Sacudió la cabeza, trató de despejarla, trató de pensar quién más en todo el mundo podía saber dónde estaba el escondrijo y habría querido asesinar a Jan.

En ese momento no se le ocurría ninguna respuesta.

—¿Está herido? —preguntó Benny.

—No, pero creo que un vaso de agua me ayudaría. Y un poco de comida. — Aunque estaba descompuesto y el pensar en comida le revolvía el estómago, Camonille sabía que necesitaría algo que lo sostuviera si quería desentrañar el asunto.

Benny le tomó el brazo instintivamente.

—Venga a la casa y yo le... —dijo, pero luego miró la casa y Camonille notó que se acordaba de la madre. Cambió de decisión y dijo—: Siéntese aquí y le traeré algo.

Mareado y débil, totalmente agotado, Camonille hizo lo que le decían. En su debilidad se alegró de estar lejos de la casa y no tener que oír la voz de la mujer.

Benny regresó deprisa. En una mano traía un vaso de agua y en la otra un sándwich hecho con gruesas tajadas de pan y una feta de queso.

—Le dije que había un vagabundo hambriento por aquí. Es tan beata que cree que tiene que cuidar de los necesitados o no irá al cielo —comentó con sarcasmo.

El agua ayudó más que el sándwich, aunque se obligó a tragarlo también.

Un poco recobrado, Camonille se reclinó, prendió un cigarrillo y pensó en voz alta.

—Si tú no la mataste, ¿quién lo hizo? —dijo.

Benny se sentó junto a Camonille.

—No creo que esté muerta. Parece imposible.

Si Benny se sentía como él se había sentido la noche anterior, pensó Camonille, era mejor dejarlo a solas con sus pensamientos. Se levantó.

—Está bajo un árbol cerca del escondrijo. ¿Te encargarás de ella?

—Claro que sí —dijo Benny, aturdido, comenzando a asimilar la idea de que ella estaba muerta. Trató de demostrar cierto interés en Camonille y preguntó—: ¿Y usted? ¿Qué piensa hacer?

—Encontrar al asesino.

—¿Pero cómo? Pudo haber sido un vagabundo... un loco... cualquiera que pasara...

—No lo creo —dijo Camonille—, nadie pasaría por ese lugar. A menos que supiera dónde buscar. No, Jan fue asesinada con premeditación, y con furia, por algún motivo. Quizá para inculparme...

Se alejó lentamente. A sus espaldas, Benny se quedó acuclillado como un hombre primitivo, tapándose la cara con las manos, y a la distancia Camonille pudo oír el comienzo de sus sollozos secos.

Pero no podría caminar mucho, comprendió, cuando se le empezaron a aflojar las piernas. Un vaso de agua y un sándwich no compensarían la falta de sueño, ni las otras cosas.

Un camión de granja cargado de productos venía por la carretera. No le hizo señas sino que esperó a que pasara lentamente y luego se colgó de la parte de atrás, como hacía con los tranvías cuando era chico. Se acostó, sin sentir el borde filoso de las cajas de lechuga que lo presionaban, y evocó los acontecimientos de los días anteriores.

Un letrero le llamó la atención: «Roxbury siete kilómetros». Roxbury y el coche que lo había seguido y luego se había adelantado. ¿Quién era el anónimo conductor? Desde luego, no había pruebas de que el conductor hubiera estado interesado en él... pero si Benny no había matado a Jan (y Camonille estaba convencido de que el chico no lo había hecho), entonces el coche tenía que significar algo.

Era una hebra delgada, pero sentado allí empezó a anudarla hasta que se volvió cada vez más gruesa, cada vez más fuerte.

Cuando el camión llegó a las inmediaciones de Roxbury, empujó algunas cajas y se escondió detrás y debajo de ellas. Era un refugio inseguro, pero tendría que alcanzar.

Depositó su fe en la esperanza de que la policía se interesara en los coches que salían de Roxbury, no en los que entraban. Y tuvo razón, pues la inspección en el puesto de control fue muy superficial. Un policía de uniforme le preguntó al conductor del camión:

—¿Vio a alguien?

—No —respondió el conductor.

Y allí terminó la inspección. El camión siguió viaje. A través de las tablillas de las cajas, Camonille miró hacia atrás y observó mientras la policía revisaba a fondo una fila de coches que apuntaban en dirección contraria, saliendo de Roxbury.

Cuando el camión llegó al centro, a la zona comercial, Camonille sacó una soga que sujetaba las cajas de productos, y empujó una caja hacia la cola del camión. Cuando el camión paró ante un semáforo, saltó por la parte de atrás y se puso la caja al hombro. Actuando como si fuera un empleado, se alejó caminando, como para entregar la caja.

Nadie lo miró dos veces. Mientras recorría la atestada calle en medio del ajetreo de gente y de tránsito, trató de ordenar la secuencia. ¿Había habido tiempo para que Baxter se recobrar del golpe en la cabeza, saliera corriendo del banco, subiera a un coche y lo siguiera?

No parecía encajar. Pero la realidad ineludible era que si Baxter había estado robando dinero de Jan, la amenaza del asalto lo presionaría, obligándolo a actuar contra Jan, a atar cabos para postergar el día del rendimiento de cuentas, el día en que tendría que responder por el dinero que habían dejado bajo su custodia.

Era el único motivo que se le ocurría a Camonille. Delante de él estaba el edificio de Baxter. No se atrevía a entrar abiertamente. Pero al lado estaba el cine, y quizá...

No quería dejar la caja por miedo a llamar la atención, pero quería librarse de ella para entrar en el cine. Camonille miró alrededor. Había una especie de callejón entre dos edificios cercanos. Se internó en el callejón hasta quedar fuera de la vista de los peatones. Esperó a que nadie lo observara, dejó la caja y regresó.

Sin la caja que había actuado como camuflaje improvisado, se sentía súbitamente visible, llamativo. Sin perder tiempo, fue a la taquilla del cine. Su pasado de gran ciudad lo había engañado de nuevo, pensó con disgusto. Un pulcro letrero en la ventanilla decía: «Abrimos a las 13:00».

Nadie iba al cine por la mañana en un lugar como ese, cualquier idiota lo habría sabido. Temiendo que el paso de los segundos multiplicara las probabilidades de exponer su identidad, se quedó quieto, sin saber qué hacer.

Regresó despacio al callejón, a la caja de lechuga. Al sentarse sobre ella, supo que ya no tenía fuerzas para seguir cargándola. Sin ella, no se atrevía a recorrer las calles soleadas. Por otra parte, no se podía quedar sentado así el resto del día. Podía llamar la atención, y llamar la atención podía ser fatal.

Apoyando la espalda cansada contra la pared de ladrillo, miró hacia arriba. Encima de él había una escalera de emergencia. Si su sentido de la orientación

funcionaba bien, la pared que tenía detrás pertenecía al edificio que albergaba la oficina de Baxter. El cansancio se disipó, y se puso de pie.

DIO VUELTA LA CAJA DE LECHUGA y se subió encima. Así, extendiendo los brazos, podía aferrar la escalerilla de hierro que bajaba de la escalera de emergencia. Jadeando, logró apoyar los pies en los escalones. Luego subió hasta la primera plataforma. Solo entonces se tomó el tiempo para mirar a sus espaldas. Nadie lo había visto.

Se mantuvo apoyado contra la pared mientras subía, para reducir las probabilidades de que alguien lo viera si miraba por una ventana; subió rápidamente la escalera de hierro. No había ninguna garantía, pensó mientras subía, de que la escalera de emergencia condujera a una de las ventanas de Baxter. Cuando llegó al piso de Baxter, vio que la suerte lo acompañaba. La ventana estaba abierta y daba a la recepción. Se puso a un costado y escuchó.

Oyó la voz de la secretaria madura que decía, evidentemente por teléfono:

—Bien, el médico dice que se está recobrando bastante bien. Recibió tremendo golpe. No, no pudo averiguar por qué ese energúmeno de Camonille hizo semejante cosa. Creo que ese hombre está loco. Deberían matarlo como un perro rabioso.

Hizo una pausa.

—¿Qué? —continuó—. No, claro que no, no se le ocurre ningún motivo para el ataque, o para que Camonille lo obligara a ir al First National Bank. No, nuestro bufete suele tratar con el Federal Reserve.

»Bien, creo que si los periodistas quieren saber eso, tendrían que llamar a la casa del señor Baxter. Sí, su esposa lo acompaña constantemente.

Así se agotaron la conversación y las esperanzas de Camonille. Le había dado un golpe tan fuerte que Baxter estaba en cama. Entonces él no podía haber sido el conductor del auto. Pero si no era Baxter, ¿quién? ¿Quién había matado a Jan? Si el abogado no estaba en su oficina, la esperanza de llegar a él era muy remota. ¿Cómo podía él llegar desde el centro de Roxbury hasta la casa de Baxter, que estaba cerca del restaurante de Max? Recordando el puesto de control de las afueras, Camonille supo que no podría superar de nuevo ese obstáculo. Esta vez, yendo en esa dirección, la policía lo encontraría. Era inevitable. Pero él quería matar al asesino de Jan, tenía que hacerlo.

¿De quién era ese rostro anónimo que estaba detrás del volante del coche que lo había seguido hasta el motel, luego lo había precedido astutamente mientras Jan y él iban al escondrijo de los chicos?

Dentro de la recepción oyó ruidos, la secretaria que se movía. Echando una ojeada, vio que ella se había levantado del escritorio y se dirigía al armario donde él la había encerrado el día anterior.

Sacó algunos útiles de oficina de un estante. Llevó papel y carbónico al escritorio. Se le había desprendido un mechón de pelo, y trató de acomodárselo puntillosamente.

No pudo lograr lo que intentaba. Suspirando, se alejó del escritorio.

Camonille contuvo el aliento. Si ella iba al cuarto de damas para arreglarse el pelo, él podría meterse en la oficina y salir por la escalera. Sería mucho más seguro que regresar por la escalera de emergencia. Pero estaba condenado a la decepción. Ella se dirigió a la otra puerta, la que él había descartado el día anterior, cuando pensaba dónde encerrarla, porque estaba a mayor distancia.

Abrió el armario y usó el espejo grande que había contra la puerta para arreglarse el pelo. Se miró un rato y al fin logró domar el mechón rebelde.

Fuera de la ventana, Camonille sintió que volvía la furia, dándole la fuerza que necesitaba. El segundo armario. Esa era la respuesta.

Sabiendo que no había tiempo para cometer otro error como el que había cometido al pensar que Benny era el asesino de Jan, saltó por la ventana y arrojó los brazos al cuello de la secretaria.

Ella lanzó un gemido estrangulado, pero él la apretó con las manos, impidiéndole pedir ayuda.

—Soy Camonille —dijo con voz amenazadora—. El perro rabioso. El loco.

Con el cuerpo petrificado de miedo, ella dejó de forcejear.

—¿Quién la sacó ayer de ese armario? —Relajó el apretón y subió una mano para taponarle la boca. Luego la bajó un poco, pero le puso la otra mano detrás de la cabeza, para sofocar al instante cualquier alarido.

—Si grita, dese por muerta —susurró.

Ella gimió.

—¿Quién la sacó ayer del armario? —repitió él, con serena ferocidad.

—La señora Baxter —dijo la mujer con un hilo de voz.

—¿Cómo es que ella estaba aquí? —Con las manos tensas, dispuesto a asfixiarla al menor indicio, él esperó.

—Cuan... cuando oímos que el señor Baxter dijo que usted lo asaltaba, por el intercomunicador... ella se metió en ese armario... —El dedo tembloroso de la mujer señaló el segundo armario, el que tenía el espejo—. En cuanto usted y el señor Baxter se fueron, salió del armario, me liberó y se fue. Es todo lo que sé, créame. ¡Créame, por favor!

—Le creo. Deje de chillar.

Ahora lo sabía. Ahora la cara anónima que estaba al volante tenía rasgos. La cara agraciada y dura de la señora Baxter. Ese era el rostro de la muerte. Y tendría que haberlo sabido de inmediato. Tendría que haberlo sabido cuando vio los cortes irregulares que cruzaban la cara de Jan, tan parecidos a los que la señora Baxter había infligido a la cara de su esposo con la cartera. Debía de haberse enfurecido gradualmente, y cortado a Jan antes de usar la barra de hierro. Camonille no tenía conciencia de lo que le hacía a la secretaria, hasta que un gemido lo alertó. La liberó, sacó el arma y la usó para empujar a la mujer otra vez al armario. Los trozos rasgados del impermeable de plástico aún estaban allí. Los usó de nuevo.

Acababa de cerrar la puerta del armario cuando volvió a sonar el teléfono. Lo dejó llamar. Era la hora del almuerzo y nadie se alarmaría si la secretaria no respondía. Se tumbó en una silla y trazó planes. No podía arriesgarse a ir a la calle. Esta vez los puestos de control lo detendrían. Eso le dejaba un solo modo de resolverlo. Se levantó y hojeó una guía telefónica. La señora Baxter solo había oído su voz unos segundos. Era un riesgo, pero debía correrlo.

Fue al escritorio de la secretaria, abrió un cajón. Se puso unos clips bajo la lengua y habló en voz alta para probar. No sabía hasta qué punto disfrazaba su voz.

Le palpitaban las sienes cuando la oyó atender.

—¿Quién habla, por favor?

—El teniente Campion. Señora Baxter, creo que abatimos a Camonille.

Un jadeo.

—¿Puede venir a la oficina de su esposo? Hubo un pequeño problema y queremos que usted identifique el cuerpo de Camonille.

—¿Está muerto? —Ella no podía ocultar su júbilo, y era comprensible. Camonille había atacado a su esposo. Tenía derecho a alegrarse de que lo hubieran matado, pero él sabía que se alegraba por dos motivos.

Con Jan y Camonille muertos, los Baxter podían postergar las cosas todo el tiempo que quisieran. Él sabía que casi todos los juzgados testamentarios estaban muy ocupados, que se tardaba meses o años en autenticar un testamento. Ahora, pensó Camonille, los Baxter creerían que podían relajarse y disfrutar del dinero de Jan.

—Iré enseguida —dijo la señora Baxter—. No tardaré más de veinte minutos.

Veinte minutos.

Camonille se paseó por la oficina, no con nerviosismo, sino con creciente furia. Ella se había escondido en el armario, había esperado a que Baxter y él se fueran, y los había seguido. Había aguardado fuera del banco en un coche, y luego había sido fácil seguirlo. Seguirlo, encontrar el escondrijo de los chicos y luego... matar a Jan.

Se paró frente a una de las ventanas que daba a la calle. Mirando a los peatones, aunque sin verlos, cabalgó sobre su furia como un jockey cauto que contiene la fuerza de su montura hasta estar cerca de la meta.

Frente al edificio, el sol de la tarde mostraba a algunas personas, la mayoría mujeres, que salían de la pequeña iglesia que estaba tan fuera de lugar en medio de grandes edificios de oficinas. La cruz de la cima de la iglesia relucía como oro bajo el fuerte sol. Debían de ser la una y media, casi las dos, pensó con una parte de su mente, recordando que a su madre le gustaba ir a la iglesia durante el día. Ella le decía que iba en busca de consuelo, de elevación espiritual. Pero esas palabras nunca habían significado nada para él, y se divertía puerilmente al ver que ella se enojaba cuando él replicaba que solo iba porque le dolían los pies.

Pero la furia profunda y permanente regresó y se sorprendió diciendo una plegaria, la primera en más de veinte años. Pidió que esa mujer cayera en sus manos.

Que pudiera matarla antes de que lo atrapara la policía.

Se oyó un ruido ahogado en el armario. La secretaria debía de estar incómoda en ese lugar estrecho, pensó, pero no tenía mucha importancia.

Miró otra vez por la ventana.

El aire parecía volverse sólido alrededor de él. En la calle vio coches de policía que se acercaban. Estaban cercando toda la manzana.

¡Maldita fuera esa mujer! Había tenido el seso de confirmar con la policía, o le había reconocido la voz después de colgar...

Su cuerpo tembló frenético de ira. Se hamacó sobre los talones, tratando de pensar una salida.

Estaba fuera de la ventana y a punto de bajar por la escalera de emergencia cuando de nuevo su cerebro empezó a funcionar con mejor criterio. Había obedecido a su primer impulso, que era salir de la oficina. ¿Pero ahora qué? La policía aún no había entrado en el callejón, pero debía de estar cerca. Estaba casi en las últimas. Su cuerpo exhausto no le serviría por mucho más tiempo.

Saltó de la escalerilla de hierro y aterrizó en el callejón, cerca de la caja de verduras que antes le había sido tan útil. La observó.

¿Había alguna posibilidad de que la caja volviera a ayudarlo?

No le quedaba otro remedio, no podía hacer otra cosa. La recogió, se la apoyó en el hombro derecho, la sostuvo con la mano derecha y la estabilizó con la izquierda. Entonces estuvo preparado para salir del callejón.

El brazo izquierdo le cubría la nariz, la boca y la barbilla. Con ojos alertas, salió de la sombra del callejón hacia la calle. La gente había reparado en los silenciosos coches de policía y en los agentes que se habían desplegado y estaban atentos a lo que pudiera ocurrir, apoyando la mano en sus armas enfundadas.

Pero por el momento la atención se concentraba en un grupo de agentes de civil que entraba en la oficina de Baxter.

No había coches circulando por la calle. La policía la había cerrado.

El cine estaba a su derecha, la entrada del edificio a su izquierda. Los detectives no miraron atrás al entrar en el edificio.

Enfrente estaba la iglesia. Y en la escalinata de la iglesia estaba la señora Baxter, con cara tensa, impaciente y calculadora. De su brazo colgaba una gran cartera negra, y el charol brillaba como su pelo. El coche, el mismo en que lo había seguido, estaba estacionado frente a la iglesia. Ella lo habría dejado y habría subido la escalinata para tener un buen panorama de lo que iba a ocurrir. Se relamía los labios carnosos con ansiedad.

Cielos, pensó Camonille, ella debía de estar muy feliz.

Lentamente, como un autómata, echó a andar por la acera. Nadie le prestó atención hasta que bajó del cordón a la alcantarilla. Entonces un policía corpulento y rubicundo gritó:

—¡Oye, idiota! ¡Lárgate de aquí!

Sin prestar atención, actuando como un tonto repartidor, siguió caminando. Ya estaba en mitad de la calle. Todo estaba tranquilo. Él era el único que se movía ahora que los detectives estaban dentro del edificio. El policía estaba en un dilema. Camonille lo notó. El policía sabía que no debía hacer ningún sonido que alertara al hombre que presuntamente esperaba en el edificio como una rata arrinconada.

El policía empezó a correr por la calle hacia el hombre que llevaba la caja al hombro.

En la escalinata de la iglesia, la señora Baxter giró y vio al policía que corría, el hombre de los pantalones sucios y la chomba con la caja en el hombro. Al principio no le dio importancia y desvió la vista, pero luego volvió los ojos hacia él, lo reconoció, puso cara de miedo.

Estaba a unos seis metros, calculó Camonille, y el policía estaba a más de quince. —¡Es él! —le gritó al policía—. ¡El hombre que buscan, Camonille!

Era demasiado para que el policía lo asimilara. El hombre pensaba que Camonille estaba en la oficina. Tardó un par de segundos en adaptarse a lo que decía la mujer.

Y para entonces Camonille había dejado caer la caja. Las tablillas de madera se partieron y bolas de verde lechuga rodaron a sus pies. Pisándolas, caminó hacia la mujer, que ahora tenía la cara petrificada de espanto. Abrió la gran cartera con la mano y hurgó en su interior. Camonille se preguntó si sería la misma que había rasgado las mejillas de Jan...

Camonille vio que de allí sacaba un arma. En el perturbador silencio de la calle, bajo el resplandor amarillo del sol, vio un destello en el cañón que le apuntaba.

La presencia del revólver fue otro factor inesperado para el policía, lo desorientó: las damas como la señora Baxter no portaban armas. Mirando hacia ella y hacia Camonille, el policía desenfundó su pistola. En la otra mano sostenía un silbato.

Cuando ella vio que Camonille no se había intimidado y continuaba su marcha lenta y mortal, apretó el gatillo. Pero tenía mala puntería. Sus nervios la traicionaron y la bala erró por metros.

Camonille se le acercó aún más, y hasta ahora ni siquiera había bajado la mano al bolsillo donde esperaba su revólver.

A sus espaldas, el policía resolvió su indecisión soplando el silbato.

El ruido áspero y estridente hirió los oídos de Camonille, que era un manojito de nervios. Estaba a tres metros de la mujer cuando ella giró y se internó en la penumbra del atrio.

Mientras la seguía, Camonille oyó ruidos de persecución a sus espaldas. Los patrulleros estacionados arrancaron de golpe, y sus cambios rechinaron en respuesta al insistente chillido del silbato del policía.

Dentro de la iglesia reinaba un relativo silencio.

Por un segundo se quedó quieto, esperando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Luego la descubrió. Había atravesado el pasillo central en busca de protección.

Cuando la vio, estaba agachada tras la estatua de un santo.
Fue entonces cuando Camonille sacó el revólver.

CAMONILLE OYÓ UN SUAVE RUIDO DE PISADAS. Una voz igualmente suave dijo:

—Por favor, no profane este lugar sagrado. Es un lugar de amor y paz, no de violencia.

Sin volverse, sin siquiera ver al sacerdote que estaba cerca de él, Camonille rezongó:

—Ella profanó algo mío.

Luego le disparó.

El disparo no pudo matarla porque ella tenía la cabeza y casi todo el cuerpo detrás de la estatua que estaba cerca del altar. Pero su hombro se proyectaba desde atrás del santo de yeso, y allí fue donde le dio la bala.

El estampido fue ensordecedor en el silencio de la iglesia. La voz de ella fue aún más ensordecedora cuando gritó. Detrás de él, el sacerdote gemía.

La fuerza de la bala la arrancó de su refugio, le torció el cuerpo y la alejó del santo pintado.

Retorciéndose, cayó sobre las manos y las rodillas. El arma brillaba en su mano hasta que rodó en la alfombra marrón. La luz multicolor que se colaba por un vitral alumbró burlescamente su rostro dolorido, que parecía una alegre máscara de arlequín. Pero en esa cara no había rojo, como en la de Jan. Él debía aportar ese pigmento faltante.

Le disparó otra vez.

La bala le perforó la coronilla. Entonces adquirió el color adecuado.

Camonille sentía una sola emoción: lamentaba no haber podido matarla lentamente. Pero sabía que el tiempo se estaba agotando. A sus espaldas oía el ruido de muchos pies.

El sacerdote elevó la voz, diciendo una y otra vez:

—Esto es un sacrilegio. Él ha violado la santidad de mi iglesia. Ustedes no deben hacer lo mismo.

Ya no tenía sentido, pensó Camonille, hacer sufrir al sacerdote mucho más tiempo. Enfrentó a los policías.

Era el fin, y quería que fuera así. Con la mujer muerta delante de él, ya no tenía ningún deseo de vivir. Pero no quería volver a la cárcel, pues entonces todo lo que había hecho desde la fuga sería en vano. La tos le arrancaría los pulmones, moriría en medio de una hemorragia provocada por su propio cuerpo. Quería que todo fuera rápido y relativamente limpio.

Si se entregaba a la policía, habría un juicio prolongado, meses interminables de espera y observación mientras los abogados regateaban, y entretanto la tos, la muerte lenta.

—Padre, sálgase del camino —dijo. Se volvió con el arma en la cadera, el dedo en el gatillo—. ¡Atrás, todos ustedes!

Que creyeran que aún trataba de escapar, que pensaba que aún podía seguir corriendo. Una negra fatiga volvía a agobiarlo. Sacudió la cabeza para despejarse la vista, cada vez más borrosa, y afrontó a la policía. Tenía un arma final, además del revólver caliente que empuñaba con la mano transpirada.

Los policías no querían morir.

Él sí.

No había manera de que pudieran enfrentarlo sin dispararle. Y ni ellos ni él querían disparar en la iglesia. Se replegaron por el atrio hacia el sol de la escalinata.

A sus espaldas, Camonille oyó que el sacerdote entonaba una plegaria. Al principio le agradó ese sonido monótono, pero se enfureció al comprender que el hombre rezaba por él.

—¡Basta! —rugió—. ¡No desperdicie sus oraciones en mí!

El hombre de la sotana no desistió. Siguió moviendo los labios mientras rezaba.

La furia impulsó a Camonille a la acción. Casi salió corriendo de la iglesia al sol, hacia las armas que lo encañonaban.

Empuñó el revólver para que ellos pensaran que los amenazaba. Disparó alto, para errar.

El estampido de su arma fue ahogado por la respuesta.

Camonille recordó una charla que había tenido en la cárcel con un pistolero.

—Mira —había dicho el hombre—, el cuerpo es grande, la cabeza es pequeña. Dispárales al cuerpo, así no puedes errar, y cuando caen, puedes tomarte tiempo para apuntar y volarles la cabeza. ¿Entiendes? Así es mejor.

Tambaleó, se desplomó, rodó por la escalinata de la iglesia. Y mientras su cuerpo caía dando vueltas, la policía, por las dudas, le disparó en la cabeza, una y otra vez.

BRUCE ELLIOTT nació en Nueva York en 1914. Fue mago, guionista de televisión y escritor de novelas policiales, de aventuras y de ciencia ficción. Publicó las novelas *You'll Die Laughing* (1945), *Asylum Earth* (1968) y *The Rivet in Grandfather's Neck* (1970), varios cuentos en revistas populares estadounidenses de los años cuarenta y cincuenta y media docena de manuales sobre magia. En 1972, fue atropellado por un taxi y entró en coma; murió cuatro meses después, en 1973.

En vida de Elliott, *Uno es un número solitario* (aparecida en 1952) conoció tres ediciones con títulos distintos: *One is a Lonely Number*, *The Cocktail Jungle* y *A Woman*. En 2012, la editorial de clásicos *noir* Stark House la rescató en un volumen junto con *Mi ángel tiene alas negras* de Elliott Chaze, también publicada por La Bestia Equilátera.